

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XIV

1º DE ENERO DE 1905

Nº 313

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUALB. 4

UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

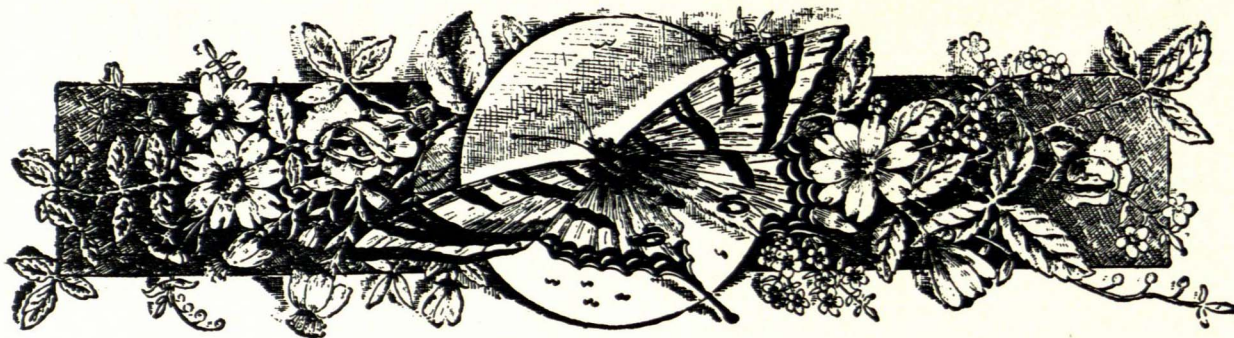
Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



CAUTIVA: Cuadro de H. Courselles



CATORCE AÑOS



ON este número entra EL COJO ILUSTRADO en el XIV año de su existencia.

Dentro de ese lapso de casi tres lustros queda realizada una labor que, cuando no se quiera que signifique gloria y provecho, sí es de firme constancia y de íntima sinceridad.

Ellas han sido puestas, desde el primer momento, al servicio de las generaciones intelectuales de Venezuela; y estamos ya á una altura en que nos es satisfactorio declarar que fueron al fin comprendidos y aceptados, á fuerza de tenacidad y de convicción, nuestros propósitos de propaganda, en obsequio de lo que constituye genuinamente la cultura y la honra intelectual de la República.

Ya no son los tiempos, felizmente, de la censura voluntariosa, del dicterio y aun de las predicciones amenazadoras. Ya podrá verse también cómo hay maneras de eficacia para vencer cuasi invencibles obstáculos arraigados en la naturaleza del carácter nacional: el secreto de la eficacia lo tienen la voluntad y la constancia.

Nuestra Revista acaso no habría sobrevivido á cualquiera de nuestros diarios fracasos, ó no podríamos blasonar de una labor y un éxito distinguidos, si la hubiéramos abandonado al azar de todos los vientos caprichosos de opinión y de veleidades, sobre cuyos tumbos vacilan, zozobran y perecen gran parte noble y bella de nuestros empeños.

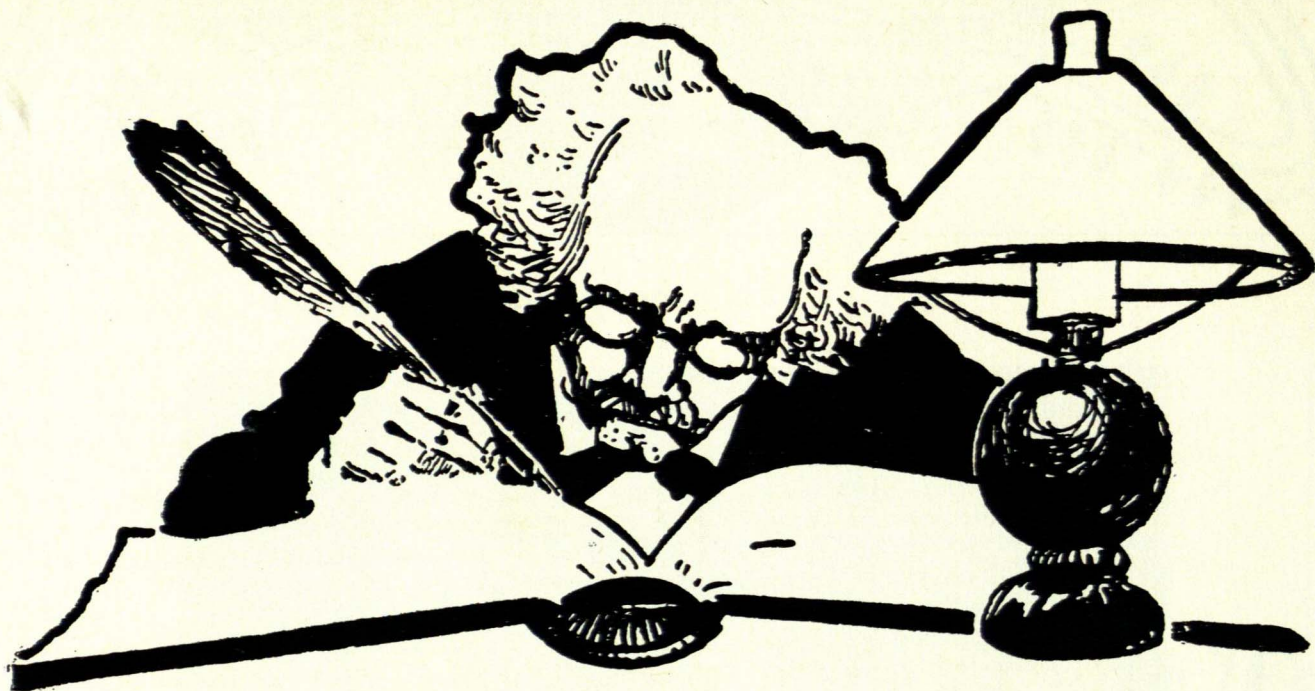
Cuando menos, hemos caracterizado la lucha por condiciones más apreciables que las comunes, entre las cuales debe contarse como principal y provechosa el estímulo

que aguija intenciones, empeños y empresas semejantes á las nuestras.

Al fin, las viejas é inofensivas enemigas evolucionan y se resuelven en una manifestación de postrera candidez, haciendo entender que traemos á compartir faenas, caracteres y personalidades que, en un orden extraño á nuestra índole literaria y artística, no gozan de la benevolencia de un grupo de opinión. Dado que ello sea exacto y que EL COJO ILUSTRADO no haya perdido, con el procedimiento, ni excelencias ni simpatías, su campo de acción benéfica se extiende á una órbita más amplia y de mayor nobleza: su misión añade á sí misma caracteres de rehabilitación ajena; y no sería despreciable honra, si del seno de los que comparten con nosotros un afán honesto surgiesen á una acción más visible é inmediata de la vida pública, llevándole la levadura de su propia regeneración, el tesoro aquilatado de sus aptitudes y el vigor y la experticia de sus energías y de sus disciplinas en el trabajo.

Acaso una pesquisa justiciera, dentro de estos catorce años de nuestra presencia en la prensa, señalaría más de una ocasión en la que, de las oficinas de nuestra Revista, han salido para las labores de la Administración pública y de Gobierno, personalidades que han dejado nombre y obra en los anales de la República. No es que reclamemos la totalidad de un honor eminente, pero sí vale esta insinuación para responder á quienes puedan lastimarse de la elección de algunos de nuestros colaboradores.

Renovamos, en esta oportunidad, los votos de nuestro compañerismo á los colegas de la República y del Exterior con los cuales sostenemos relaciones.



Carta de amor



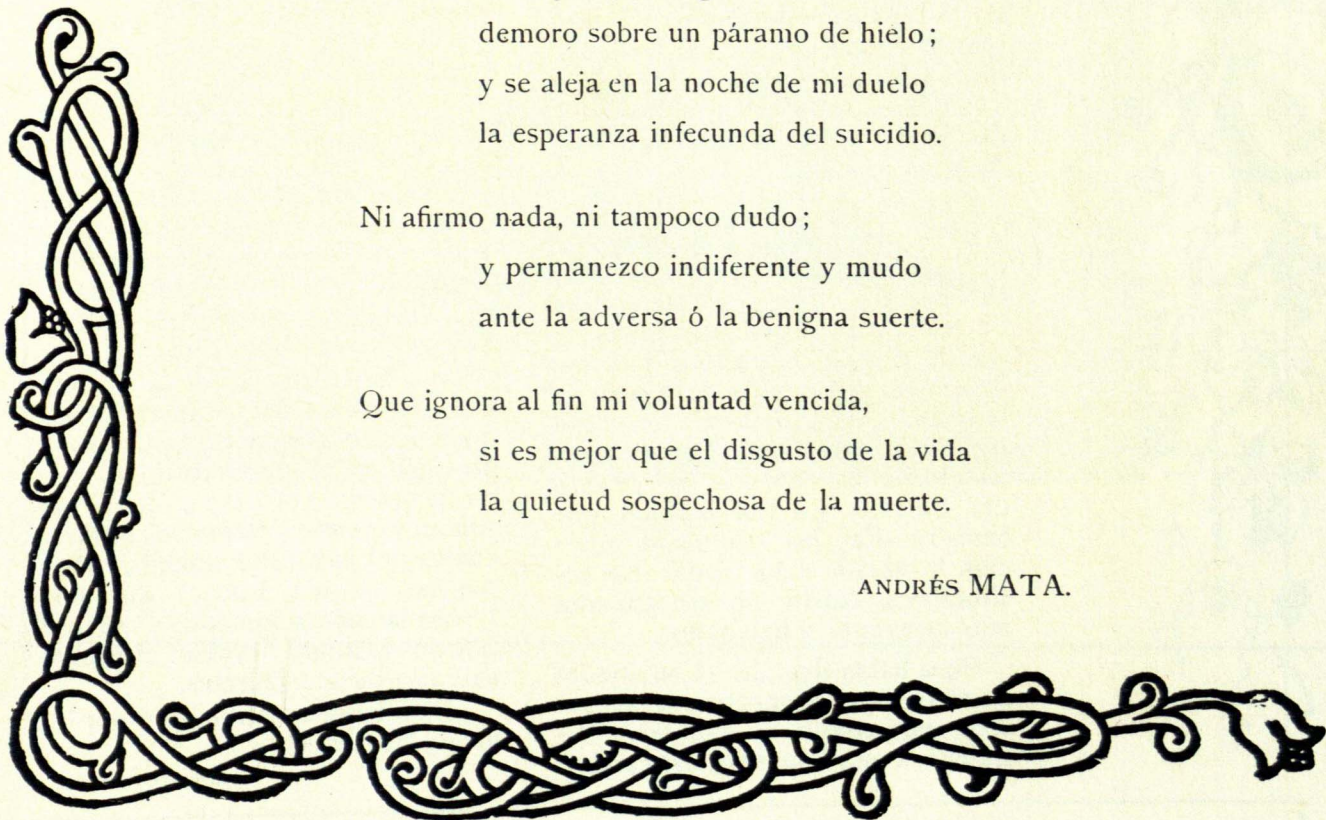
No ya cual fiera encadenada lidio,
bajo la fría hostilidad del cielo,
por eludir con impetuoso anhelo
la agresión indomable del fastidio.

Tu amor no espero, ni la gloria envidio ;
demoro sobre un páramo de hielo ;
y se aleja en la noche de mi duelo
la esperanza infecunda del suicidio.

Ni afirmo nada, ni tampoco dudo ;
y permanezco indiferente y mudo
ante la adversa ó la benigna suerte.

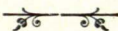
Que ignora al fin mi voluntad vencida,
si es mejor que el disgusto de la vida
la quietud sospechosa de la muerte.

ANDRÉS MATA.





"EL COJO ILUSTRADO"



Herrera Irigoyen, ese valiente empresario, de sangre latina y espíritu sajón, gran catador de la savia pura de las cepas literarias, pontífice que ha ungido á más de un sacerdote de los que hoy con éxito offician en la capilla del Parnaso americano, me había invitado para un paseo matinal. Luminoso y radiante explosionaba el día, lloviendo de oro las crestas empinadas del Avila. Una brisa fresca sacudía los follajes del Parque Bolívar y la estatua en bronce del Libertador, como animada por la gloria del sol, semejaba humanizarse al igual que en aquellos tiempos, cuando caballero andante de la Libertad, iba el noble caraqueño encadenando almas para formar naciones.

Emprendimos la marcha. La victoria que nos llevaba cruzó el *Puente de Hierro* y entró en el Paraíso, medio cinturón de esplanada magnífica que ciñe por el Sur á la ciudad de Caracas y que constituye su más delicioso paseo. Bóveda de follajes espléndidos que perfuman las flores y adornan las quintas. Glorificación de la naturaleza americana, soberbia y salvaje, en medio del gusto parisiense delicado y aristocrático.

Cruzamos el Puente del Paraíso y tras breve marcha llegamos al Calvario, ese otro original y delicioso paseo. Trepamos la cuesta de arena guarnecida por ambos lados de bosque imponente y flores delicadas, y llegamos á lo alto de la colina que aquel sendero orna como con una serie de superpuestas guirnaldas. Allá, al pie se tendía Caracas. La luz matinal que hacía resaltar los suntuosos edificios y abrillantaba todas las techumbres, dábale un aspecto aún más atrayente y halagador.

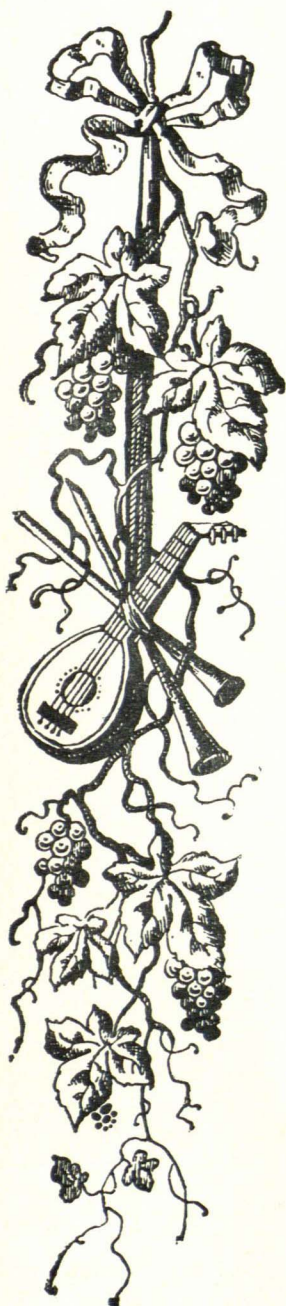
Pero había llegado el momento de abandonar el encanto de los paseos, para asistir al santuario del trabajo, á una imprenta, ese cerebro

de metal de la moderna civilización, donde el acero viene á completar las funciones del pensamiento, á poner alas incortables á la idea, á convertir en torrente fecundo y sacro, los principios redentores de la humanidad. Y la imprenta de EL COJO ILUSTRADO es verdaderamente admirable: las máquinas más modernas empujadas por el vértigo de la electricidad, realizan su obra perfecta, al amparo del hombre que viene á constituir una segunda parte de la máquina. Se oye por todos lados el crujir del papel. La guillotina decapita resmas: la rayadora, dejando con sus uñas finas hilos de sangre é hilos de añil, prepara el libro comercial que será quizás la historia de una fortuna; la foleadora, marca incesante el número que ordena, humilde guía del trabajo; y otro organismo de metal vomita tarjetas y otro fabrica sobres y entre tanto, en su cámara de cristal, el fotógrafo reproduce cuadros, efigies de escritores y de diplomáticos, escenas de la vida moderna; y los vidrios teñidos por el misterio de la luz, pasan al laboratorio que labra en la plancha metálica, como el recuerdo en la memoria, y así se prepara ese periódico literario que con el nombre extraño de EL COJO ILUSTRADO viene, hace tantos años, siendo factor poderoso del progreso de las letras americanas y título de orgullo para Venezuela.

Pero hay algo en aquel recinto que lo hace más simpático, más amable. Las oficinas de EL COJO son en Caracas, lo que la librería de Fe es en Madrid: el centro donde se juntan á pensar y sentir los intelectuales del país. Por aquellas oficinas han pasado muchos que hoy llevan la cabeza laureada y muchos que desde antes llevaban el timbre sagrado de sus laureles.

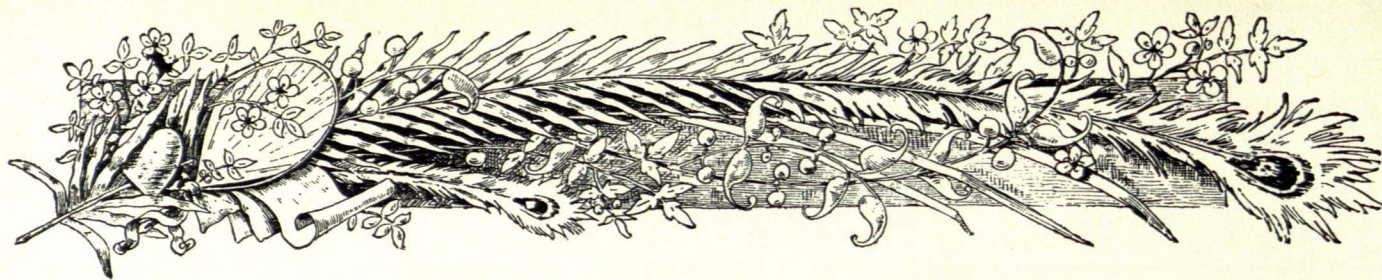
¡Bien haya quien labora por el arte y las letras!

MÁXIMO SOTO HALL.





LA TEMPESTAD



LA CIUDAD BLANCA

A Alejandro Fernández García

Y cuando una como sierpe de fuego, en los postreros estremecimientos del papel incendiado, hubo concluido con aquel manojo de albas esquelas perfumadas, el Artista rebelde y soñador quedóse meditativo y como herido de honda pena, ante aquel montón de cenizas que para él sintetizaban el proceso doloroso de un amor momificado, la historia íntima de una enfermedad pasional.

Momentotrágico para el artista. Anatomía de su alma. Fué como si el cuerpo fatídico de la noche de Edgardo, pronunciado hubiera para sus ideales muertos el «nunca, jamás!»... aterrador. Ante el amor fenecido, la fe apagada y la ilusión extinta, mustio el ideal, como una flor marchita, y ya sin tormentas aquel cielo de amor donde tantas veces desgajara su tempestad soberbia la pasión; ante el volar de los ensueños que se alejaban, ingratos, como aves desbandadas, y el tropel de los recuerdos, que acudían presurosos al cerebro como una invasión de negros buitres, el Artista frío, impasible, en la disección de su dolor, en el análisis de su propio corazón, se preguntaba:

¿Por qué es tan dolorosa la muerte del amor?... La agonía de las rosas no es tan triste como la agonía de los ensueños, y es más intensa la sombra que deja en el alma el ideal cuando se apaga, que la que deja el sol cuando se oculta. ¿Por qué las brumas del pesar no huyen como las brumas del espacio?... Las olas rugidoras del océano, se estrellan, furiosas, y lánguidas mueren en la playa: ¿por qué es tan inmenso el océano de mi alma que en él la ola de la pasión que avanza rugidora no encuentra jamás playa, donde estrellarse y fenecer?... Vienen á mí las memorias como aves que un tiempo volaran de mi pecho, muy alegres, muy parleras, y heridas por el invierno, al antiguo albergue regresaran, dolientes

y enfermas, mudas las gargantas donde antes fuera el prodigio del canto, y aterridas las alas con las que tantas veces llegaron á la cumbre!...

Y el Artista, incommovible en su profundo aislamiento, fuerte en su dolor, implacable contra sí mismo, traía á la memoria fatigada toda la rememoración de sus mejores días, y abstraído en una voluptuosa ataraxia, recorría la historia de aquel amor, página á página, como quien contempla las ya rugosas hojas de un apolillado y viejo álbum, donde la imagen hay de muchos seresidos. Descuartizaba aquella muerta pasión, con el cariño y el dolor conque la autopsia hiciera un cirujano al hijo adorado de su alma, para posesionarse del mil veces odiado mal que le mató.

Ceniza,—se decía—ceniza ha de ser todo! Ceniza de volcanes apagados; polvo inerte de cráteres sin fuego!... Ceniza tu beso y tu promesa, tu plegaria y tu alegría, tu liviandad y tu belleza!... Cenizas, sí, más dolorosas que las que van al fondo de la fosa, que, al fin, para el que muere, á la vera del camino queda la tumba, sobre la tumba se alza la cruz, y sobre la cruz extiende sus alas blancas el emblema, á donde van las almas pesarasas á desgarrar junto con la fe de sus plegarias las amarguras de su llanto, ¡ay! pero sobre la tumba del amor que se muere no hay sino un silencio absoluto y una soledad pavorosa, porque es la muerte, para el alma, de seres que aún existen, y no es sobre la tierra que se abre el surco de esa fosa sino en el propio pecho, y la cruz de ese muerto hay que clavarla sobre el propio herido corazón!...

—¿Qué fué de aquel despeño pasional que me llevó hasta tí?... Fué una debilidad que me hizo vislumbrar un paraíso; fué una estrella que ardió un instante ante mis ojos, y huyó, dejando ciegas de luz á mis pupilas!...

En brazos de la inconsciencia llegué

hasta tí, y fueron éstas mis palabras:

—¿Eres Diosa?

Pues aquí, á tus pies, besando la huella que tu planta deja y aspirando el aire que perfumas con tu cuerpo, venga á mí el raudal de tus mercedes! Contempla este fanático. Eres tú el ídolo, sagrado es el culto y es Amor mi religión, la eterna religión universal. Vestiré la clámide del sacerdote egipcio, agitaré ante tu efigie de bella sulamita el áureo pebetero de los más ricos aromas, y mi veneración hacia tí habrá de ser tanta, que apenas si osaré deslumbrar mis ojos con los divinos esplendores que de tu rostro radian!

¿Eres Reyna?

Pues, ante tí mis energías. ¿Me crees el dominador? Mentira; soy el vencido. Soberbio, sí; pero mi soberbia es bruma que se desvanece presurosa, ante el arco iris de tus curvas seductoras. Soy el león esclavo, prisionero entre las redes de tu adorable y blonda cabellera. Suelta los cordeles de tu barca, y—nueva Cleopatra—ven á cautivar este Rey invencible!...

¿Eres Alma?

Ah, si eres alma lo eres todo. Desata con una frase de tus ojos el nudo cruel que hace enmudecer mis labios; y ya verás cómo surgirán cantando mis palabras, y volando hacia tí, en el cielo de tu alma habrán de contarte muchas cosas, quizá las mismas cosas, viejas historias de pesadumbres infinitas que al cielo azul y á la fronda han de contar las aves, cuando vuelan de la jaula en la que un tiempo fueran prisioneras!... Serán para tí mis más vibrantes himnos, mis más sonoros versos, y ante tu paso de Vencedora Ideal iré regando las más preciadas flores del jardín de mis ensueños.

Oh, Dálila: tuyo es este Sansón!

Oh, Esfinge: devora á este peregrino que se atreve á interrogarte!.....

De nuevo los ojos del Artista tropezaron con la muda realidad de las cenizas; y ante aquello inevitable y fatal, ante lo verdadero ineluctable el soñador rebelde, lanzó un suspiro de dolor incontenible; como una garra hincó en su espíritu esta frase: No era ella, todavía!... y el frío torturador análisis le sugirió esta pregunta:

¿Quién fuiste?—Ni Susana ni Julietta; ni Margarita ni Ofelia, ni Manón ni María. Fuiste nadie.

Y el Artista, entonces, muy silencioso, muy impasible y muy triste, calzando las sandalias del apóstol y tomando su báculo de peregrino entreabrió calladamente la puerta de su estancia, y contempló el horizonte que estaba frío y solo, solo y triste como una llanura del Polo; y escuchando la voz de Belibeth que le decía «ven conmigo, no te detengas jamás» la estancia abandonó y emprendió viaje hacia un lejano país de porvenir y de gloria!

El viento zumbaba. La senda era

estrecha y oscura. La escasa luz de su lámpara apenas si alcanzaba á disipar la sombra de sus pies. Por entre las rocas grietadas, por entre las breñas el viento aullaba, con gemido triste que parecía llanto de almas en pena. Sólo allá, muy distante, como una hostia infinita, como el alma de un ensueño, como una garza en su nido, el Artista divisaba los contornos de una lejana Ciudad blanca.

Atravesó la ciudad del Amor, atrás muy atrás dejó la ciudad del Oro, y grande en su aislamiento y su locura, fuerte en el íntimo esplendor de sus cantos, avanzaba, sus ojos como magnetizados por los lejanos contornos de la ciudad ideal.....

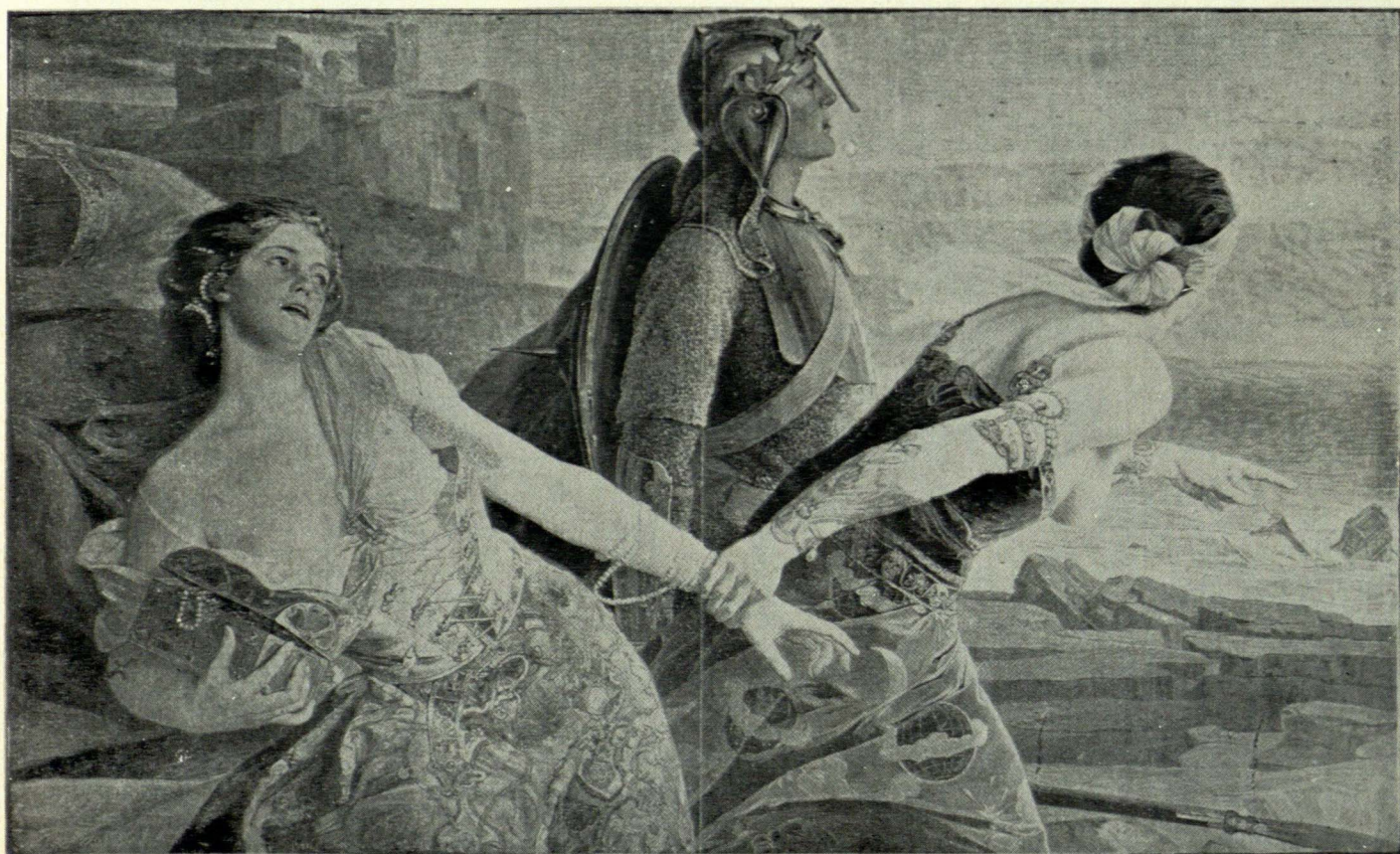
Ah, poetas: no llegará! Antes del país de la gloria, antes de la ciudad Blanca está la ciudad de la muerte: la ciudad Negra; y es lo posible que allí el luchador, jadeante de tan ruda jornada, rendido por la carga de sus sueños, como los poetas de la antigua Ba-

bilonia cuelgue su cítara de los sauces del camino, y fatigado de cuerpo y muerta el alma, en la vetusta piedra miliaria para siempre se siente á descansar!

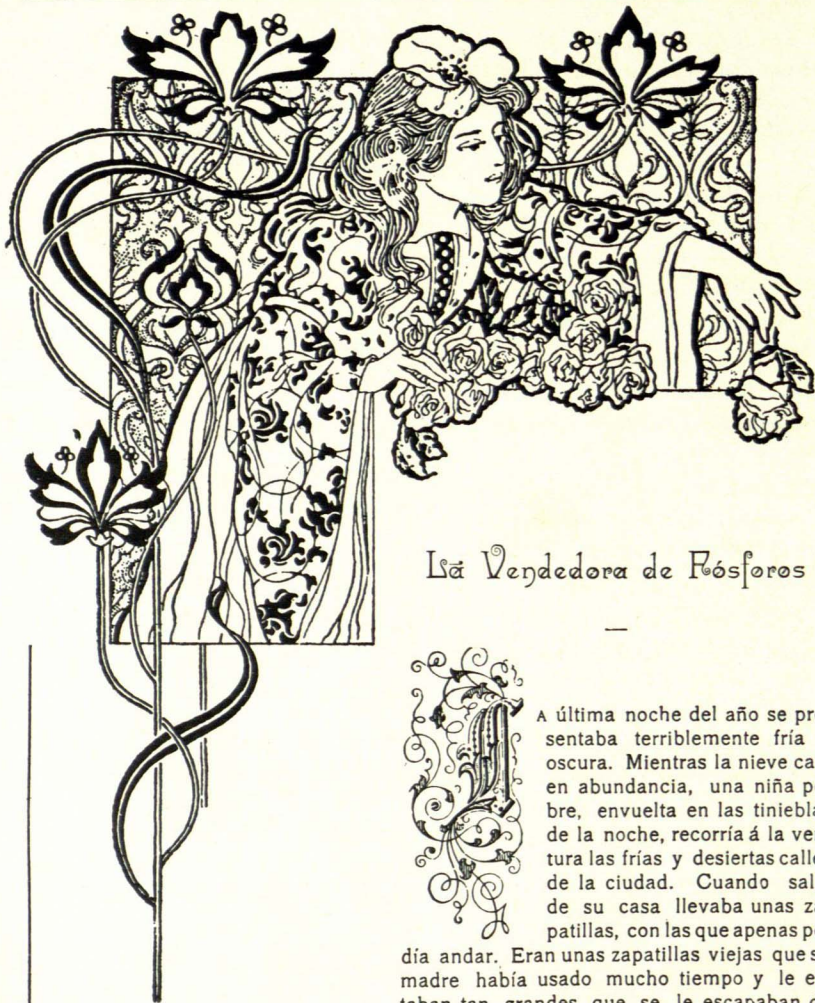
Y entonces, oh, poetas, entonces será el milagro de la transfiguración; y sobre la mustia pupila donde la muerte tendió su larga noche inconmensurable; sobre la frente rígida que duerme sobre el rudo cabezal de piedra, Jacob extenderá su escala mística, la escala misteriosa que él soñó en noche de dolor y de agonía, por donde las almas de los poetas ascienden á los cielos serenos siempre de la Inmortalidad.

JUAN LISCANO.

Caracas.



EL DESTINO : Cuadro por Calbot Hughes



La Vendedora de Fósforos



A última noche del año se presentaba terriblemente fría y oscura. Mientras la nieve caía en abundancia, una niña pobre, envuelta en las tinieblas de la noche, recorría á la ventura las frías y desiertas calles de la ciudad. Cuando salió de su casa llevaba unas zapatillas, con las que apenas podía andar. Eran unas zapatillas viejas que su madre había usado mucho tiempo y le estaban tan grandes que se le escapaban de

los pies á cada paso que daba, acabando por perderlas al querer pasar precipitada mente de una acera á otra, en ocasión de venir sobre ella dos carruajes velozmente arrastrados por impetuosos caballos. La pobre niña se quedó descalza y sus pequeños pies, desprovistos de medias, se le amorataban con el frío. En el delantal llevaba unas cuantas cajas de cerillas, sin haber podido vender una sola en toda la noche. Temblando de hambre y de frío ¡pobre niña! parecía el símbolo de la miseria. Los copos de la nieve que caían sobre sus rubios cabellos, se resbalaban por la espalda, sin que al parecer fijarse en ello su atención.

La luz que brillaba en el interior de las casas, se percibía á través de los cristales y por entre los rendijas de las maderas de las puertas y ventanas, se escapaban apetitosos y estimulantes olores de pavo asado. Como que era la víspera del año nuevo; bien lo sabía la pobrecita niña.

En un rincón formado por la unión de dos casas se acurrucó la criatura, cansada de vagar descalza por las calles. Se sentó sobre sus piecillos y de este modo consiguió resguardarse del viento, pero no del frío que se había apoderado de todo su cuerpo. Eso no obstante, determinó pasar allí la noche, porque no habiendo vendido ninguna caja de fósforos y no teniendo ni un sólo céntimo que llevar á su casa, no se atrevía á volver á ella. Su padre, al verla entrar sin dinero, seguramente le pegaría. Por otra parte, en su casa hacía casi tanto frío como en la calle. El techo, único abrigo que podían oponer á las inclemencias del tiempo, estaba lleno de agujeros y hendiduras, mal tapadas con paja y trapos viejos y el viento soplaba en medio de la habitación con la misma furia que en medio de la calle.

«Tal vez, pensó, si encendiera un fósforo, me podría calentar», y en efecto, encendió uno y con él consiguió dar calor á las puntas de sus ateridos dedos. El fósforo esparcía á su alrededor una luz brillante, y la niña en su ilusión creía hallarse sentada junto á una encendida chimenea. ¡Qué alegría tan grande le causaba ver brillar la luz! pero de pronto, el cerillo se apagó y la ilusión quedó desvanecida.

Poco después, la niña encendió otro fósforo, cuya luz al reflejarse sobre las paredes les dió la transparencia del cristal, permitiendo ver lo que pasaba en el interior de las casas. Desde su escondrijo, la niña veía el comedor de la casa en cuyo muro se apoyaba. Un rico mantel, blanco como la nieve cubría la mesa, en la que lucía una espléndida vajilla. En el centro de la mesa, adornada con mil lujosos detalles, se des-

tacaba un enorme pavo asado, relleno de manzanas. La niña lo contempló con vivo anhelo, y el pavo ¡oh poder de la imaginación! saltó de la fuente donde estaba colocado y con un cuchillo y un tenedor clavados en la pechuga, atravesó la pared y se dirigió á la muchacha, pero ¡oh desdicha! en aquel momento el cerillo se apagó y sólo quedó delante de ella el impenetrable muro tan frío y húmedo como antes. Entonces encendió otro fósforo y se encontró sentada al pie de un hermoso árbol de Navidad, más grande, más hermoso y mejor adornado que cuantos hasta entonces había visto en los escaparates de los establecimientos más ricos y mejor surtidos. Millares de cintas colgaban de él y lucían sus brillantes colores, entre las verdes hojas de las ramas. La niña alargó la mano para cogerlas y al tropezar sus dedos con la pared el cerillo se apagó y todo volvió á quedar envuelto en las tinieblas. Al encender otro fósforo, el horizonte se llenó de luminosos destellos, que al elevarse en la bóveda del firmamento, tomaron el aspecto de brillantes estrellas. De pronto, una de las estrellas más brillantes recorrió los espacios, dejando tras sí una estela de fuego. «Alguien acaba de morir», pensó la niña, recordando que su difunta abuela, única persona que la había amado en el mundo, le había dicho muchas veces, que cuando una estrella cae, es señal de que se eleva un alma á Dios.

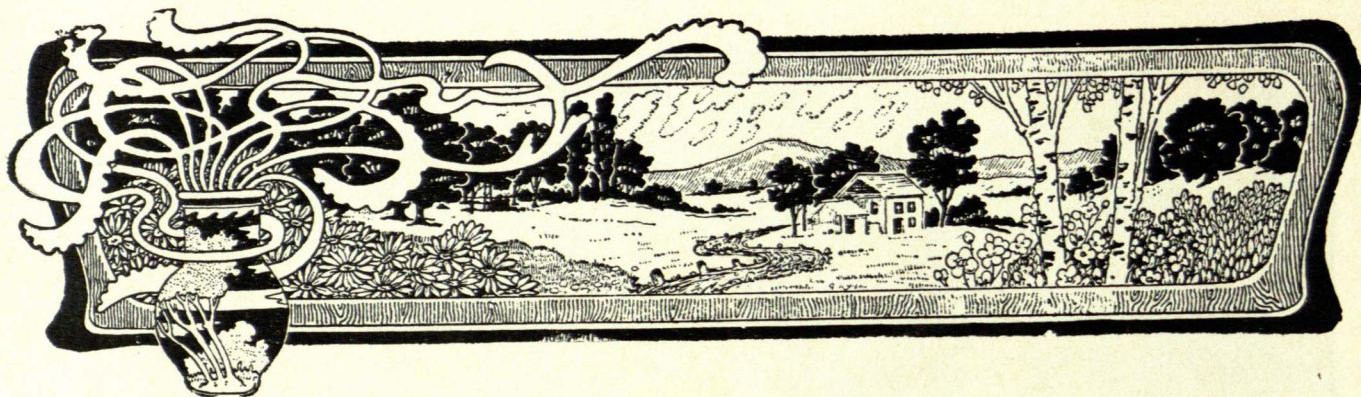
La niña encendió otro cerillo y sus brillantes círculos de luz iluminaron el bondadoso rostro de su abuela, claramente perceptible y lleno de la bondadosa expresión que le era habitual. «Abuela, abuela, le gritó, llévame contigo enseguida, antes de que se apague este fósforo y te desvanescas, como se han desvanecido la caliente chimenea, el apetitoso pavo y el hermoso árbol de Navidad. Para conservar la amorosa aparición de su abuela, la niña encendió á un tiempo todos los cerillos, prendiéndole fuego á todas las cajas y el espacio se iluminó, como si brillase en él el puro sol del mediodía. La abuela de la niña, más cariñosa que nunca, extendió hacia ella los brazos y estrechándola contra su pecho, arrancó de la tierra aquel tierno sér, volando con él hacia las más puras regiones; constantemente iluminadas por un sol sin manchas; regiones donde á todas horas reina la más pura y viva alegría; donde es desconocido el frío y el hambre; donde gozan de una dicha eterna los elegidos de Dios.

A la madrugada siguiente, apareció la pobre niña acurrucada contra la pared, con la boca entreabierta y las mejillas pálidas como la cera. La pobrecita había muerto de frío en la última noche del año y los primeros destellos del sol del nuevo año, iluminaron las pálidas facciones de aquel cadáver, que conservaba entre sus dedos los restos de las apagadas cerillas. «Sin duda se quería calentar con los fósforos», dijeron algunos al verla; pero nadie pudo imaginarse las admirables cosas que la niña había visto, ni el glorioso reino donde había entrado con su abuela, al inaugurarse el nuevo año.

H. ANDERSEN.



CUADRO DE ARTURO MICHELENA



LOS DOS AMIGOS



ocos minutos faltaban para que el sol ganase la incendiada raya cenital. Así lo había dicho desde la torre de fealdad inverosímil el reloj del viejo templo católico.

Los cielos ardían, el espacio era un piélagos de fuego.

Cual un tremendo y fulgurante castigo, la quemante lluvia solar caía sobre el hombre afanado en la vulgarísima conquista del pan.

Aterradora, siniestra, lúgubre, horriblemente descompuesta, en unos, por el hambre, en otros, por el trabajo abrumador, en casi todos por una sorda y sombría cólera contra la naturaleza enemiga y el adverso destino. Así aparecía la máscara humana en la calle polvorienta y resonante con el estrépito de los pesados carros de transporte.

Como si de antemano nos hubiésemos puesto de acuerdo, mi amigo y yo, a un tiempo mismo nos detuvimos al llegar frente a los primeros árboles del parque.

—Qué casualidad, exclamamos a la vez.

Casi no habíamos hablado y desde este momento el silencio selló nuestros labios.

Algunas veces el ser humano alcanza por fuerza de sutiles análisis y hondas meditaciones abstractas lo que un finísimo psicólogo llamó «infinito espiritual.» En otras acontece lo contrario. Sucede que nuestra naturaleza en su triple aspecto intelectual, afectivo y sensitivo llega a ser algo tan pesado, tan inerte y tan monótono que hasta la noción misma de la vida parece que emigra de la mente.

Entonces, ni el más leve estremecimiento en los nervios, ni la más ligera vibración en el cerebro, ni el más fugaz movimiento en la región del sentimiento.

Este infinito de profunda estupidez, de animalidad agobiada de dolor y pesadumbre era sin duda el estado de nuestras conciencias, por-

que, presa de un abatimiento profundo, yo dije:

—Que hastío!...

Y mi amigo hizo un gesto de cansancio y de inmensa fatiga.

Quise hurgar en sus ojos algún pensamiento oculto y se volvió rápidamente con aire azorado.

No sé porqué, pero por una repentina adivinación comprendí que también su alma, en ese instante, se orientaba hacia la muerte.

Senti cierto regocijo é instintivamente nuestras manos afirmaron con un rápido apretón el secreto desecho interior de ofrendar una gran rosa de sangre a la «pálida enlutada» del lírico ruisenior latino.

—¿Has pensado alguna vez en el suicidio? me preguntó con cierta timidez.

—Mucho, mucho, más de lo que puedes suponer. No exagero al decirte que es una especie de obsesión. He llegado a realizarlo imaginativamente. Ah! mi sustancia se ha estremecido con el raro y agudísimo espasmo de verse a sí misma agonizar....

Tras una breve pausa proseguí en voz apenas perceptible:

—Pero estoy seguro de que mi naturaleza nunca jamás romperá en un acto tan varonil y tan gallardo.

—¿Porqué? repuso él anhelante.

—Sencillamente porque soy un cobarde.

—Me sucede igual cosa. Un miedo vil paraliza mi mano—dijo con acento de reconcentrada ira.

Otra vez el silencio cerró herméticamente nuestros labios.

¿Pensábamos?...

Tocados en las raíces mismas del ser por el ala glacial de la tristeza, una ola de pensamientos y de imágenes fúnebres se precipitó en la negra oscuridad vacía de nuestras almas angustiadas.

—Qué contraste! dijo él de pronto con amargura. Nosotros agobiados de dolor, suspirando por la muerte y aquellos pájaros tan felices! Míralos! y extendió la diestra en dirección de un macizo de árboles.

Entre los árboles, a la sombra de

sus follajes el agua de una fuente se tendía por los aires en graciosas plumas cristalinas.

Los pájaros, dos azulejos de fina pluma luciente, se bañaban. Con qué regocijada delicia las breves alas de seda azotaban la onda clara y fresca! Ebrios y palpitantes de placer, largo rato pasaron en un alegre tejemaneje del agua a la rama florecida de un almendro.

Los contemplábamos con una ingenua y candorosa alegría. Y nos embelesábamos casi, cuando, empapados y desgranando la perla de un gorjeo, alzaron el vuelo.

Momentos después, nuestras almas tornaron a la fría desolación de los crueles dolores irremediables....

ANTONIO R. ALVAREZ.



ROSA MISTICA

Deja que purifique tu belleza con el óleo sutil de mi ternura, y que vele mi cáliz de amargura el níveo corporal de tu pureza.

Yo vestiré mi anhelo de nobleza ante el místico altar de tu hermosura, y alumbrará tu cándida ventura la lámpara ritual de mi tristeza.

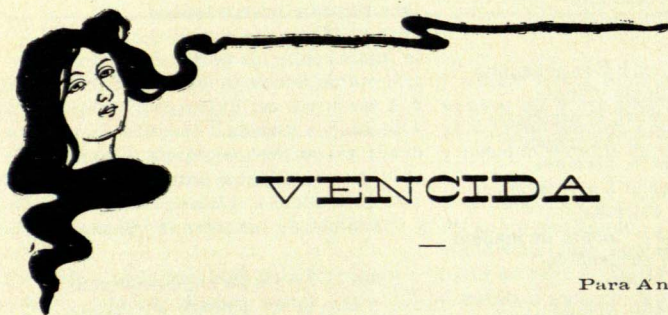
Arrancaré a mi pífono sonoro un melodioso cántico de oro que loe tu triunfal adolescencia;

y bajo la piedad de tu sonrisa celebrará mi amor su casta misa en el blanco misal de tu inocencia.

MAXIMILIANO ITURBE.



Fiesta en honor del Dios Baco y de Ariadne



VENCIDA

Para Andrés Mata.

El pálido fulgor de un sol de ocaso
que entre nubes de púrpura riela,
alumbra apenas el incierto paso
de oculta callejuela;
y cual doliente augurio,
de mísera aflicción á ser testigo,
entra un rayo de luz por el postigo
de la estrecha ventana de un tugurio.

Siniestro cuadro, con su lumbré pura
descubre en ese hogar el sol remoto:
son el tapiz de la pared oscura
desechos de papel impreso y roto.
Cual amplias bocas, en el frágil techo
cuyas palmas alzó viento brabío,
las rendijas se ven de trecho en trecho
que abrió la lluvia en la estación del frío.
En mesa tosca y ruin, donde un rosario
tiende sus cuentas de color oscuro,
un libro de oraciones está abierto;
y en propincuo lugar, cuelga del muro,
escueto y solitario
el lienzo en que un pincel trazó inexperto
la tragedia sublime del Calvario.
Sobre negra repisa de madera,
por el aceite henchido
que brinda el fruto de gentil palmera,

vaso de vidrio en cuyo seno vaga
el corcho de un mechero suspendido,
sirve en la estancia á modo de bujía
cuando la luz crepuscular se apaga
y el nocturno crespón sucede al día.

En un rincón abandonada y rota
duerme la jaula de herrumbroso alambre,
donde hace un mes, vencido por el hambre,
lanzó un canario su postrera nota.
Junto se ve del arcilloso jarro
que ostentaba en la reja seductoras
rosas de abril en rica muchedumbre,
el viejo anafe de cocido barro
donde, por largas horas,
faltó el puchero, escaseó la lumbré.
Completan el exiguo
ajuar humilde del tugurio estrecho,
por solo asiento un butacón antiguo
y un pajizo jergón por todo lecho.

Sobre la paja del jergón, tendido,
la faz enjuta, estertoroso el pecho,
de incurable parálisis herido,
el señor de ese hogar, casi un anciano,
hambriento, inmóvil como estatua inerte,
ya ni se queja ni lamenta en vano

de su destino contra el golpe fuerte.
Antes espera resignado y mudo
el momento cercano
en que el ángel piadoso de la muerte
de su vida infeliz desate el nudo,
y pueda entonces reposar tranquilo,
lejos, muy lejos del combate rudo
de la existencia, en el postrer asilo.

En tanto una mujer joven y bella,
en cuya limpia faz de nieve y rosa
lucha la vida por borrar la huella
profunda y lastimosa
que el insomnio tenaz estampó en ella;
húmeda la pupila, en cuyo fondo
de indefinible transparencia lleno
se refleja un dolor intenso y hondo;
inclinada la barba sobre el seno
abultado y redondo
como un capullo en la estación riente,
y desatado en torno de la frente
el haz de luz de su cabello blondo;
con paso cada vez menos seguro
recorre inquieta el lóbrego recinto,
mientras el rayo puro
de la lumbré del sol, ya casi extinto,
dibuja su silueta sobre el muro.

Ahora, interrumpida de repente
su marcha silenciosa aunque agitada,
del maltrecho jergón se para enfrente;
pone con firme y pertinaz mirada
los tristes ojos en el pobre anciano,
se acerca á él con hondo desconuelo,
enjuga luego con temblorosa mano
el copioso sudor, sudor de hielo
que humedece la faz del moribundo,
y con amor profundo
le acaricia, le besa como loca,
cual si quisiera restituírle al mundo

con los ardientes besos de su boca. Ahora se arrodilla, por olvidar su duelo y sus agravios, del Moria ante la excelsa maravilla; mas cuando intenta orar, ve con angustia que huyen las preces de sus yertos labios, y que del libro abierto de oraciones en donde clava la pupila mustia, se mezclan y confunden los renglones.

Y se alza, y vuelve con afán insano la sala á recorrer, y á veces mira y se acerca al rincón donde su mano, después que lo estrujó, lanzó con ira el seductor billete, do el dueño del taller, en que ganaba pobre salario en improbas labores, le dice su pasión ardiente y brava por centésima vez, y le promete dicha y fortuna á trueque de favores.

Y toma al fin la carta lisonjera, y el vil contacto por su sér derrama frío mortal, cual si el mensaje fuera reptil inundo de viscosa escama. Tiembla, la abre otra vez, lee de nuevo del sol de ocaso á la dudosa llama las promesas venales del mancebo; un instante nomás, sólo un instante piensa que al padre hambriento y moribundo puede salvar la bolsa de un amante; siente, al sólo pensarlo, horror profundo; púdico fuego á su semblante asoma; lanza un gemido agudo y lastimero; dirige en torno la mirada incierta con miedo de sí misma, y se desploma sobre el antiguo butacón de cuero murmurando al caer:—¡Primero muerta!

El llanto que desborda su pupila en abundante vena, mitiga lentamente su intranquila febril exaltación, mas no su pena; y por huir acaso á los enojos conque la realidad le hiere el alma, hundida en el sillón, cierra los ojos y queda en muda y aparente calma. Calma aparente, sí, que en vano cierra los párpados de rosa á la tortura conque el siniestro azar le mueve guerra, olvido en vano á su aflicción procura; que como se levantan de la tierra y pasan bajo el sol, con luz mortuoria las nubes de occidente, del fondo ve surgir de su memoria y desfilar por su abatida mente en procesión fugaz y transitoria, tras la visión riente de su pasado bién, la triste historia de su miseria y su dolor presente. ¡Ay! que el recuerdo punzador, verdugo del alma adolorida, siempre la copa hinchó de amargo jugo que apura el corazón, siempre le plugo mover la llaga y desgarrar la herida.

Aunque jamás en su escondida estancia risueña la Fortuna el cuerno derramó de la abundancia, y presa de mortal agotamiento su madre infortunada, al darle aliento, huérfana y sola la dejó en la cuna; en santa paz, en dulce medianía que la ambición no rompe ni importuna, bajo el abrigo paternal vivía.

¡Qué era verla salir, regocijada, de su amoroso padre en compañía,

al replegar la sombra en su morada bajo los rayos del naciente día: ella, al taller donde en cuidado sumo prepara el arte la aromada hoja, cuyo aliento fugaz sorbe y arroja el vicio humano en espirales de humo; y á la fábrica él, donde en ingrata labor, de pie sobre el andamio duro, decora la soberbia columnata, construye el capitel ó yergue el muro!

¡Qué era verlos volver, tras las fatigas del diario batallar, en dulce lazo y pláticas amigas, la faz radiante de hermosura élla, y él apoyado en el amante brazo de la gentil doncella!

¡Qué era verla risueña y agenciosa darse luego al hogar y á su faena, mientras el padre de su afán reposa: hacer la lumbré, aderezar la cena, el polvo sacudir que se derrama por las paredes y el ajuar modesto, zurcir la ropa, armonizar la calma, escindir del rosál la inútil rama y refrescar el florecido tiesto!

Y era de verla en las festivas horas que el salvador trabajo al ocio deja, ostentando sus gracias seductoras entre rosas de abril, tras de la reja. Allí en silencio deleitoso y blando dejaba errar su libre fantasía de gratas ilusiones tras el bando magnífico y risueño; ó ya cantaba como alondra, y cuando resonaba su canto de alegría, con amoroso empeño el canario en la jaula respondía al dulce ritmo de su dulce dueño.

¡Ay, no siempre fué así! Con repentino y formidable golpe, en duelo y llanto, la dicha de ese hogar trocó el destino. Honda aflicción, indescriptible espanto nubló la faz de la doncella hermosa, le oprimió el alma, cuando á herirla vino la nueva inesperada y dolorosa. ¿Qué supo? ¿qué pasó? Sobre un madero del enhiesto andamiaje suspendido, una mañana el infeliz obrero sintió de pronto abrumador vahído: punzadas mil cual múltiples abrojos le asaltaron la frente y el oído; frío sudor en desbordado exceso su cuerpo humedeció; vapores rojos vió alzarse en torno suyo, y el espeso purpúreo manto ensombreció sus ojos; auxilio fué á pedir y hablar no pudo, cual si oprimiera entonces su garganta de invisible cordel estrecho nudo; quiso moverse y vaciló su planta; las manos extendió de aliento falto buscando en derredor seguro apoyo; desvaneciéndose al fin.... y de lo alto cayó precipitado en el arroyo....

Lentas, abrumadoras, de insomnio, de inquietud y de agonía, en el misero hogar fueron las horas, que sucedieron al infausto día. Horas de amarga incertidumbre y pena para la joven cariñosa y buena, que aun se desvive en velador cuidado entre las qarras de su dura suerte; y de angustia y dolor para el cuitado en cuyo cuerpo ya, tras lid reñida,

al fatídico avance de la muerte próxima está la rota de la vida.

Redobló en el taller la niña hermosa su laborioso afán, porque su mano lograr pudiera en la fatiga honrosa pan y salud al desvalido anciano. Verdad que sus mejillas, por la ruda faena, iban tomando el color de las hojas amarillas; verdad que entonces de sus labios rojos se apagaba el clavel de aroma blando y estaban mustios de llorar sus ojos; mas siempre, como el ave que hasta el nido migas y paja en el rigor de invierno lleva al polluelo hambriento y aterido, llevó la joven al hogar paterno para el enfermo anciano y desvalido la saludable droga y el pan tierno.

No se curaba la infeliz doncella más que del padre enfermo y sin ventura: ¿que se le daba á ella que del dolor bajo la ruda huella se agostase la flor de su hermosura? Mas le importaba, sí, su honrado nombre, de su virtud la esplendorosa estrella; y el torpe dueño del taller, el hombre que le hablaba de amor, ciego y liviano, cuando la vió desamparada y sola quiso, en su ardor insano, apagar de la niña la aureola y arrojarla del vicio en el pantano.

Y revolvióse la doncella honrada contra la infame insinuación. Sabía que al rechazar airada al joven seductor, desde ese día ni pan, ni abrigo, ni salud, ni nada para su padre misero tendría. Pero olvidó su duelo, su penuria; se irguió contra los golpes del destino; protesta de honradez, verbo de injuria á la faz arrojó del libertino; y de aquella morada donde era ya deshonra hasta el ambiente, salió, sí, con el alma lacerada, mas pura como el cielo su mirada y con nimbo de luz sobre la frente.

Salió.... mas si de entonces escudriña uno y otro taller, y acude al ruego, hallar no pudo en que ganarse luego miserable jornal la casta niña. El liviano amoroso con torpe traza al generoso intento se oponía, y acorralada la infeliz gemía con doloroso afán, como en la caza gacela á quien persigue la jauría. ¡Cuántas, oh Dios, en la mundana feria en donde el vicio ruin medra á destajo, viven, como esa niña, en la miseria con su honradez por cruz y sin trabajo!

Después que bajo el rudo fatalismo la pobre niña de cabello blondo se vió privada del trabajo honesto, fue al *Monte de Piedad*, profundo abismo de oscuras fauces, y en su negro fondo echó las prendas del ajuar modesto. Acudió á la amistad, á los testigos de su honradez y su miseria, en vano: ¡oh caridad! ¡oh corazón humano! ¿tiene en el mundo la pobreza amigos?

Para el enfermo, al fin, mal de su grado, llamó á la puerta del hospicio un día;



LA FERIA EN VOLENDAM

mas no encontró refugio al desdichado, que el hospicio tenía el número de enfermos limitado. Y el padre se moría en el estrecho y lúgubre tugurio, sobre el lecho, como en su jaula de torcido alambre murió el canario: de tristeza y de hambre.

En tanto el seductor, cual fiera hircana que va de caza por la selva espesa, atisba la ocasión, lucha y se afana por alcanzar la codiciada presa. Uno tras otro tentador mensaje manda á la niña, de impaciencia lleno, ocultando en la miel de su lenguaje de sus torpes instintos el veneno. Más de una vez á infame Celéstina por digno heraldo de sus ansias toma, y aquella miserable se encamina al hogar de la virgen inocente, como va la serpiente al nido de la cándida paloma.

Así llegó la tarde en que al escaso reflejo de las luces del ocaso, á solas con su llanto y sus dolores, leyó la virgen el postrer billete en que el sátiro impío le promete dicha y fortuna á trueque de favores.

Junto al lecho de muerte del anciano la carta estruja con rencor insano, mientras pasa y repasa en su memoria de su existencia la infeliz historia. Luégo á la dura realidad despierta; con repentino impulso se levanta,

y cuando altiva, aunque sangrando el pecho, va otra vez á exclamar:—¡Primero muerta!— un—Tengo hambre, Leonor!—salió del lecho y apagó la protesta en su garganta.

Al congojoso acento del pobre moribundo, vió la niña rodar, nublado el mundo, hacia un caos de horror su pensamiento; y mientras todo en derredor veía girar, girar, con giro turbulento, murmuraba Leonor:—¡Hambriento! Hambriento! ¡Y se muere, ay de mí, por culpa mía!

El vértigo siguió. Sonrisa fiera contrajo de la virgen el semblante; se alisó la doncella la ondulante cascada de su blonda cabellera, besó al enfermo débil y expirante y musitó después:—¡Espera; espera; tendrás pan y salud! ¡Vuelvo al instante!—

En ese punto el postrimer reflejo se apagó de la luz: era un reproche del cielo á la mujer....El pobre viejo quedó solo y envuelto en el cortejo de las oscuras sombras de la noche....

Apenas en oriente desparramaba el día su tesoro, cuando volvió Leonor, casi demente, con un puñado de oro y sin nimbo de luz sobre la frente. Al lecho se acercó con paso incierto, —¡Aquí hay pan! ¡aquí hay luz! diciendoen [vano:

de la fúnebre estancia en el desierto nadie le respondió; tendió la mano sobre el duro jergón y halló al anciano rígido y sin calor. ¡Estaba muerto!

¡Muerto....! Y por él no más cayó vencida de inicuo seductor entre los brazos! ¡Su padre, su virtud! ¡Su doble egida! ¡Y aquél estaba en el hogar, sin vida! ¡Y su honor por el suelo, hecho pedazos!

No dijo más: con retintín sonoro rodaron sobre el tosco pavimento en varia confusión las piezas de oro; y por la estancia lóbrega y callada fingían de Leonor á la mirada lucecillas de fósforo sangriento.

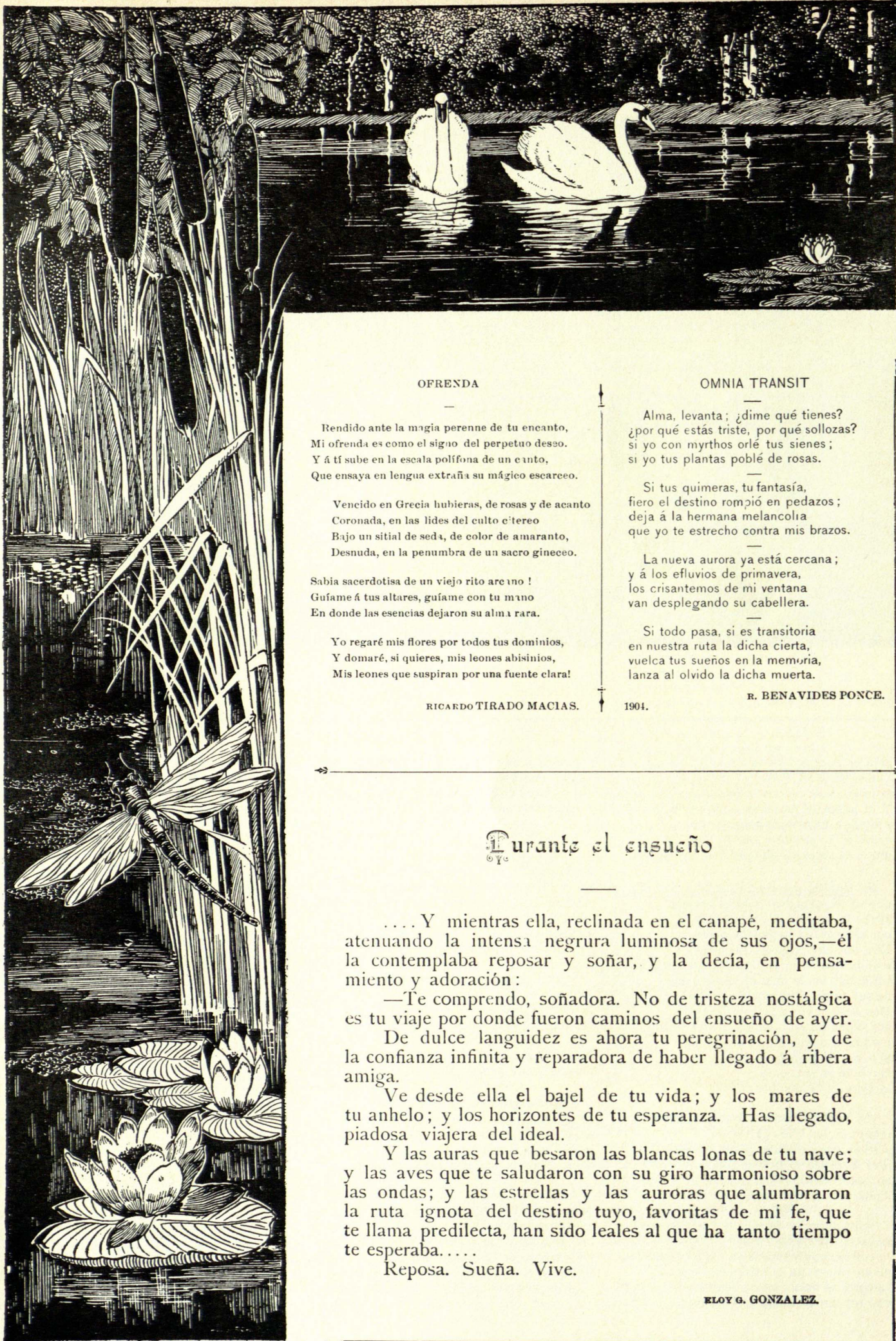
Después....Leonor, con faz desencajada, giró sobre el metal; ahogado acento dejó escapar de su marchita boca; y lanzando siniestra carcajada, que con lúgubre són dilata el viento, abandonó el hogar.

¡Estaba loca!

UDÓN A. PEREZ.

Maracaibo: 1904.





OFRENDA

Rendido ante la magia perenne de tu encanto,
Mi ofrenda es como el signo del perpetuo desso.
Y á tí sube en la escala polífona de un canto,
Que ensaya en lengua extraña su mágico escarceo.

Vencido en Grecia hubieras, de rosas y de acanto
Coronada, en las lides del culto c'tereo
Bajo un sitial de seda, de color de amaranto,
Desnuda, en la penumbra de un sacro gineceo.

Sabia sacerdotisa de un viejo rito arcano !
Guíame á tus altares, guíame con tu mano
En donde las esencias dejaron su alma rara.

Yo regaré mis flores por todos tus dominios,
Y domaré, si quieres, mis leones abisinios,
Mis leones que suspiran por una fuente clara!

RICARDO TIRADO MACIAS.

OMNIA TRANSIT

Alma, levanta; ¿dime qué tienes?
¿por qué estás triste, por qué sollozas?
si yo con myrthos orlé tus sienes;
si yo tus plantas poblé de rosas.

Si tus quimeras, tu fantasía,
fiero el destino rompió en pedazos;
deja á la hermana melancolía
que yo te estrecho contra mis brazos.

La nueva aurora ya está cercana;
y á los efluvios de primavera,
los crisantemos de mi ventana
van desplegando su cabellera.

Si todo pasa, si es transitoria
en nuestra ruta la dicha cierta,
vuelca tus sueños en la memoria,
lanza al olvido la dicha muerta.

R. BENAVIDES PONCE.

1904.

Durante el ensueño

.... Y mientras ella, reclinada en el canapé, meditaba, atenuando la intensa negrura luminosa de sus ojos,—él la contemplaba reposar y soñar, y la decía, en pensamiento y adoración:

—Te comprendo, soñadora. No de tristeza nostálgica es tu viaje por donde fueron caminos del ensueño de ayer.

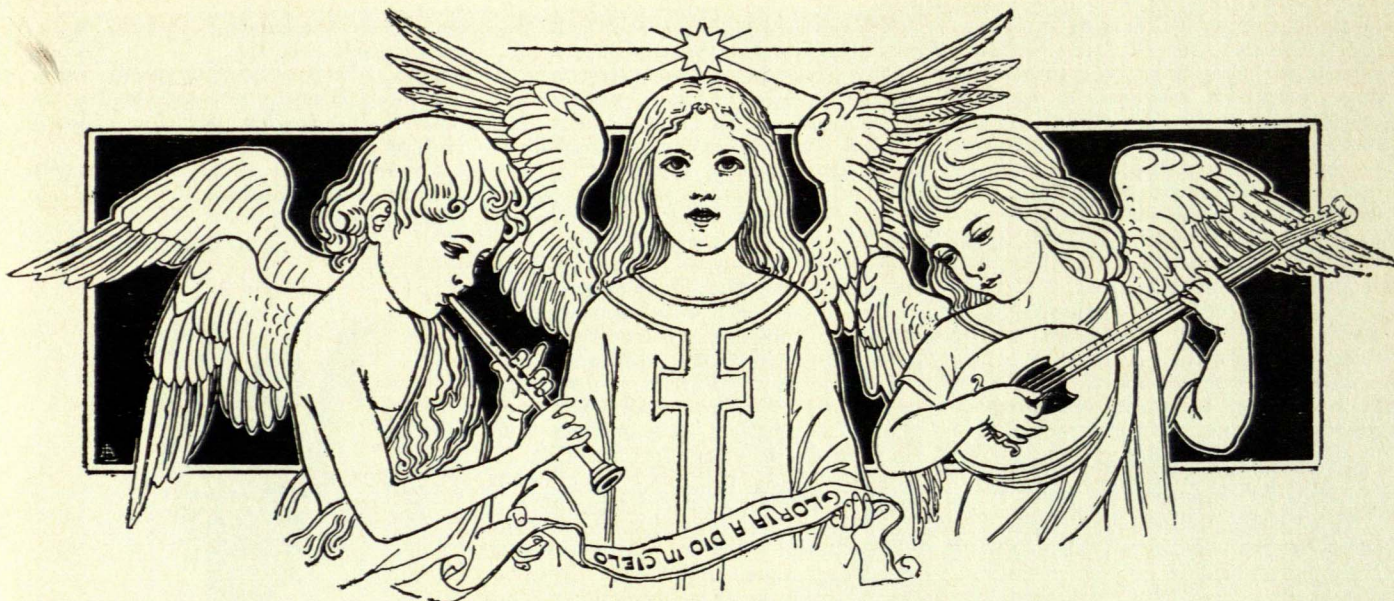
De dulce languidez es ahora tu peregrinación, y de la confianza infinita y reparadora de haber llegado á ribera amiga.

Ve desde ella el bajel de tu vida; y los mares de tu anhelo; y los horizontes de tu esperanza. Has llegado, piadosa viajera del ideal.

Y las auras que besaron las blancas lonas de tu nave; y las aves que te saludaron con su giro armonioso sobre las ondas; y las estrellas y las auroras que alumbraron la ruta ignota del destino tuyo, favoritas de mi fe, que te llama predilecta, han sido leales al que ha tanto tiempo te esperaba....

Reposa. Sueña. Vive.

ELOY G. GONZALEZ.



EDUARDO CALCAÑO

Los seres verdaderamente bellos y perfectos no aparecen tales sino cuando mueren; es decir: cuando ya no disfrutamos de su presencia.
BOLÓ-DEVANT LA MORT.

«¡Cuánto he vivido ya!» exclamaba Cermenin al recordar aquella pléyade de combatientes cívicos, primavera de la revolución francesa de 1830, que, á deshora, había visto caer en la tumba.

A mi vez puedo también decir: ¡cuánto he vivido ya!

Sin contar muchos de los fundadores de nuestras libertades civiles y políticas y no pocos de los que les sucedieron y vivieron de asiento bajo el palio de las instituciones; ¡á cuántos de mi propia generación he visto extinguirse en el olvido únos, en el destierro voluntario ótros; éstos en la miseria, aquéllos agobiados por la injusticia de la suerte!

Si: yo ví pasar á Aranda y Ponte, coronado de lirios azules, con inextinguible cántico de amor en los labios; hasta mi retiro llegó la última plegaria en que aquel delicadísimo poeta, Juan Vicente Camacho, pedía el agua del afecto para la prenda de su amor transida de sed en árido camino; las brisas marinas trajeron á mi oído el último ¡ay! de Lozano, cuya muerte es todavía secreto misterioso; mi mano conservaba aún el calor afectuoso de la mano de Barberii, en señal de pasajera ausencia, cuando me hirió la nueva de su muerte, que dejó enlutada la tribuna parlamentaria; yo guardo las últimas confidencias de Gutiérrez-Coll, y ví su frente poderosa inclinarse ante el altar del Dios de sus mayores, y recibir, contrito, el divino viático para el viaje á la Eternidad.

¡Ay! y contemplé también, durante largos días, el suplicio de EDUARDO CALCAÑO, en cuyo pecho hirvió el dolor como abrasadora lava, hasta convertir en cenizas su corazón de artista.

La Muerte interrumpió nuestra última plática: la plática en que nos confiábamos con prudente reserva, dudas respetuosas y misteriosas esperanzas.

Ambos creyentes en la vida de ultratumba; ambos esperanzados de encontrarnos en ella; ambos amantes del Sér Divino, del CRISTO, que nos instituyó herederos de su amor.

.....

Para dar á conocer á EDUARDO CALCAÑO en toda la integridad de su sér, bastará decir que era poeta: la Belleza fué siempre para él el sello de la Verdad divina en la obra de la Creación.

Y cultivó la belleza en su prosa, siempre intercalada de cadencias rítmicas, y en sus composiciones musicales, que regalan armonías ó melodías, no estrepitosas como himnos bélicos, sino apacibles á modo de plegarias alzadas en los altares de la adoración divina ó del amor humano.

Conocilo joven entre aquella falange de adalides intelectuales que gozaban de la vida sin abusar de ella, y para quienes la patria era divinidad, el hogar santuario, el amor culto.

Raro fenómeno, en verdad.

Concurrían en EDUARDO CALCAÑO, facultades al parecer antitéticas: la facultad del jurisperito y la del músico; la del poeta y la del hacendista.

Así: después de haber disertado en la cátedra de Derecho civil sobre la potestad dominica, escribía una romanza triste como el reflejo de tarde otoñal sobre las dormidas aguas del Adriático; ó en seguida de haber expuesto alguna fantástica teoría estética, demostraba la ecuación de dos astros.

Pero estas facultades refundíanse en

una sola cuando el egregio Compatriota se posesionaba de la tribuna.

Entonces, su estatura, casi mediana, se engrandecía en fuerza de las ideas que expresaba; embellecía la gracia del Arte; asumía la autoridad hierática de los antiguos vates.

Y era que la facultad poética prevalecía en él sobre las demás facultades; ó mejor: las resumía todas.

De suerte que podía aplicársele el dicho de Andrés Eusebio Level acerca de don Jacinto Gutiérrez:

«Pequeño cuando calla; alto, muy alto cuando habla».

No quiero afirmar que fuera el tipo acabado del orador.

¡A quién podrá calificarse de tal, si, al decir de Cicerón, Demóstenes mismo, el monstruo de la Elocuencia, *era el que más se acercaba al perfecto modelo?*

No poseía CALCAÑO la entonación autoritaria de Guzmán Blanco, ni la grandilocuencia tribunicia de Andueza Palacio, ni el verbo enardecente, un tanto asiático, de Morales Marcano; ni la frase solemne de Barberii; y de ahí que su oratoria campase más en la Academia que en el Palacio legislativo ó en la plaza pública.

Su gusto en esta materia confirma mi juicio, pues daba preferencia á Cicerón sobre Demóstenes y sobre Bossuet á Fenelón.

CALCAÑO no imponía: seducía.

Joven aún, en 1856, era ya espectral; y aunque no había desempeñado, como después, altos puestos públicos, gozaba ya fama de orador y de escritor.

Perdilo de vista durante la guerra de la Federación, ni volví á estrecharle

la mano sino en los días de la Asamblea Constituyente de 1864, rodeado, por cierto, de aplauso, con motivo de haber puesto en evidencia lo inmoral, por decir lo menos, del empréstito que hundió nuestro crédito en el exterior y empobreció nuestro tesoro público.

En cualquiera otra situación el patriótico cuanto ilustrado trabajo de EDUARDO CALCAÑO habría dado en tierra con el tal empréstito y elevándolo a él al Ministerio de Hacienda.

Pero no sucedió así: el empréstito se efectuó, y el hábil hacendista quedó relegado al olvido.

Largo fue éste: de suerte que CALCAÑO no aparece en la escena política sino años después, y para darle brillo a un orden de cosas que quería deslumbrar con el Arte después de haber avasallado con la fuerza.

Gala y ornato del gobierno de aquellos días, sentóse en el Consejo de Ministros, acaudilló el periodismo, sedujo los diplomáticos extranjeros con la exquisita urbanidad de sus modales, y su oratoria esmaltada con frases de *empinado casco y ondulante cimera*, para valerme del dicho de Aristófanes, era acogida siempre y en todas partes con aplauso.

Se le llamó el Castelar venezolano; ni falta, a fe, quien diga que superaba al Tribuno español en el gesto, en el ademán, en el metal de voz; en lo que llama Cicerón el hábito exterior del orador, ó sea: la elocuencia del cuerpo.

Muchos fueron sus triunfos oratorios: triunfó en las fiestas de casi todos nuestros institutos docentes; triunfó en la cátedra de Jurisprudencia, desentendiéndose de la materia del estudio y poniendo a un lado el texto para descoger las alas de su ingenio por los cielos del Arte; y triunfó en el Panteón nacional, cuando el Libertador de Colombia la heroica entró en él a presidir el Senado de nuestros Próceres.

El último de los triunfos oratorios por CALCAÑO alcanzado se debió a la celebración del centenario de aquel varón benemérito de la humanidad: de aquel José Gregorio Monagas, que devolvió a muchos venezolanos el dón más precioso de cuantos ha otorgado al hombre la providente mano del Creador: la libertad.

Decir de este discurso que es el canto del cisne, es amenguarlo en mérito. Porque si no resuenan en él los periodos musicales con la abundancia que en otros del Orador, ni las imágenes se agolpan en procesión solemne, ni la prosa se atavía con galas épicas; en cambio la Musa de la Verdad recorre con victorioso paso el campo de la Historia.

Yo compararía esta hermosa pieza oratoria a una puesta del sol.

Igualmente solemne y humano y santo fue el triunfo que obtuvo CALCAÑO, cuando arrancó del patíbulo a un hijo del pueblo, víctima anónima para todos, mas no para los suyos, que iba a ser inmolada en aras de las pasiones civiles.

Si: igualmente solemne y humano y santo; porque en política, como en moral, como en religión, el hablar es algo, el proceder es todo.

Por eso prorrumpla a cada paso Demóstenes: «Actos, no palabras».

Si en aquel discurso celebró CALCAÑO los fueros de la libertad, para honra del hombre, en éste realizó la elocuencia del lenguaje con la santidad de la obra para gloria de Dios.

La vida es presente divino y sagrado el derecho de vivir.

A las dotes de egregio orador y de hábil periodista, añadía CALCAÑO la de cierto exquisito dón de gentes; y sin duda debido a ello atravesó el estadio de nuestra política sin rencores, sin odios y entre aplausos y plácemes.

Alternativamente feliz y desgraciado, vertió el Destino miel ó acibar en la copa de su vida; que más de una vez llamó la Muerte a las puertas de su hogar, y más de una vez cayeron sobre él inmerecidos padecimientos.

En la próspera fortuna gozó con prudencia de la felicidad; en la adversa opuso a la suerte la fortaleza de su alma: los vientos de la vanidad soplaron sobre su lámpara sin lograr apagarla; y resignado en las tribulaciones que proceden de lo Alto, soportó dignamente las injusticias de los hombres.

No en vano vivió largos años, durante los cuales labró su propia estatua en el fuero de su conciencia, rejuveneciendo su alma con verdades, meditando en los misterios de ultratumba y adorando en silencio.

Así se preparó para el viaje a la Eternidad.

Aguardó, impasible, la Muerte; mas no sin lamentarse, porque es la vida dón divino ¡ay! y tan grato contemplar la luz!...

No murió como filósofo razonando con sus discípulos sobre arcanos problemas cuya solución está vedada al hombre, sino como cristiano: creyendo, esperando, amando.

Sostenido por su virtuosa compañera y rodeado de las dos generaciones a quienes diera vida, rindióse como árbol salutar, cargado de frutos y de flores, esparciendo fragancia de virtudes, y no sin despedirse de la vida con una lágrima AL TRAVÉS DE LA CUAL MIRÓ A DIOS.

Su muerte conmovió hondamente al pueblo de Caracas.

Todos los gremios sociales acudieron al hogar mortuario y lo visitaron con religioso recogimiento; todos siguieron el féretro del ilustre finado; todos se miraron unos a otros, como dudando de la triste realidad que tenían delante de los ojos.

Y cuando fueron devueltos a la Tierra los despojos queridos, todos, atónitos, recordaron aquellos labios, ora mudos, que hablaban maravillas; y aquellos ojos, ya apagados, que irradiaban vivísima luz; y aquella frente, hoy abatida, semejante hasta ayer, a procerosa cúpula que se erguía serena hacia la bóveda del Cielo.

La última palada de tierra cayó sobre la fosa, en medio del más profundo estupor.

¿Y quién hubiera sido osado a turbar aquel misterioso silencio impuesto por la tremenda majestad de la Muerte sobre la gloria humana?

No debía, nó, ostentarse allí la elo-

cuencia de las palabras, mas sí la de las lágrimas.

Sólo el aura vespertina gimió inefable plegaria entre el ramaje de los sepulcros, iluminados por los últimos lampos del sol.

Era la doliente elegía que entonaba la Patria sobre la tumba de uno de sus hijos predilectos.

MARCO-ANTONIO SALUZZO.



PÉTALOS GRISES

Hoy, al doblar la página amarilla de un libro de recuerdos, encontré algunas flores secas, algunos pétalos grises, cuyo perfume hizo brillar en mi memoria una triste luz de antaño.

Poblóse mi mente de sombras inolvidables, llenóse mi corazón de amorosas músicas; y en mi espíritu floreció el casto ensueño de mi infancia y el lirio sangriento de mi juventud. ¡Oh evocación profunda de mis hondos recuerdos ante un puñado de pétalos muertos! ¡Oh perfume de melancolía, alma de mi vida remota, que has venido de no sé qué abismo del tiempo y de la muerte a acariciar con un beso de poesía y de tristeza a mi viejo espíritu vestido de negro! Como el ala de nieve de un ave errabunda, como el hálito de un niño dormido, así ha pasado tu caricia por mi frente....

Yo he separado de esa página antigua las flores difuntas colocadas allí por una mano ya muerta, la dulce mano maternal que ha venido a oprimir mi corazón en las noches colmadas de dolor y de sombra!

He leído la hoja amarillenta, exornada de rojas iniciales. Hoja de amor y de infortunio, harmoniosa con los versos de Percy Shelley, impregnados de un olor funerario. Nunca un poeta llegó a expresar como aquél, en dos ó tres líneas intensas, una tristeza tan honda!... Las palabras de la estrofa inmortal tienen un aroma como las flores y sollozan toda la melancolía de las cosas muertas. Palabras de misterio y de milagro, que dicen la amargura de lo que duerme sobre la tierra ó bajo el sudario del tiempo; del tiempo implacable é inmutable, que nos empuja hacia el ocaso, mostrándonos, en los días de luto, el fulgor de rosa de las antiguas auroras, bajo el palio azulado de los cielos profundos.

FRILÁN TURCIOS.



Copyright 1904 by H. B. S. Co., Boston.

L. H. H. H. H. H.



TREGUA

Tú, de mis ansias imposibles, dueña,
en demanda de triunfo, el vuelo abate;
y finaliza el bárbaro combate
que el corazón con el cerebro empeña.

Corónate de luz, y canta y sueña,
mientras que lidian ellos... ¡Así bate
en el cantil, su furibundo embate,
el temporal sobre la estéril peña!

Cerebro y corazón guarden un mudo,
devorador enigma, como el rudo
mar sus monstruos, sus sirtes y barbasco.

¡Pero ciñen excelsas radiaciones,
cual bajo las rugientes cerrazones
se coronan de espumas los peñascos!

JUAN DUŠAN.



A EMILIA

Dime, rival de las rientes flores,
¿Cual es más pura y más intensa llama:
La que brilla en tus ojos seductores
O la que, al verte, el corazón me inflama?

¿Y cual, perenne imán del pensamiento,
Es desorden mayor en este instante:
El de tus rizos, conque juega el viento,
O el de mi mente ansiosa y delirante?

¿Sabes, di, qué es mas negro, oh! maravilla
De gracia juvenil y de inocencia:
Ese lunar, que adorna tu mejilla,
O la noche que me haces con tu ausencia?

¿Qué es más pequeño, di, dulce embeleso
De mis ojos y loca fantasía:
Tu boca, sin espacio para un beso,
O mi ánimo cobarde que lo ansia?

¿Y qué se abre, oh! cándida indecisa
Con más encantadora desconfianza:
Tus labios, si te miro, á la sonrisa
O mi pecho, si te oigo, á la esperanza?

P. ARISMENDI B.

POR TU ALMA NOBLE

A Rufino Blanco Fombona.

Por tu alma noble y por tu orgullo fiero
Nacer debiste en época lejana,
Cuando deslumbra á la ciudad Toscana
Lorenzo, el formidable condottiero.

Como él, ora la rima, ora el acero,
En rudo lance ó en canción galana,
Unir pudiera tu ambición ufana
Con el triunfo de artista y de guerrero.

Junto á Cellini, hubieras repujado
Aureas y finas dagas; cincelado
El perfil de algún Borgia en camafeo.

Y en soneto de bronce, á Benvenuto
Rendido hubieras inmortal tributo,
Ebrio de luz delante del Perseo!

LEOPOLDO DIAZ.

NOTA BREVE

Triunfa el sol de las neblinas
que incendian su blanco tul,
y extiende por las colinas
mil frágiles muselinas
de suave color azul.

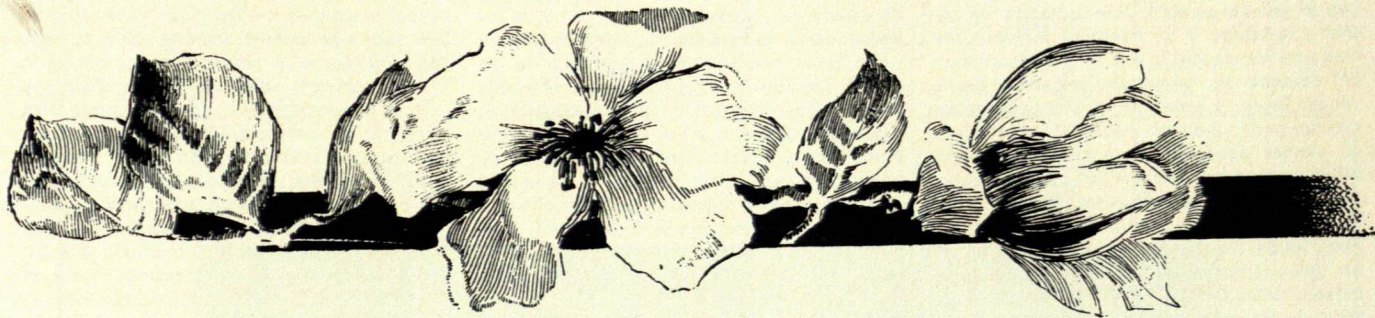
Ríos de sangre, remotos,
'muestran su rojo perfil,
y brillan mares ignotos
entre los paisajes rotos
que borra un viento sutil.

Fulguran los arenales
bajo el cielo de cristal,
y cantan sus madrigales
los románticos turpiales
en un concierto triunfal.

Del lago en las ondas quietas
finge arabescos la luz,
y se esfuman las goletas
como almas de poetas
—las velas blancas en cruz—

Y de la mañana leve,
mañana multicolor,
recoge mi mano aleve
esta humilde nota breve,
para un artista pintor.

J. I. VARGAS VILA.



EL 9 DE FEBRERO

Valencia, Noviembre 29 de 1904.
Señor J. M. Herrera Irigoyen.

Caracas.

Mi estimado amigo y colega:

Tengo mucho gusto en remitirle mi colaboración para el número de EL COJO ILUSTRADO de 1º del año próximo.

Es un fragmento de la *Historia contemporánea de Venezuela* que estoy escribiendo en cumplimiento de un mandato oficial. Ese fragmento se refiere al tan debatido «9 de Febrero.»

Deseando á usted y á su importante empresa la mayor prosperidad, me complazco en repetirme su apreciador, amigo y colega,

F. GONZÁLEZ GUINÁN.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE VENEZUELA

GOBIERNOS CONSTITUCIONALES—1830—1847

Capítulo XLVII

SUMARIO.—Continúa el año de 1844.—Exaltación pública por la crisis económica y por la acusación de las *Seguidillas*.—Reunión del Jurado de imprenta.—Declaratoria de irresponsabilidad de Villalobos y de responsabilidad del señor Guzmán, como impresor.—Opinión del historiador J. M. Rojas.—Injusticia de la declaratoria.—Exacerbación pública.—El señor Guzmán acusa al Jurado ante la Cámara de Representantes.—Perplejidad de ésta.—Reñese un nuevo Jurado el 9 de Febrero.—Violencia popular.—Cómo relata los sucesos el historiador Rojas.—Opinión del General Páez.—Opinión de *El Venezolano*.—Comentario.—Trascendencia del suceso ocurrido el 9 de Febrero.—Disgusto de los conservadores.—Invectivas contra el Presidente.—Carta del General Soublotte al señor Fermín Toro.—Aumento del Partido Liberal.—La línea del odio.—Enfermedad del personalismo.—El pecado de todos.....

Al instalarse el Congreso, dos grandes cuestiones traían exaltados los ánimos de los habitantes de la capital: la crisis económica, tan ponderada por los industriales, principalmente por los agricultores; y la acusación de las *seguidillas* contra el señor Juan Pérez.

El primer Jurado de imprenta que conoció de la acusación intentada por el apoderado del señor Pérez, señor Nicolás Martínez, se compuso de los señores Doctor Juan José Romero, Doctor Bartolomé Liendo, Manuel Sojo, Miguel Arismendi, Casimiro Hernández, Francisco Izquierdo y Carlos Machado. Reuniéronse estos señores el 25 de enero con el fin de resolver el pedimento que había hecho el apoderado del señor Pérez con respecto á la irresponsabilidad de Ramón Villalobos, que aparecía como autor responsable de las *seguidillas*; y después de alguna deliberación y desechando las pruebas presentadas y evacuadas por el señor Guzmán,

declaró: que en Villalobos no podía hacerse efectiva la responsabilidad legal, y que, en consecuencia, el verdadero responsable era el señor Antonio L. Guzmán como dueño de la imprenta donde se editaba *El Relimpago*. (1)

«Esta declaratoria, dice el historiador J. M. de Rojas, era tanto más absurda, cuanto que las penas establecidas en el Código para los delitos de imprenta se reducían á multa y arresto personal, aumentándose la prisión en caso de insolvencia.» (2)

La resolución del Jurado fué realmente violenta y contraria á todo principio jurídico, pues para declarar la irresponsabilidad de Villalobos, no bastaba el dicho del apoderado Martínez, sino que ha debido preceder un juicio probatorio de la tacha opuesta; pero los miembros del Jurado, contaminados con las pasiones de la época, dictaron una determinación injusta, que hubo necesariamente de exacerbar los ánimos entre los liberales, ya vivamente interesados en el conflicto.

Viéndose el señor Guzmán atacado en su derecho, apeló á un medio legal, y fué el de ocurrir á la Cámara de Representantes, en la sesión del 27 de enero, con un escrito donde acusaba á los miembros del Jurado por haber violado la ley. La Cámara estuvo perpleja en resolver la materia por no tener una comisión permanente de acusaciones, y pasó al orden del día. Una nueva solicitud documentada introdujo el 9 de Febrero el señor Guzmán á la Cámara, pero ésta rehusó ocuparse del asunto, no obstante haber ya tomado conocimiento de él una comisión.

Así las cosas, un nuevo Jurado, compuesto de los señores Manuel Sojo, Nicolás Castro, Feliciano Palacios, Remigio Armas, Esteban Herrera, Andrés Rivas Pacheco y Juan Vicente Echezuría, se reunió el mismo 9 de Febrero para declarar qué especie de responsabilidad cabía al señor Guzmán como

dueño de la imprenta. Los liberales, en número considerable, asistieron al acto de la reunión del Jurado. Desde antes de las 11 de la mañana, hora en que éste fué instalado por el Juez de primera instancia señor Doctor Isidro Vicente Osío, la casa estaba llena de espectadores, que fueron aumentándose hasta obstruir las avenidas de las calles. Algunos escritores de aquella época fijan en más de dos mil el número de los espectadores: otros lo elevan á cuatro mil; pero todos están acordes en pintar la exaltación de los ánimos, exaltación fundada en la pasión política dominante, acalorada en el momento por la declaratoria del primer Jurado, á todas luces ilegal.

«Habiendo hablado el abogado del querellante, dice el Doctor Rojas, hizo uso de la palabra el señor Guzmán entre aclamaciones y aplausos del pueblo que estaba allí reunido en número de más de dos mil personas. Pide auxilio á la fuerza pública el Presidente del Jurado, pero la arroja el pueblo y la obliga á permanecer en la calle.

«Presa del mayor espanto el magistrado no se le ocurre dictar auto de prisión contra aquellos perturbadores que pretendían coartar las atribuciones del Jurado, y se limita á colocarlo en un cuarto para que en santa paz deliberase y declarase si era ó no infamatorio el libelo, y si merecía ó no la absolución. Los miembros del Jurado se hallaban aún más asustados que el mismo Juez, al cual pedían garantías personales que no podía dar quien no las tenía para sí. En el interin, aumentaba la efervescencia, crecía el tumulto y se acentuaba más la coacción por parte de los alborotadores. Se pidió auxilio á la Presidencia, y el General Soublotte envió, como paño de lágrimas, un recado de atención, aconsejando al Juez que tocara la campanilla para hacerse respetar. Fuerzan los amotinados la puerta del cuarto que guardaba á los miembros del Jurado y derriban de paso á su Presidente. En tal estado de cosas, salió cobardemente el veredicto de absolución, y los amotinados, seguros ya de la impunidad, salieron también con el señor Guzmán, paseado como Marat después de vindicarse en la Convención, en hombros de la plebe, que le llamaba el segundo Bolívar.

«El resultado de aquel desenfreno no pudo ser más lastimoso; la ley violada, la autoridad desprestigiada, el partido liberal contando con la impunidad para la comisión de mayores atentados.» (3)

(1) El señor Guzmán probó que Villalobos estaba libre, que era ciudadano de Venezuela, que era sargento del Ejército, que estaba en capacidad de sufrir la responsabilidad legal, que ejercía un oficio, que había tomado parte en las elecciones y que podía ser editor de cualquier escrito. «No tiene el Redactor de *El Venezolano*—dijo entre otros alegatos—más parte en la impresión del artículo acusado, que la que se haya compuesto con sus tipos: en su calidad de impresor, tampoco podía tener responsabilidad sino en el caso de no tener el artículo firma, ó de que fuese de un hombre que no pudiera sufrir una prisión. La ley es terminante: sólo en estos dos casos echa la responsabilidad sobre el impresor y manda al Jurado que así lo declare; pero los *logreros políticos* (alude á los señores del Banco) que pretenden haber fabricado un Jurado *ad hoc*, no vacilan en proclamar que á todo trance debe el Jurado condenar al impresor, ni por esto ni por aquello, sino porque es el Redactor de *El Venezolano*. ¿No sería más sencillo una orden de expulsión, un trabuco, ó otro golpe de estado semejante?»

(2) *Bosquejo histórico de Venezuela*, pág. 88.

(3) *Bosquejo histórico de Venezuela*, páginas 88, 89 y 90.

Otro historiador conservador, nada menos que el jefe del partido, dice juzgando el suceso: «¡Aciago 9 de Febrero! Habíase iniciado en Venezuela la era de los desórdenes, del derecho del populacho armado á derrocar las leyes é ingerirse en las deliberaciones del poder judicial; habíase, en fin, dado el primer escándalo, precursor de tantos otros, que han convertido nuestra pobre patria en teatro de luchas fratricidas.» (4)

De manera muy distinta habla *El Venezolano*, pues juzga y aprecia el suceso como un gran triunfo de la causa política que estaba defendiendo. El veredicto del Jurado había sido pronunciado á las 10 de la noche, cuando ya la impaciencia de la extraordinaria concurrencia se desbordaba amenazante. En el acto comenzaron las alegrías populares, y el citado periódico se ocupó extensamente del suceso, llamándolo el triunfo de la ley; y al referirse á la actitud del pueblo de Caracas en esa noche, dijo: «Fué la Caracas del 19 de abril: con juveniles fuerzas: con civil denuesto: con ese orden encantador, marca de su civilización, efecto de su patriotismo. La ciudad rebosa de contento: la noche ha sido un día: no centenares, sino miles de almas, al compás de músicas patrióticas y entusiásticas, paseaban todas las calles á la luz apacible de la luna, rebotando de gozo los corazones y gritando vivas incesantes á la Patria, á sus santas leyes, al orden constitucional, al triunfo de la ley, al Jurado del día 9, á la libertad de imprenta y al patriótico *Venezolano*..... Libertóse el inocente: triunfó la justicia: vencieron las leyes.»

No sólo *El Venezolano*, sino los demás escritores del partido liberal de aquel y de los posteriores tiempos, han magnificado el 9 de Febrero y presentándolo como un día clásico para las libertades públicas, porque en ese día quedó asegurado el derecho de publicar cada cual sus opiniones con arreglo á la ley. En nuestro concepto el 9 de Febrero fué una violencia popular, verdaderamente lamentable, consecuencia lógica ó hija legítima de la cometida quince días antes por el Jurado de imprenta al declarar, sin previo juicio, irresponsable al artesano Villalobos, para imponer, por antipatía política, toda la responsabilidad al señor Guzmán. Sin aquella estrafularia declaratoria, no habría tenido efecto la violencia del 9 de Febrero; como no surge el proyectil sin estar cargada el arma, ni crece el árbol sin haberse sembrado y germinado la semilla. La antipatía contra el señor Guzmán era manifiesta, por parte de los gobernantes, cuando el mismo Cuerpo legislativo eludía considerar sus peticiones, no obstante que la comisión encargada de abrir concepto sobre ellas, había evacuado un informe declarando que el primer Jurado había dado lugar á ser sometido á juicio; de cuyo informe se ocupó en definitiva la Cámara de Representantes, negándolo en votación nominal por 26 votos contra 9. (5)

Actos semejantes en épocas de agitación pública engendran siempre violencias, porque nada irrita más á los ciudadanos que

los abusos del poder. El derecho comprimido estalla en cualquiera forma, y no es extraño que en su estallido lo atropelle todo.

Ya hemos visto nacer la oposición de las turbias fuentes del personalismo. No tenía cuatro años de curso y ya se desbordaban sus aguas. El odio á los hombres, y no el amor á los principios, era el alma mater de aquella ruidosa controversia; y cada vez que surgía algún suceso público trataban los hombres de sobreponerse á las leyes, ó de colocarse en el lugar de los principios. ¿Qué tenía que hacer la personalidad del señor Guzmán en un juicio de imprenta, por él no provocado, en que no se ventilaban asuntos públicos ó políticos? No era suyo el libelo acusado como infamatorio: tampoco el periódico que lo acogió en sus columnas; pero así como el señor Guzmán tenía por puntos principales de mira, en sus ataques á la administración pública, las personalidades del General Páez, del Doctor Quintero y de los Directores del Banco, éstos, á su vez, en sus ataques al naciente liberalismo, no tenían por objetivo sino la personalidad del señor Guzmán y contra ella libraban batalla. De aquí la acerbidad en el debate, la frecuencia en los denuestos, la facilidad para defender como propias las cuestiones públicas y la dificultad para ganarlas ó perderlas como ajenas.

El Jurado de imprenta del 25 de Enero fué apasionado y violento, porque creyó llegada la ocasión de perder al periodista, ó de asestarle terrible golpe; pero hé aquí que tan sólo preparó la violencia del 9 de Febrero, victoria sin laureles, triunfo sin satisfacciones patrióticas, porque no se elevaron allí la ley ni los principios republicanos, sino la personalidad de un hombre perseguido por las siempre airadas pasiones banderizas.

Empero fué grande la trascendencia del 9 de Febrero en el seno de ambos partidos. Entre los conservadores fué de exacerbación contra sus adversarios, y de profundo disgusto contra el Jefe de la administración, á quien acusaban de no haber tenido la energía suficiente para impedir el suceso (6); y como quiera que los conservadores lo atacaban con la mayor rudeza y los liberales le dirigían frases de respeto y de cariño, creemos que unos y otros estaban dominados por el error, pues el General Soublette no hizo otra cosa que situarse en el justo medio de su deber, cosa que no aprecian ni comprenden los partidos políticos cuando se lanzan por la rápida pendiente de los extravíos.

La apreciación que hizo el General Soublette de aquellas ocurrencias y los detalles de los sucesos, los dió íntimamente á un amigo suyo, ausente de Caracas, en carta confidencial, escrita con sencillez y sin la más remota idea de que alguna vez pudiera publicarse. Traemos á estas páginas esa carta, cuya copia nos ha facilitado un respetable miembro de la familia Soublette, el señor Manuel Hernáiz, amigo de todo nuestro aprecio:

«Caracas, Febrero 21 de 1844.

«Señor Fermín Toro.

Bogotá.

«Estimado amigo:

«.....
«Demasiado parecía el suceso del 9, por

(6) Del partido conservador surgió la publicación de dos hojas sueltas con los títulos de «El gran traidor» y «La oposición gargantúa» ultrajando al Presidente de la República y á los liberales.

sí solo; pero no ha sido esto lo que han pensado algunos ciudadanos, pues que se han valido de medios secretos para complacar al Gobierno y perderlo en el concepto de los demás pueblos de la República, y esto en circunstancias en que convenía más fortalecerlo y apoyarlo. No bastaba que Guzmán hubiese alcanzado, con grave irregularidad, su absolución, sino que se ha tenido por conveniente darle de auxiliador y colaborador al Gobierno. No bastaba que un Juez hubiese descuidado ó ignorado sus deberes en un caso raro é inesperado: que el Gobernador ó el Jefe político, también lo hubiesen descuidado ó ignorado, sino que se ha tenido por conveniente persuadir á todo el país que fué el Poder Ejecutivo el que les negó apoyo y aun los embarazó en el ejercicio de sus funciones.

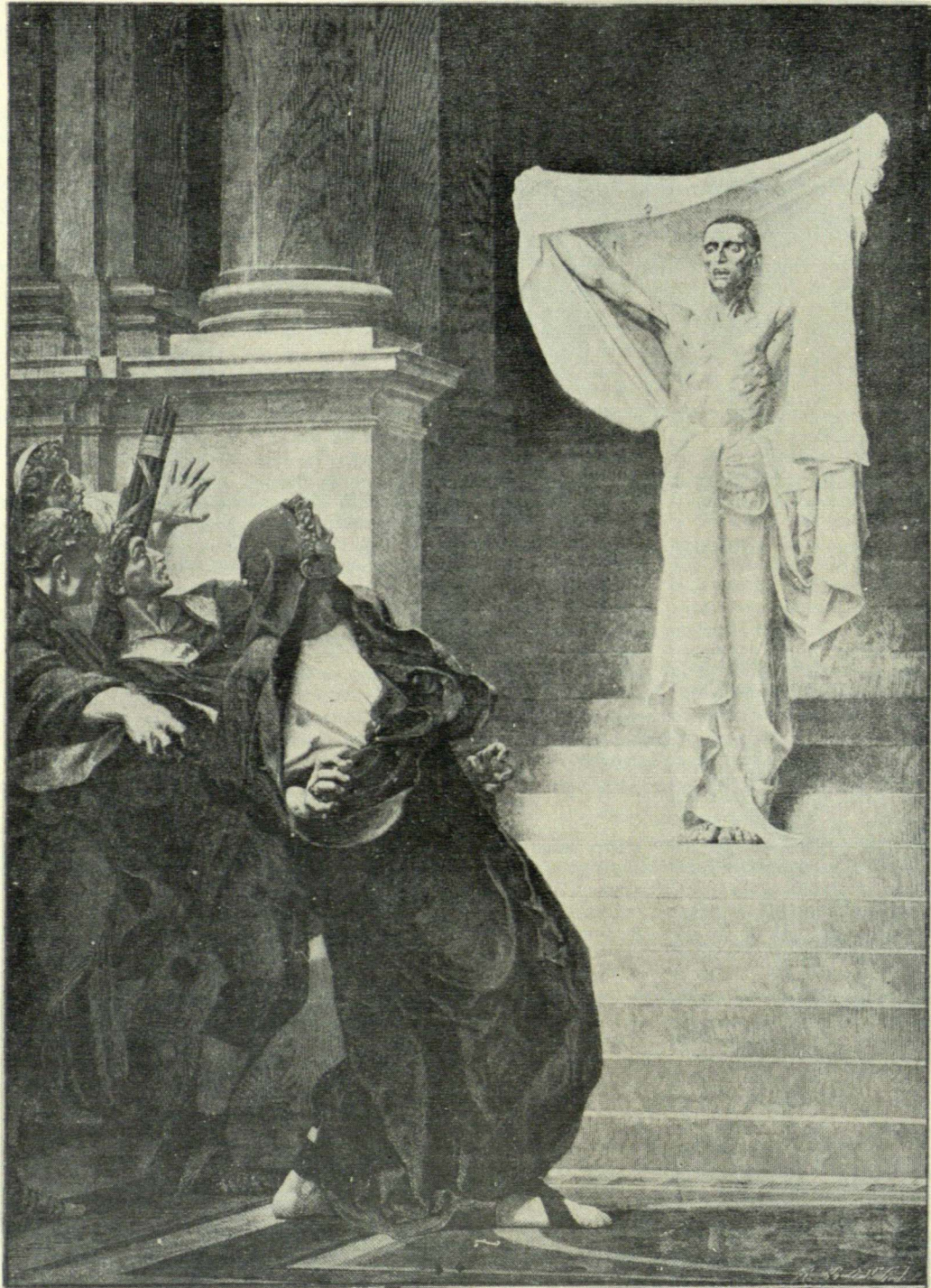
«El día 9 de Febrero estaba yo en mi despacho muy embebido en algún negocio, cuando á cosa de las 12 me anunciaron al Gobernador de la provincia. Que pase adelante, contesté; y se me presentó su Señoría diciéndome: que el pueblo se había levantado á Colmenares. No comprendí lo que me decía. Me pareció que hablaba de un Gabante que ha cometido algunos excesos por Santa Lucía, y que alguno de los pueblos de aquel valle se le había echado encima; y como quien no está seguro de lo que oye, le pregunté quién era Colmenares. El Comandante de la guardia nacional, me dijo.—¿Y qué pueblo se le ha levantado? Este de Caracas.—¿Dónde?—No lo sé: puede ser en la cárcel ó en el Jurado.—¿Qué Jurado?—El de imprenta.—¿Y qué ha ido á buscar Colmenares en el Jurado de imprenta? Entonces, y sólo entonces, supe que desde la víspera estaba previsto que el Juez pediría auxilio de fuerzas, y que estaría pronto y preparado el auxilio para acudir al instante en que fuese requerido. Deploré el paso, que desde luego me pareció por lo menos imprudente, y así se lo dije al Gobernador, añadiéndole que á él sin embargo no le tocaba este discernimiento pues estaba en la obligación de prestar auxilio al tribunal que lo pidiera, y que enviara al Jefe político al lugar de la sesión del tribunal. Se retiró el Gobernador, y el Secretario de Guerra me propuso mandar reunir en su cuartel á los alumnos aspirantes (7), en lo que conviene, no como orden del Gobierno sino como medida económica de su Comandante, y que permanecieran reunidos hasta que se les avisara. Nótese que yo no tenía antecedente alguno ni aun sabía que debía reunirse el Jurado. ¿Por qué debía yo saberlo? ¿Qué tengo yo que hacer con los negocios que se ventilan en los tribunales? Cuando esa mañana iba de mi casa para el Despacho, vi que alguna gente se dirigía á la de los Juzgados de primera instancia, y se me ocurrió que podía ser el día de la reunión, pero fué una idea pasajera que se disipó. Si el Juez, ó si el Gobernador, ó los ciudadanos, tuvieron motivos para prever una ocurrencia semejante á la que tuvo lugar, no lo comunicaron al Poder Ejecutivo. Yo creo mas bien que no hubo tales motivos, y que los mismos que han sido actores fueron conducidos de un paso á otro por las mismas ocurrencias.

«Seguí, pues, despachando con los Secretarios, y ningún nuevo aviso nos llegó de la parte del Gobernador, ni de la de ningún otro funcionario. A las 5 y cuarto de

(7) Los de la Academia de matemáticas.

(4) Autobiografía del General Páez, página 394, tomo 2º

(5) Estuvieron por la negativa los Representantes Baduel, Boset, Borges, Cajigal, Carreño, Cordero, Level, Ureña, Martínez, González Pedro, Guevara, J. H. García, Fermín García, Francisco M. González, Herrera, Hernández, Huizi, Monreal, Marcano, Martín, Palacios, Raldiris, Sotillo, Irala, Zamora y el Presidente; y por la afirmativa Agostini, Arvelo, Colmenares, Villasmil, Ignacio García, Pereira, Paredes, Revenga y Sánchez.



SAN SEBASTIAN — Por C. Louianger

la tarde se suspendió el despacho y entonces me preguntó el Secretario de Guerra qué se disponía con los alumnos: le contesté, que pues nada había dicho el Gobernador, seguramente todo había calmado, y que se podían retirar los alumnos con orden de reunirse en su cuartel al menor rumor de desorden; y me retiré a mi casa tan ajeno de que se estuviese cometiendo una grave falta, como el que estuviese á mil leguas de aquí.

«Para ir á mi casa pasé por la esquina que conducía á la en que estaba reunido el Jurado, y no observé cosa particular. Cuarenta ó cincuenta personas estaban en la calle, á mi ver tranquilas. Entré en mi casa, comí con mi familia, reposé, y al ser de noche monté á caballo, sin que nadie hubiera venido á avisarme de nuevos alborotos en el Jurado.

«A eso de las nueve de la noche volví á mi casa y me encontré cerca de mis puertas con el Juez de primera instancia, que presidía el Jurado, y con el Jefe político. Extrañé lo del Juez, y siempre lo extrañaré. ¿Qué venía á buscar á mi casa el Juez, qué quería de mí, qué intervención podía yo personalmente ejercer en su tribunal? ¿Qué es esto, señor Juez, le dije: cómo se ha separado usted de su puesto? Entonces me dijo que estaba abandonado: que nadie lo protegía: que un pueblo inmenso ocupaba la casa donde estaba reunido el Jurado y que el Tribunal no tenía libertad. Pregunté si había encontrado resistencia para salir: me dijo que no. Si creía que podía volver á su puesto: me dijo que sí. Pregunté aún, qué uso había hecho del auxilio que había pedido por la mañana, entonces el Jefe político dijo que cincuenta hombres de la guardia de policía, con sus dos Comandantes, estaban sobre las armas á disposición del Tribunal y formados delante de la casa donde estaba reunido el Jurado, y que él mismo estaba con ellos pronto á ejecutar las resoluciones del Juez.—¿Y por qué, señor Juez, le dije, no resuelve usted que el Jefe político despeje la casa?—Porque no he querido comprometer un lance, me contestó.—¿Y por qué no usa usted de su campana, de apremios, de multas, de cárcel con los que se desacatan? ¿Qué ha hecho usted de sus facultades como Juez en su Tribunal?—No se me oye: es mucha la bulla: es general el desacato.—¿Pues por qué no ha suspendido usted la sesión desde que no creyó poderla terminar en orden?—Porque la ley no me autoriza para interrumpir la sesión del Jurado y ahora sería peligroso hacerlo.

«Eran las 9 y media, por lo menos. ¿Qué quería, pues, el Juez de mí? Yo creo que él mismo no lo sabía. Cincuenta hombres armados eran para él lo mismo que mil ó que ninguno. Acaso quería encontrar á alguno que le quitara de encima un concurso que lo fastidiaba, sin que fuese por virtud de providencia suya. Visto esto, le dije, que me parecía que debía volver al Tribunal, donde quizás el Jurado lo estaría aguardando y que el Jefe político le acompañaría para hacer cumplirse sus providencias. El Juez había aconsejado á los jurados que pasaran la noche sin resolver, para hacerlo por la mañana; pero me añadió que los espectadores daban señales de enfado é impaciencia por la demora y amenazaban de no esperar más. Les pregunté, tanto al Juez como al Jefe político, si la concurrencia estaba armada, y ambos contestaron que así se creía, pero que no tenían armas descubier-

tas, aunque le parecía al Jefe político haber visto dos espadas.

«Se separaron el Juez y el Jefe político, y yo quedé solo en la puerta de mi casa, y una media hora después oí el clamor de viva el Jurado: absuelto Guzmán. Hubo bulla por las calles con música: se me dice que también hubo voces malignas; pero ha habido tanta exageración, tanta acritud de parte de algunas personas, que nada han omitido ni aun nada omiten para concitar odio y desconfianza contra el Gobierno, que no me he querido dar por notificado de nada, estando cierto de que no se había irrogado daño á nadie personalmente en la noche.

«Amaneció el 10 en perfecta tranquilidad: nada se notaba que anunciase un amago de perturbación, y así ha continuado la ciudad. Y si no hubieran errado en sus opiniones los que se dicen amigos del orden, hoy tendríamos algo adelantado en favor de la tranquilidad y seguridad pública para lo futuro. Y sepa usted que aún hoy no existe en las Secretarías del Gobierno ningún parte de las autoridades políticas ó judiciales sobre las ocurrencias del 9, ni mientras ocurrieron, ni después que pasaron.

«Me desconsuela la conducta de estos señores, pero no me arredra: pretendieron destruir á Guzmán, que bastante motivo ha dado: se les escapó dentro de las manos; y en su enojo sólo les satisfaría hoy la destrucción del Gobierno, la ruina de la República y mi exterminio: para esto circulan relaciones falsas sobre hechos ciertos y procuran enemistar al General Páez conmigo y despojarme de la confianza de todos los venezolanos.

«¿Puede haber un proceder más injusto, más imprudente, más enemigo de los intereses bien entendidos del país? Pues sepa usted que el Gobierno, nada, nada ha hecho, en mi concepto, que justifique el resentimiento de los unos, ni el reconocimiento de los otros. Ni ha ofendido á los constitucionales ni favorecido á *El Venezolano*.

«Soy etc.,

«Carlos Soublette.»

Esta carta no ha menester comentarios. Ella describe los hechos tales como pasaron y denuncia con ingenuidad la intención ó el propósito que tuvieron los conservadores de aprovechar aquella oportunidad para destruir al señor Guzmán, sin calcular que tal propósito tenía que ofrecer la seria dificultad del enardecimiento popular. Independientemente del Gobierno maniobraban los conservadores; y en su fracaso atacaron furiosos al Presidente, que no estaba acalorado por pasiones personales.

Si el señor General Soublette hubiera sido más atento al curso de la política y si no hubiera tenido el justo temor de que se le tachase de parcial, habría interpuesto su palabra persuasiva y su valiosa influencia para que no se hubiese dictado la inconclusa declaratoria del 25 de Enero; pero una vez colocados los sucesos en la pendiente de los errores, habían de llegar al fondo del abismo, porque el Presidente no tenía fuerza material, grande ni pequeña, que oponer á una masa de tres mil ciudadanos acalorados por pasiones tumultuarias.

Entre los liberales el hecho fué tomado como una victoria ruidosa, que trajo al partido grandes incorporaciones en toda la República. Para la fecha era ya una agrupación robusta, como que contaba en su seno

á plumas como las de Guzmán, Lander, Larrazábal, Sanabria, Alfonso, Rivas, Echeandía, Bruzual, Andueza, Arteaga, Urrutia etc., etc.: á notables próceres de la Independencia, á distinguidos oradores, literatos, hombres de ciencia y á infinidad de ciudadanos. Creció, pues, más aún el partido con el suceso del 9 de Febrero, y ya se sentía con fuerzas suficientes para acudir en ese mismo año al campo de los comicios electorales, su perenne preocupación.

Pero la República tenía que lamentar que los dos grandes partidos no estuvieran únicamente separados por disparidad de ideas políticas, sino que esa separación la hiciese aún más absoluta una línea de odio, negra como todo lo siniestro. Se odiaban los hombres de una manera implacable, y éste era el amargo fruto del personalismo. ¿Era este defecto etnológico? Nos inclinamos á creerlo así, porque la raza latina, y particularmente esta híbrida su descendencia de la América española, carece de la calma necesaria para ver las cuestiones públicas al través del prisma de los intereses de la comunidad, y tiende siempre á individualizarlo todo, el bien como el mal, como si el principio vital estuviese vinculado en el hombre y no en la maravillosa mecánica del universo, como si valiese más para los nobles fines de la sociedad el pasajero y fugaz individuo, que los eternos principios que tienen por bases la razón y la moral.

Tratándose de esta enfermedad del personalismo que corroe las entrañas de la América hispana, todos hemos pecado, los conservadores como los liberales, los partidos como los individuos; porque hemos vivido ocupados tristemente en la afanosa labor de alzar ó de abatir hombres, cuando con la tenacidad que nos es innata y con la nobleza que imponen sacratísimos deberes hemos debido emplear todas nuestras fuerzas físicas y nuestras condiciones morales en levantar altares á las ideas, y en ellos oficiar diariamente por el bien de la patria, generador pródigo de la felicidad individual. Tiempo es ya de detenernos en la angustiosa pendiente y de llevar por otros rumbos nuestros esfuerzos, si es que anhelamos conservar y engrandecer nuestra nacionalidad y evitar que otra raza nos domine y nos extinga.

F. GONZALEZ GUINAN.

AL ORINOCO

Al dignísimo
Representante de Venezuela en Cuba

Cuando Colón, del mundo americano exploraba los mares escondidos, su sér estremecieron tus rugidos, de las aguas altivo soberano.

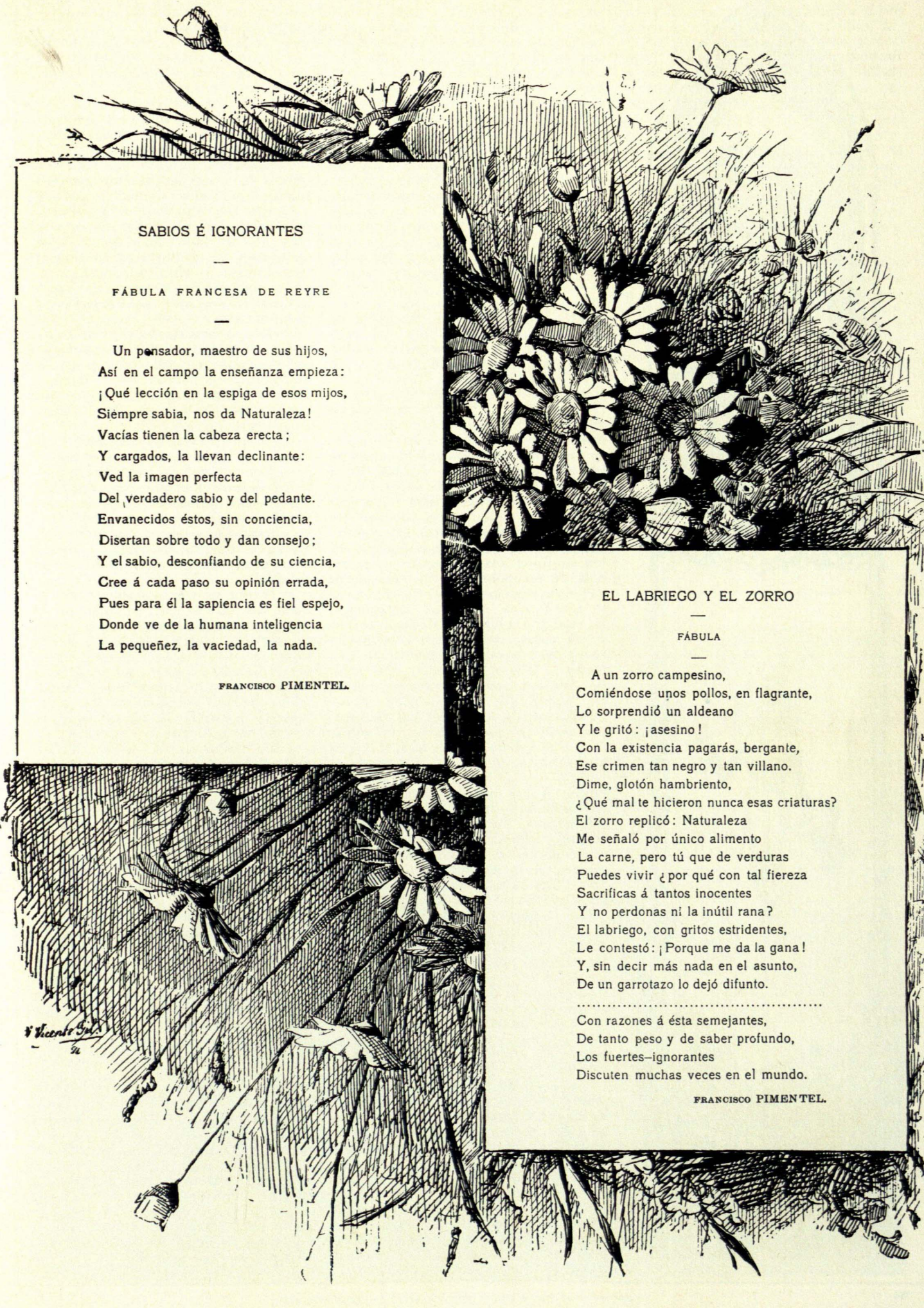
Al cruzar tumultuosa por el llano, trae, de los montes al azul erguidos, tu convulsa corriente, los latidos del hondo corazón venezolano.

El poder que en tus aguas atesoras compararse tal vez sólo podría con aquellas columnas triunfadoras

que arrollando la hispana tiranía, en alto las espadas vengadoras, á la gloria Bolívar conducía!.....

OSCAR UGARTE.

Habana: junio 23 de 1904.



SABIOS É IGNORANTES

FÁBULA FRANCESA DE REYRE

Un pensador, maestro de sus hijos,
Así en el campo la enseñanza empieza:
¡Qué lección en la espiga de esos mijos,
Siempre sabia, nos da Naturaleza!
Vacías tienen la cabeza erecta;
Y cargados, la llevan declinante:
Ved la imagen perfecta
Del verdadero sabio y del pedante.
Envanecidos éstos, sin conciencia,
Disertan sobre todo y dan consejo;
Y el sabio, desconfiando de su ciencia,
Cree á cada paso su opinión errada,
Pues para él la sapiencia es fiel espejo,
Donde ve de la humana inteligencia
La pequeñez, la vaciedad, la nada.

FRANCISCO PIMENTEL.

EL LABRIEGO Y EL ZORRO

FÁBULA

A un zorro campesino,
Comiéndose unos pollos, en flagrante,
Lo sorprendió un aldeano
Y le gritó: ¡asesino!
Con la existencia pagarás, bergante,
Ese crimen tan negro y tan villano.
Dime, glotón hambriento,
¿Qué mal te hicieron nunca esas criaturas?
El zorro replicó: Naturaleza
Me señaló por único alimento
La carne, pero tú que de verduras
Puedes vivir ¿por qué con tal fiereza
Sacrificas á tantos inocentes
Y no perdonas ni la inútil rana?
El labriego, con gritos estridentes,
Le contestó: ¡Porque me da la gana!
Y, sin decir más nada en el asunto,
De un garrotazo lo dejó difunto.

.....
Con razones á ésta semejantes,
De tanto peso y de saber profundo,
Los fuertes-ignorantes
Discuten muchas veces en el mundo.

FRANCISCO PIMENTEL.

LA CAMPANA



Un soldado con pierna de palo, rudamente tallada, marchando á la coxojita, un aprendiz de talabartero y un colegial, en una mañanita de diciembre, atravesaban los valles de Aragón; caminaban y departían amistosamente.

Los mozueros eran de un mismo barrio en la ciudad: el uno, de padres artesanos; el otro, de gentes de pro. Mangoneando por plazas y calles se habían hecho inseparables amigos; al uno no le gustaba el oficio, y el otro era rebelde á la disciplina escolar. Con frecuencia escapaban de sus casas y movidos por un vago deseo, por algo que ellos no sabían explicarse, de buenas á primeras, sin ton ni son, el uno decía al otro:

—¿Vamos á ver el mar ó las llanuras sin fin?... Y sin un céntimo en el bolsillo, impulsados por aquella extraña fuerza, marchaban días y noches á través de montañas, á lo largo de las carreteras abiertas á pico en el corazón granítico de la sierra. Marchaban los andarines hasta que sus piernas se rendían y el hambre los volvía como locos, pues, en aquellas travesías apenas si mendigaban en los caminos casi desiertos. En sus días de escapatorias eran verdaderos galloferos, acosados por la vehemente gazuza que roía sus estómagos, la cual los obligaba al fin á tornar á sus casas, donde tras una buena zorra los esperaba un plato bien colmado. Pero ni las zurras, ni el hambre, ni los padecimientos les metían en razón, que era en ellos mayor el aliciente de vagar por los caminos, pernoctar á campo libre, ó entrar por una calleja y dejar tras sí el poblado harto de sol en una cuesta, ó bien, blanco de polvo á la vera del camino. Y era que, descendientes de los buscadores de «El Dorado», como sus padres, arrostraban peligros y fatigas en busca de sensaciones bruscas y violentas de las que andaban escasos en la ciudad. Era, pues, la vieja alma castellana la que arrastraba aquellos resalvos á la vida vagabunda.

Con la ligereza propia de la juventud, se habían hecho amigos del soldado. Apenas hacía dos días que marchaban juntos y ya, fraternalmente, á la vera del camino, se sentaban á comer el pan que la buena suerte de cualquiera de ellos les hubiese proporcionado.

El soldado caminaba á saltitos, cogeteando, y los mozueros seguíanle echando miradas escudriñadoras á ambos lados de la vía. El camino era penoso; á una cuesta sucedíase otra; ni un rancho, ni un palmo de tierra labrada; nada que anunciara la presencia del hombre; sólo en el fondo de alguna quebrada ó en alguna loma distante, uno que otro conuco, con su verdor tierno y lozano, rompía el monótono verde intenso de aquel paisaje desolado. El sol comenzaba á calentar y la sed á espesar la saliva; pero los andarines trepaban con brío

los repechos; cuando más, arrancaban algún tallo verde, que mascaban, para refrescar la boca.

El soldado, hombre de buen humor, á lo largo del camino iba sembrando sus chistes: silbaba y cantaba y, hasta sus improperios, resultaban graciosos. Parecía haber tomado la vida por el lado de la guasa. Sus acompañantes le buscaban la lengua, y entre risas y charlas iban engañando el cansancio y el hambre, pues, á aquellas horas, aún no habían engullido bocado.

—«Buena jornada hemos hecho»—decía el soldado.—«En la madrugada pasamos por «Maracay», que ni el ferro, y ya hemos dejado atrás á «La Victoria»; lo que es esta noche, comeremos las hallacas en Caracas, Dios mediante.»

—¿Y que día es hoy, cámara?, inquirió el talabartero.

—No venga! conqué á usted no le güelen las hallacas y el marrano horneado?

—Buenas hallacas vamos á tener nosotros,—soltó trisño el colegial.

—Pues yo,—dijo el soldado,—me ajumo y duermo bajo techo; conqué palante, muchachos! que el día se nos entolda!....

Y el día se fué entoldando, y á poco las nubes con anticipación le dieron su aguinaldo á la tierra. Buen remojó le dieron; de todas partes saltaban torrentes; el camino se hacía resbaladizo; pero los andarines empapados marchaban tan frescos como que si el sol naciente los envolviese en la caricia de sus rayos tibios.

—Miren que güeno es Dios; ha querido quitarnos el polvo del camino,—dijo el soldado.

—Y después nos secará,—observó el colegial.

—¡Qué buena es la vida errante,—exclamó el talabartero.

—En todo hay goce: (añadió el soldado) los mejores ratos los he pasado desde que soy mocho. ¿Dónde duermo no amanezco; de aquí para allá, con mi mochila al hombro, he rodado más que un guaratario cerro abajo.

—Y nosotros también hemos gozado mucho en nuestras excursiones, (observó el colegial). Lo que es á mí, cuando voy por los caminos, me parece como que me van dando música. Los ojos, los oídos, las piernas, como que están de fiesta. No me canso jamás; y si á ratos me da tristeza, es porque pienso que pronto estaremos en la ciudad.

—Cuando camino, (dijo el talabartero) piso suave, porque amo tanto á la tierra, que no quiero hacerla daño. ¿Habrá algo más bello que la tierra? Yo la miro con unos ojosconque no miro no más que á ella. ¡Habráse visto cosa más hermosa! A cada instante tiene una nueva hermosura!

—Ir noche y día por los caminos es lo más placentero (manifestó el soldado). Siempre se está llegando; siempre se está saliendo....

Alababan la vida de mangoneros é iban por el camino fangoso, penosamente, casi arrastrándose, rotos y molidos, en tanto que el Sol, el pálido sol de la tarde, tras aquel chaparrón invernal, oreaba sus ropas, acariciaba la tierra fresca y oliente.

La noche extendió sobre los cielos su estrellada enagua, y bajo el oro de las estrellas, en medio de los fañales de los cocuyos, hambrientos y descosidos, emparamados, aún se les veía en el fragoso dorso de la Sierra. El cansancio y el roer del estómago los traía enmudecidos; la fiebre del hambre, del hambre vehemente y molesta, y la fiebre de la fatiga los hacía tambalear, mas, ninguno de los tres quería darse por vencido; sus pierdas se doblaban, sus piés no encontraban la tierra, pero sus ánimos tenaces y rebeldes, como si estuviesen empeñados en una empresa de aliento, en que la honra peligrara, obligaban á los músculos á estar en movimiento y al estómago á esperar. Por último, dijo el soldado:—«Hermanos, no puedo, no puedo más; el muñón de la piernase me abrasa; lo tengo desollado; me duele tanto que la vista se me oscurece.

—Bueno, contestaron los otros,—más vale quedarnos aquí, que caer más adelante.

Sí,—observó el soldado,—para ir al pueblo todavía nos faltan cuatro leguas. Descansemos.

Y los tres, casi agotados, ganaron el herbasal de la ladera. Allí, de espaldas sobre la tierra, en un manchón de espadilla, estrechamente unidos, prestándose mutuamente el calor de sus cuerpos, sintiendo el diente agudo de la gazuza clavarse en sus estómagos, en espera del sueño, cerraron los ojos.

A poco exclamó el soldado, abriendo desmesuradamente los ojos:

—¡Qué hambre, Dios mío!

Y el talabartero, con voz que era un lamento:

—¡Qué sed! qué sed! Siento como una llama!...

Y el colegial revolviéndose, tiritando:

—¡El frío, el frío me agarrota!; y volvió á reinar el silencio.

Luego, repentinamente, el soldado comenzó á llamar á los otros:

—Hermanos! hermanos! No estamos tan lejos del poblado, ¡oid! ¡oid la campana! Está naciendo el Señor! Y los tres, rápidamente, se sentaron sobre la tierra, y miraron hacia el cielo en el sagrado silencio de la noche.

—Es verdad;—dijo el talabartero, —ahora estarán cenando en casa.—Y el colegial agregó:—Y nosotros muriéndonos de hambre y de frío, por vagar por estos caminos....

—Está naciendo Jesús,—murmuraba el soldado, y rezaba. Los mozos pensaban en sus casas y en las dulces fiestas del hogar.

—Los tres, otra vez apiñados sobre la tierra, echados en el espadillal, hicieron pordormir; pero, á ratos, el uno decía al otro: No oyes? La campana! la campana!—Está naciendo el Señor!—contestaba el otro en voz baja....

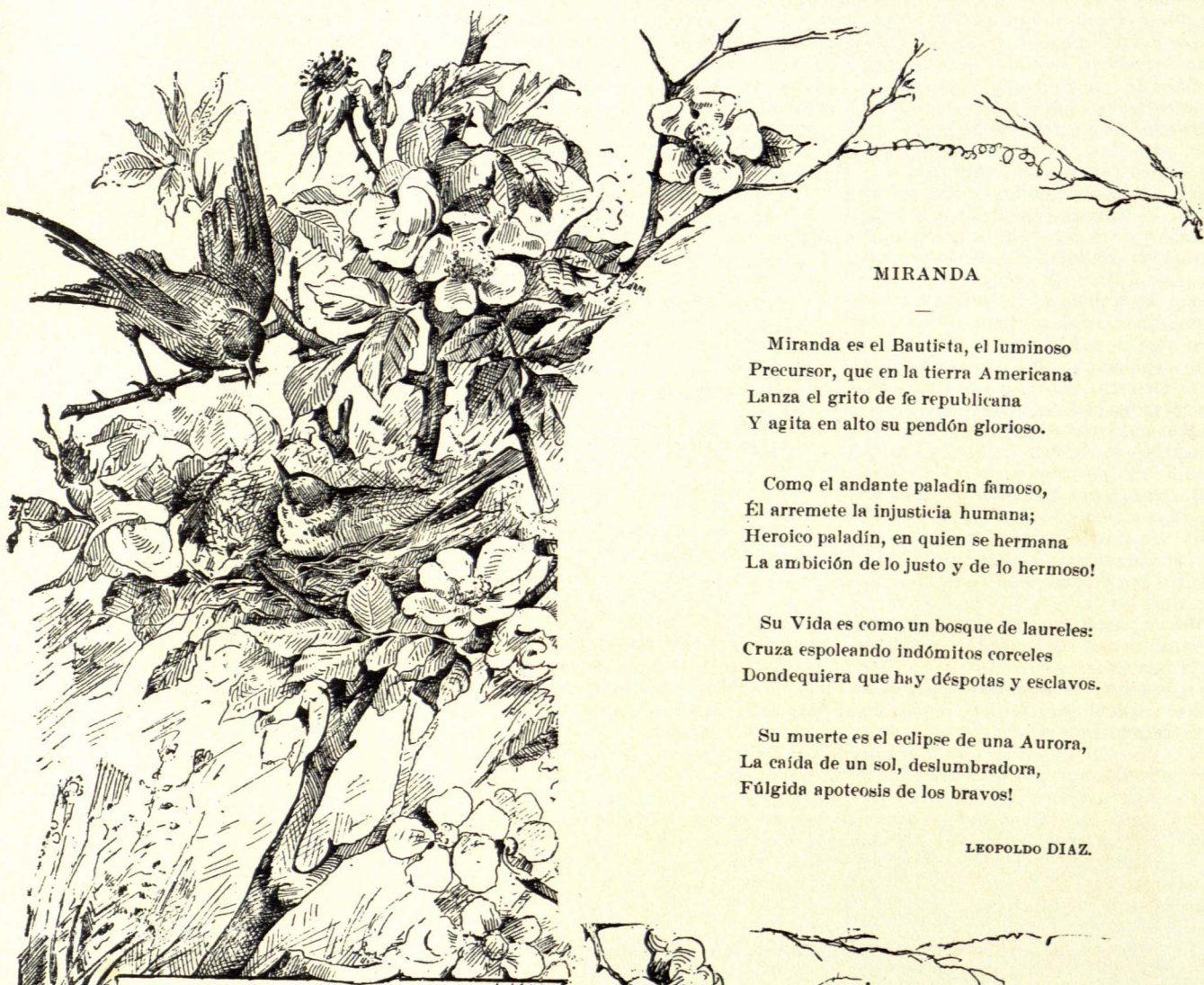
Al cristalino són de la campana, se fué aplacando el hambre del soldado, se apagó la sed del talabartero, y el colegial entró en calor. Al cristalino són de la campana, el sueño les prestó su almohada de plumas. Y los tres terminaron por respirar acompasadamente, estrechamente unidos en aquella noche blanca y serena de Navidad.

Cuando surgió el día, al candente beso del Sol en la bruna entraña de la noche, los tres mangoneros se pusieron en pié, y vieron atada á un mógote, en el declive de la cuesta, en medio al espadillal, á una hermosa cabra, olvidada en el monte por su dueño en el alborozo de la Noche Buena. Y el soldado en su práctica de la vida, dijo:—«Ahí tenemos el desayuno»; y los tres hicieron por aquella vez de cándidos recentales. Luego, llenos de contento se marcharon hacia el pueblo, que suponían muy cercano, cuando, en verdad, lo dejaban atrás, pues no había por los contornos otra campana sino la esquila de la mansa cabra, al amor de la cual, había nacido para ellos el buen Jesús.

LUIS M. URBANEJA ACHELPOHL.



Federico el Grande en la batalla de Zorndorf al frente del regimiento "von Billow"



MIRANDA

Miranda es el Bautista, el luminoso
Precursor, que en la tierra Americana
Lanza el grito de fe republicana
Y agita en alto su pendón glorioso.

Como el andante paladín famoso,
El arremete la injusticia humana;
Heroico paladín, en quien se hermana
La ambición de lo justo y de lo hermoso!

Su Vida es como un bosque de laureles:
Cruza espoleando indómitos corceles
Dondequiera que hay déspotas y esclavos.

Su muerte es el eclipse de una Aurora,
La caída de un sol, deslumbradora,
Fúlgida apoteosis de los bravos!

LEOPOLDO DIAZ.

MIRANDA

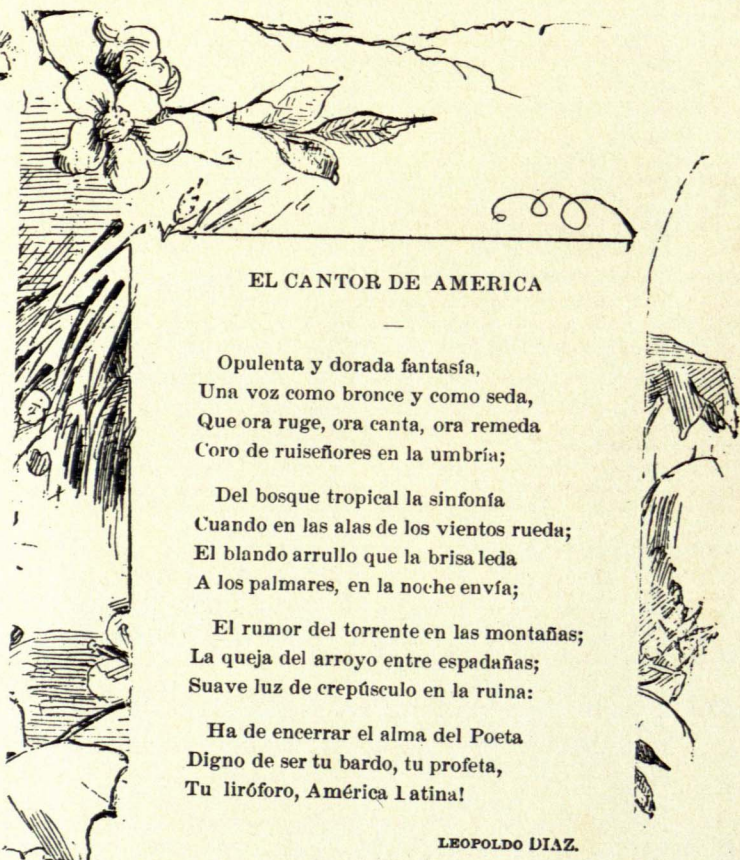
Miranda, más que un hombre, es una Idea;
La irresistible marcha vencedora
De la luz entre sombras; una aurora
Que sus rojos relámpagos clarea.

Es el peñón erguido en la marea
Desafiando la onda atronadora,
Y que asalta la espuma brilladora
Y en los abismos su mirar pasea.

Conduce de la Francia las legiones
Que en el Volga abrevaron sus bridones;
Y cargado de glorias y laureles

Torna á su dulce hogar americano,
Acuchilla los Tercios del hispano
Y hunde en el Orinoco sus corceles.

LEOPOLDO DIAZ.



EL CANTOR DE AMERICA

Opulenta y dorada fantasía,
Una voz como bronce y como seda,
Que ora ruge, ora canta, ora remeda
Coro de ruiseñores en la umbría;

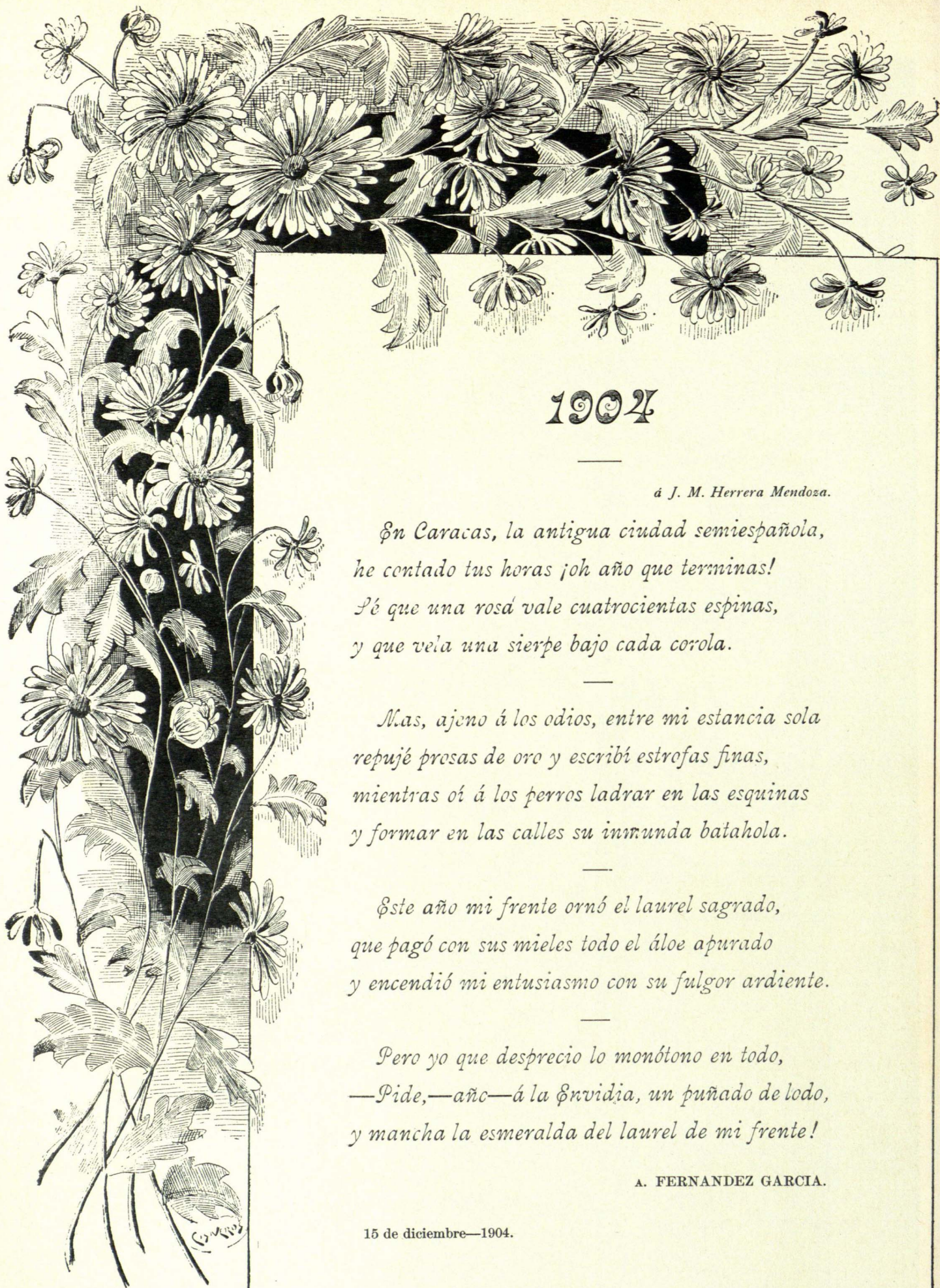
Del bosque tropical la sinfonía
Cuando en las alas de los vientos rueda;
El blando arrullo que la brisa leda
A los palmares, en la noche envía;

El rumor del torrente en las montañas;
La queja del arroyo entre espadañas;
Suave luz de crepúsculo en la ruina:

Ha de encerrar el alma del Poeta
Digno de ser tu bardo, tu profeta,
Tu liróforo, América Latina!

LEOPOLDO DIAZ.





1904

á J. M. Herrera Mendoza.

*En Caracas, la antigua ciudad semiespañola,
he contado tus horas ¡oh año que terminas!
Pé que una rosa vale cuatrocientas espinas,
y que vela una sierpe bajo cada corola.*

*Mas, ajeno á los odios, entre mi estancia sola
repujé prosas de oro y escribí estrofas finas,
mientras oí á los perros ladrar en las esquinas
y formar en las calles su inmundada batahola.*

*Este año mi frente ornó el laurel sagrado,
que pagó con sus mieles todo el áloe apurado
y encendió mi entusiasmo con su fulgor ardiente.*

*Pero yo que desprecio lo monótono en todo,
—Pide,—año—á la Envidia, un puñado de lodo,
y mancha la esmeralda del laurel de mi frente!*

A. FERNANDEZ GARCIA.

15 de diciembre—1904.



Flores Cubanas

Señorita Consuelo Conill (Habana)

HORA MISTICA



A fiesta había sido tumultuosa: una comida de poetas.... Sabéis que los manteles hacen una joyería cuando las flores vierten su pintura y los cristales centellean.... Vinos de roja sangre espesa como la miel, y ondulosa cual terciopelo de un manto; los de ámbar transparente, los de oro y carbunco, forman con los prismas de lámparas y vasos, una deslumbradora riqueza que fulgura en el ambiente dorado.... Y con el cerebro sonoro cual una campana que vibra en el viento, Leonardo salía.... Las ideas, las paradojas, las expansiones de los espíritus extraños y enfermos, almas llenas de misterio y egoísmo, de arte y dureza, no triunfaban rotundas en el verbo hablado, sino en el fulgor de los ojos que derrama sobre cosas y ánimas, junto con un chorro de luz, los magnéticos alegatos de la vida interior.... ¡Cuántas cosas no se dijeron!.... En el topacio de los vinos cayó la purpúrea carne de las rosas; cual quebrados estilos de oro,

zás a mi alma turbación tan profunda y decisiva como un perfume cuando me envuelve é invade. Ante una estatua de mujer, prodigio en mármol, que hace soñar y pone el sér en conmoción, no es la forma, línea mágica ni morbidez turgente, lo que nos subyuga; es que el pensamiento se rinde al despotismo de la plástica, atribuyendo a la piedra el olor de la carne, el misterioso hálito que envuelve el mundo y crea la vida. El perfume nos exalta y quisiéramos poseerlo en una sed ardorosa, en deleite fulminante....

Y Leonardo, como en un ensueño, pensaba....

Entonces se complicó su pensamiento con la idea turbadora de la mujer, que caía en él como un licor poderoso: incorporó una imagen en el espectáculo de la comida y siguió meditando.... Abarcó el bello panorama de la mesa, el alborozo estratégico de sus amigos; recordaba lo que decían los ojos en el ambiente luminoso y perfumado.... Aquellos ojos, negros, azules, grises, de cobre y esmeralda, expresaron una fuerza; toda palabra denunció

pétalos de una aspiración, toda actitud una guardia; pero en ninguna de esas revelaciones miró algo semejante a lo que él sentía: la banalidad del esfuerzo y aun del movimiento.... Amaban ellos el arte, pero quizás sobre todo, el brillo mundano, la política; y porque amaban, eran celosos, suspicaces y dispuestos a la lucha.... Y para él ¿qué era la lucha? Nada lo animó con persistencia nunca y sólo tenía agitaciones raudas que junto con el entusiasmo pasajero y la sugestión fugitiva como un sonido fugaz, huían dejándole el alma inmóvil y triste, pero cual un ábsida de maravillosa acústica... ¿Qué filtro es ese, venenoso, de rara influencia en la visión humana, que se entra en los corazones y los paraliza, a la vez que da a la inteligencia una sorprendente intensidad perceptiva y una amplitud milagrosa de comprensión? ¿Por qué esta mi alma—se decía Leonardo—al contemplar un asunto cualquiera no se detiene en lo somero y halagador, como las demás, a quienes la sola apariencia mueve, anima, enardece, sino que cual un sutil estoque penetra su mirada en lo hondo y lo lejano? Ahí encuentra el enigma, la nulidad de las bellas idealidades y sólo ve la ley de la naturaleza y de la vida, que corre profunda y silenciosa como el magno Orinoco.... Y ese raudal imperioso no se cuida de las cosas menores, de las bellezas que lucen sus ribas, de la melancólica luz de luna que platea sus ondas ni del oro que el sol ríela sobre sus rizos.... La grande masa corre ciega hacia el abismo del océano, tal como la vida hacia el abismo del infinito: inexorable, incontenible, matando y tragándose las vidas parciales que caen en su seno para elaborar la vida que no muere, derramando la sangre para crear los seres, produciendo el dolor porque no lo siente ó porque es quizás el fondo mismo de la ley.... Esta, ¿qué inteligencia es, pequeña,* reducida, individual, colocada en teórica



Señora María Julia Faes de Plá (Habana)



Flores Cubanas

Señorita Margarita Romero (Habana)

rebeldía contra su propia madre, aspirando a un ideal de rectificación para lo eterno en beneficio de los débiles humanos que no tienen voluntad ni amor para la lucha?

Y caminando, el joven pensaba dolorosamente....

De improviso, el grave murmullo de un órgano llegó a su oído.... Estaba frente a un templo. Y la transición de su pensamiento fué como un relámpago que ilumina decoración nueva. Entró.... La música era pobre y solemne.... El órgano exhalaba su resonante rumor que enchía el espacio, como si pudiera palpase. Las mujeres ocupaban sillas, dejando en los reclinatorios pañuelos, abanicos, libros de oración.... Luego principió el homenaje:

*Dios te salve, María,
llena eres de gracia,
y bendita eres
entre las mujeres;
bendito es el fruto
de tu vientre, Jesús....*

Seco y sobrio cantaba el acento femenino, con una cadencia arbitraria,

la frase; y el coro de voces, cual una explosión, respondía. Algunas luces incandescentes dentro de sus corolas pintorescas alumbraban la nave y las aromas del incienso, de las flores, de la cera, de los perfumes, de la carne, colmaban como una bruma azul el seno de oro de la luz. El sagrario resplandecía entre cirios, bajo el majestuoso pabellón de púrpura, semejante a una tienda asiática, fulgurante y soberana.... El alma del joven sintió entonces de otro modo y otras cosas. Cual si hubiera caído un óleo de mirra sobre sus sensaciones, todos sus nervios se aflojaron dulcemente y su espíritu se meció en aquel aire suave y sonoro, como elevándose hacia un paraíso en que moren dioses sensuales en residencia pomposa, tapizada de brocados gentiles, donde las almas, al recibir la hospitalidad, conservan sus sentidos corporales y gozan delicias bizantinas.... Después, sin saber como, sin deliberación ni conciencia, quiso creer en Dios.... Y pensaba en ser bueno, y en que lo era.... ¿No tuvo siempre su corazón amor para los seres y las co-

sas? Su inteligencia y su sentimiento no se orientaron sino hacia la ternura, misteriosa virtud que lo afligía constantemente ante la crueldad de la vida, ante el dolor que la naturaleza esparce sobre si propia, como un afeite de cortesana oriental.... Y en toda su vida sedentaria y mustia, fué un valiente protestante platónico para la déspota invicta.... ¡Cuántas extrañas interrogaciones se hizo en el pensamiento y cuántas palabras dolientes brotaron de su pecho, como flores de excepticismo! Encontrar dura la vida y pérfida la ley, es colocarse fuera de la normalidad. El sentía la muerte del hombre y deploraba la muerte del insecto.... Creía en el dolor de una planta y no tronchó jamás una flor, sin pensaren el sufrimiento del tallo.... En el fondo de su alma estaba trazado, cual en un muro sombrío, el fosforescente rasgo de pregunta.... Y pensando en eso se hacía inapto para la batalla; su espíritu se tornó contemplativo y no vió nunca en la vida sino la belleza y el dolor.... Minada así su alma, tuvo la derrota delante, pues le faltó la fuerza que neutraliza la sensibilidad: sintió lástima de todo y de si mismo.... Bien conocía que esa blandura de corazón está clasificada patológicamente: comprendió que estaba enfermo de flaqueza de voluntad.... Pero al mismo tiempo, considerando la relajación de ese motor, no pudo menos que admirarse de la prodigiosa lucidez intelectual que lo suplía.... Su mirada, como un rayo, penetraba las cosas, hasta tropezar con la pristina armazón de la existencia, con el férreo tejido de las leyes implacables.... Y su mirada tornaba a la sibilina interrogación que fosforecía en el fondo de su yo.... Entonces creía en el alma de las cosas, alma que vive en la escala infinita de las formas.... Si el hombre, ser superior, tiene alma sujeta al alma universal, al eterno movimiento que surge en las entrañas profundas é ignotas de la creación, ¿por qué no ha de tenerla todo lo demás en el grado relativo de la fuerza que desarrolla en el universo? Y no se sometía a la ley de la crueldad: la silenciosa rebelión de su espíritu se traducía en tristeza y languidez para sus ambiciones....

Mientras pensó todo esto su vista vagaba sobre la ideal tersura de las cosas y su cuerpo apoyado en una columna, se rendía también en una fruición de tibieza y voluptuosidad.... A veces, el estrépito del órgano llenaba el aire, fundiéndose en el oro de la luz y haciendo temblar el ópalo del incienso.... Y las mujeres declamaban con ritmo caprichoso de verso:

Dios te salve, María....

De pronto, en la placidez de aquel momento, en la vaguedad que le invadía el ser, en el sopor de sus fibras enervadas sintió como un alerta vibrante: tuvo la sensación de un despertar en la conciencia y sintió que no había sido bueno siempre.... Vió un bello perfil inclinado sobre el breviario y después dos grandes ojos luminosos, que conocía.... Aquel rayo de luz, mirada llena de color, de brillo,

de sabor, suave y al parecer perfumada con un misterioso aroma de alma enferma, exaltó a mayor grado su sensualidad.... Algo como un dulce calor circulaba por sus venas; y su memoria volvía a los amores rotos, a la pasión por aquella mujer sentida y nunca muerta, como no mueren los recuerdos arraigados en las impresiones de la carne.... Y los ojos volvían a penetrarse mutuamente en una larga fulguración silenciosa. ¿Qué se dijeron?... Aquella pasión pecadora había llenado sus almas largo tiempo de zozobra y deleite. En la cerviz de un hombre manso pusieron la corona de adormideras... Y renovaron muchas veces las flores de las ofrendas en un ardor inextinguible, hasta que las últimas se marchitaron, cuando iban palideciendo en su sangre las rosas del placer....

Y Leonardo entró violentamente en el ensueño voluptuoso.... La mirada fué un mensaje mudo y elocuente. ¿Qué poema decía? Interrogación y afirmación inarticuladas, pero tan claras como toda las cosas naturales é inevitables.... Leonardo permaneció inmóvil hasta que la ceremonia terminó. El órgano había callado, el incienso se desvanecía, los fieles se levantaban con estrépito de sillas en el mosaico del pavimento, con toses y murmullos sonoros de conversaciones y despedidas.... A su vez, ella se puso en pie y salió con la amiga que la acompañaba.... Leonardo no se movió ni pensaba.... Cuando ya la nave estaba casi vacía la abandonó y calle abajo anduvo distraído, sin plan ni propósito deliberado.... Hizole el viento cruzar los brazos en una apelación contra el frío.... Llegaba al paradero de tranvías cuando vió un carro salir: iban en él las dos mujeres.... La antigua amante miró en torno y sus ojos se fijaron de nuevo en Leonardo.... Este meditó, en pie sobre la acera.... Luego se puso en marcha lentamente: iba en pos de la roja luz que se alejaba.... La calle descendía como una zanja oscura. En el fondo los faroles del gas parecían grandes luciérnagas amarillas que temblaban prisioneras en matorrales de sombra, movidos por el viento. En lo alto del talud los globos eléctricos alternaban sus matices azulados y color de lila en una elevación de luz aristocrática.... Y llegó al cabo de la calle. La circulación iba adelgazándose hasta ser una trenza que él solo tejía con sus pasos.... De repente, en el silencio, resonó la sonata del viento en los hilos del teléfono, como un nocturno elegíaco. ¿Qué dice la extraña elegía?...

Leonardo torció por un oscuro callejón lateral y se entró por la pradera.... Los luceros chispeaban en la sombra y eran una beneficencia de la altura. El rumor del campo llenaba el aire, acentuando la calma; hojas, brotes, insectos, hablan en la noche y la pueblan de lenguaje.... Leonardo avanzaba. Sentía palpar con fuerza su corazón y ese golpe que no deja de oírse mientras se vive, escandalizaba el silencio de su alma.... A los pocos pasos el recuerdo apagó la voz del corazón: volvía a vivir las horas ya lejanas, cuando en la vesania de la pa-

sión, transitaba aquel rodeo á cuyo término le esperaba la mujer enamorada y ardorosa.... Tiempos de locura aquellos.... Y la suerte cómplice tomó sus medidas para que el siniestro encanto no fuese interrumpido: largos amores fueron, gozados casi siempre bajo el gran árbol benévolo, silencioso é indiferente al delito y á la impunidad.... Y el joven en su manía de discurrir sobre el alma de las cosas, se preguntaba lo que pensaría el viejo proxeneta de su falta, de la brusca solución de los amores que poblaron su follaje de suspiros y de besos.... Y volvía á verlo ahora: llegaba inesperadamente, sin saber él mismo por qué venía.... En efecto, ¿por qué venía? Una fuerza que él no discutió llevóle allí: la mujer, que sin decir palabra, le atrajo como un imán, tan poderosamente como un vértigo.... Llegaba sin esperar nada, quizás pensando con cierto gusto que iría á ver la soledad y el viejo árbol cabizbajo, entre cuyas hojas cantaban su monótona salmodia los ruidos de la noche.... Pero, de súbito, el frío corrió por su columna vertebral y por sus venas pasó la destemplada emoción. Allí, confundida en la sombra, con un abrigo obscuro, estaba la dominadora triunfante. Esperábale....

¿Qué deciros de aquel deliquio?

Y en ese deslumbramiento que nos llena de turbación los ojos y arroja de negro el mundo, sintieron la cercanía de una amenaza y después una voz grave que llamó: Isabel!....

Leonardo veía sobre el lívido blanco de la tapia la silueta del hombre ofendido.... Y con una espantosa claridad de propósito, buscóse un arma. No la llevaba.... Entonces huyó: primero á grandes pasos, luego casi corriendo.... En torno suyo la tiniebla vociferó.... Resonaban alaridos que se retorcian como reptiles anguiliformes, corriendo por la fronda, enroscándose en las ramas, deslizándose ondulantes cual enormes lombrices negras.... Y entró de nuevo en la calle, donde los faroles agitaban sus lenguas de llama.... Apagábase un foco eléctrico: la luz moría entre los carbones encendidos con un estertor que golpeaba sacudiendo la redoma y que le hizo detenerse con un escalofrío. En el óvalo interno del foco se marcaba un anillo luciente como los de Saturno.... Leonardo, estremeado en la sombra, vió agonizar la luz. Sus nervios parecían hebras de hielo y su piel se erizó con el viento frío que se arrastraba por la calle, mientras que en los alambres de arriba, resonaba la pavorosa obertura.... En su corazón se movía para colocarse cómodamente, como huésped que se instala por largo tiempo, la espina de una nueva pena: fué la amargura del malcausado, el desesperante descontento de sí mismo.... Y poco á poco remontó la avenida, preguntándose: ¿qué habrá pasado?...

El viento dejaba su impetu. En el cielo, la orla de Levante, limpia de nubes, se aclaraba suavemente. La luna venía.... Sobre las miserias y el dolor del hombre, ella transita como la verde luz del alcohol que preside los funerales desolados....

JOSÉ AUSTRIA.

AMET Y RASCHID



Dos pastores, Hamet y Raschid, se encontraron en el límite de sus respectivos campos, cuando el territorio de la India era presa de la más espantosa sequía. Ellos morían de sed y sus rebaños, y levantaban sus tristes ojos al cielo como pidiendo socorro.

De repente un profundo reposo reinó en los aires: los pájaros cesaron de cantar, las ovejas de balar, y los ganados de mugir. Los pastores asombrados vieron destacarse del fondo del valle un personaje de tamaño sobrenatural y endilgarse hacia ellos. Era el Genio de la Tierra. En una mano llevaba la gabilla de la abundancia y en la otra el dale de la destrucción.

Espantados y temblorosos, trataron de esconderse, pero el Genio les llamó con una voz tan dulce como el murmullo del ciprés que al caer la tarde columbia los zarzales olorosos de la Arabia.

—Aproximaos, les dijo, hijos del polvo, no huáis de vuestro bienhechor. He venido para ofreceros un presente que sólo vuestra torpeza puede cambiar en veneno. Acogeré vuestra súplica si me decís qué cantidad de agua necesitáis para satisfaceros.... pero no os apresuréis demasiado en responderme. Pensad que, en relación á las necesidades del hombre, tan perjudicial es el exceso como el defecto. Explicaos y habla tú el primero, Hamet.

—Oh, bondadoso Genio, respondió éste, si tú quieres perdonar mi atrevimiento, yo te pediría un riachuelo que ni se seque en verano ni se desborde en invierno.

—Lo tendrás, contestó el Genio.

Y con su guadaña convertida en instrumento útil hirió la tierra.

Vieron entonces los pastores brotar una cristalina fuente á sus pies y correr á través de los campos de Hamet.

Las flores irguieron sus tallos, abrieron sus corolas y esparcieron sus perfumes: los árboles se cubrieron de verdes y brillantes hojas y los animales apagaron su sed en la onda pura del riachuelo.

Volvióse el Genio hacia Raschid y le ordenó que hablara. Dudoso éste del poder del Genio le dijo orgulloso.

—Yo te conjuro para que viertas sobre mis tierras el Ganges con todo el caudal de sus aguas y todos sus peces.

El buen Hamet admiró la intrépida seguridad de Raschid, sintiendo interiormente no haber tenido él semejante idea para exponerla, mientras su amigo se holgaba ya secretamente de la importancia y ventajas que gozaría siendo propietario del gran río.

El Genio les miró tomando un aire terrible y se encaminó hacia el río.

Los pastores esperaban con impaciencia lo que sucedería, cuando se percibió á lo lejos un ruido sordo, que aumentaba por momentos haciéndose terrible.

Era el Ganges, que habiendo roto sus diques, se lanzaba impetuoso invadiendo vertiginosamente los dominios de Raschid, devastándolos en un momento. Las aguas arrasaron de cuajo las grandes arboledas, ahogaron los ganados y un pantano quedó en vez de los campos de labor.

El soberbio Raschid fué presa de un codrilo, mientras el modesto Hamet vivió mucho tiempo á la orilla de su riachuelo.

HERDER.

«La generación espontánea es una quimera.»
Pasteur.

El misterioso origen de la vida en el planeta que habitamos, ha sido atribuido desde remotas edades, por filósofos materialistas, á un factor de tan caprichosa invención cual es, sin duda, la «generación espontánea».

Con efecto, la primera voz, *generación*, significa: *acción y efecto de engendrar*; y el adjetivo *espontánea* que la califica, vale tanto como: *voluntario, de propio movimiento*. Así, pues, *generación espontánea*, es, ni más ni menos, que: *acción y efecto de engendrar voluntariamente ó de propio movimiento*.

Ahora bien: si hay una acción que engendra, y esta acción es voluntaria, ó sea de propio movimiento, por fuerza debe existir alguien que ejecute dicha acción; y como, además, esta es voluntaria, resulta que dicho *alguien* ha de ser un ente ó una fuerza inteligente y libre: porque, sin inteligencia, no podría tener voluntad; y, sin libertad, no podría obrar de propio movimiento.

Luego la *generación espontánea* á que atribuyen la creación de la vida los materialistas, no es en su lógico significado, sino aquel Prin-

cipio Inteligente y Soberano que todos los pueblos han reconocido y reconocen como la causa de la creación, vale decir: Dios.

Mas si por *generación espontánea* se quiere dar á entender: la aparición de la vida en el planeta por obra de una *causa* á la cual por *incógnita* no es dable apropiarle nombre alguno, hay desde luego que resolver el siguiente dilema: esa *causa incógnita* será creada ó increada. Si lo primero, detrás de ella, ó mejor, antes de ella tendríamos que reconocer la existencia del Creador; si lo segundo, es decir, si dicha *causa incógnita* es increada, habrá necesariamente que admitir en su esencia las condiciones de lo fundamental, intelectual y eterno, atributos que son únicamente peculiares de la Divinidad.

De manera, pues, que así como por todos los caminos se va á Roma; por todos los rumbos de la filosofía, aun por los mismos de los materialistas, se llega siempre á Dios.

Caracas: 1º de enero de 1905.

FELIPE TEJERA.

BALADA DE LOS CIPRESES

Era en la gran avenida solitaria—en la gran avenida bordada de cipreses lúgubres—cuyas cabelleras funerarias peinaba una brisa de recuerdos.—La noche inundaba la gran avenida solitaria—y un pálido desencanto estaba presente bajo las frondas fúnebres. Y la arena de la avenida silenciosa blanqueaba tristemente—como una larga lápida—como una losa en espera del epitafio—ante el fúnebre desencanto de las frondas.

La soledad pesarosa del paraje—la soledad, poblada únicamente de sordas quejumbres—me hablaba del dolor de los días pasados—pasados irremediabilmente—y del tedio uniforme de los días futuros,—(oh! pálido desencanto bajo las gemebundas cabelleras de los cipreses!)

Las aromas del jardín difunto—las aromas del jardín ahora marchito—en que los rosales un día tuvieron sonrisas de bocas innumerables—las aromas del jardín difunto—se difundían por el paisaje lleno de fatiga.—Y era triste y torturante la caricia de las aromas pretéritas—bajo las frondas fúnebres—en el pálido desencanto invasor.

¡Qué largo sueño dormiría mi quimera—mi pobre quimera sin esperanza—qué largo sueño dormiría—en las consolaciones de una noche tibia y eterna!—Oh! no ver la parva simétrica de los días que vienen—vestidos de ropas oscuras—como un tropel sollozante de plañideras—como un tropel de plañideras—que llorasen crepuscularmente—(oh! visión crepuscular de sus ojos mustios!)—que llorasen en los funerales de un príncipe incógnito—muerto de amor en una noche de luna—melancólica y larga como un suspiro....

Y suenan las músicas gemidoras.—Vienen las músicas á lamentar los sueños de antaño, á desatar sus desconsuelos—como largos velos de viudas—

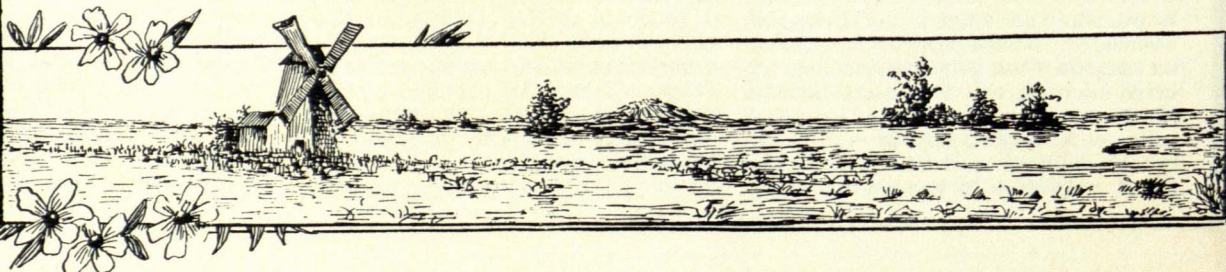
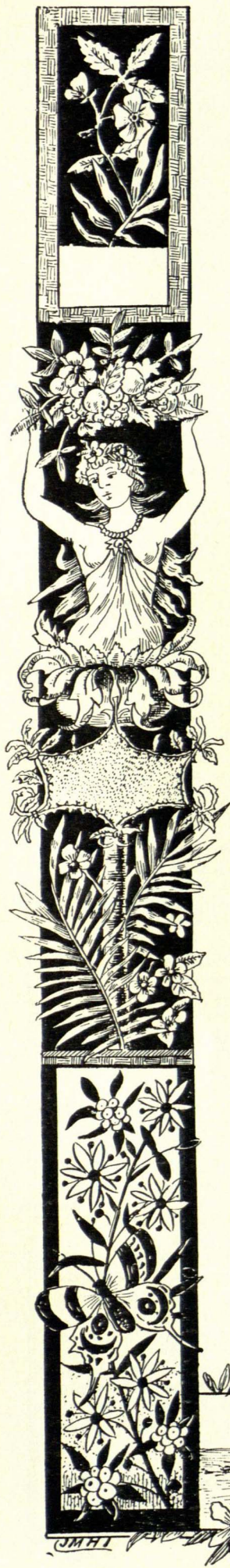
sobre el ánima inconsolable.—Y cuentan el lloro de los jazmines blancos—el lloro de los jazmines blancos sobre los claveles árdulos de las heridas sangrientas,—y cuentan la tristeza del nenúfar que sobrevivió en los légamos del estanque vacío—tres días consecutivos bajo el sol—en el ambiente enemigo—agonizando....

La caída de las hojas muertas—la caída de las hojas de oro—como frutos ténues—bajo el triunfo de las escalatas de otoño en el cielo de las tardes—la caída de las hojas revela el ritmo recóndito y la pereza profunda de los días que transcurren bajo una blanca nevada sin término.—Y las risas de las jóvenes de grandes ojos—puros y buenos—cual los ojos de las bestias—no repican cascabeles de oro—no repican cascabeles vivaces—para hacer el dúo á las fuentes cristalinas—á las fuentes que gimen presintiendo los fangos que enturbiarán sus linfas.

Y dice el pesar de las tardes—donde ruedan las hojarascas, sonoras—bajo el pié de los transeúntes pensativos—dice el pesar de las tardes—el fracaso de los deseos de triunfo—del triunfo soñado—en países remotos y felices—donde hay oro en medallas—y humanos rebaños reverentes—y besos de mujeres sumisas—que tienen una súplica humilde en sus pupilas húmedas.

Y en la gran avenida solitaria—en la gran avenida—bajo los cipreses mortuorios—se acentúa el desencanto invasor. Y la gran avenida, blanquea, bajo la noche, ya siniestra—como en una grave sonrisa de invitación á los reposos finales. Y mi alma, llena de angustias efímeras—formula el epitafio de resignación—ante el desencanto pálido—que es un presagio negro—bajo las fúnebres frondas.

JESÚS SEMPRUM.





Señora Adriana Choumont



Señora Herminia Temes



Señora María Choumont

SÍMBOLOS DE ENERGÍA

EL ISLOTE

¿Y qué pretende el mar? su ronco grito
no traspasa los velos de la bruma,
aunque parece un reto á lo infinito!
Sus olas, coronadas por la espuma,
en vano chocarán contra mis flancos,
porque, firme en mi base de granito,
en vez de avasallarme, cual pretenden,
me adornarán con sus encajes blancos.
Los alciones aligeros que hieden
la obscuridad del cielo tempestuoso
cuando vienen en busca de reposo,
hallan en mí providencial amparo;
y soy la protección para el marino,
pues le marco su rumbo y su destino
con el amable brillo de mi faro.

LOS ALCIONES

El huracán! Volemos, que ya viene
veloz á flagelar al oceano,
sin que nadie sus ímpetus refrene!
Negras sus nubes son, como el arcano
y medrosas también, como el abismo;
mas, á quien no acobarda el cataclismo,
el cataclismo le amenaza en vano.
De sus entrañas en radiosa hebra,
parte el rayo voraz, como una espada
brillante y puntiaguda, que se quiebra
al herir en los senos de la Nada.

A MI ESPOSA

Volemos hacia él! Como un azote
nuestras alas irán contra su ira!
De frente á él, saldremos del islote
como salen los versos de la lira.

EL FARO

No me amedrenta el mar con sus furores,
ni el cielo con sus recias tempestades
apaga mis piadosos resplandores!
En estas espantosas soledades,
mientras las olas mueren en la playa
y el trueno se consume en el vacío,
yo cumplo mi consigna de atalaya,
al huracán soberbio desafío
y fulguro á pesar de su inclemencia,
como brilla en la merte del impio
la luz inmaterial de la conciencia.

EL POETA

Siempre seré como el peñón salvaje,
contra el que nada pueden los ciclones
ni el eterno batir del oleaje!
Aunque pese á los ruines y felones,
siempre seré como el islote raro!
Tengo mis pensamientos por alciones,
y mi honradez por luminoso faro.

F. BETANCOURT FIGUERO. D.

Valencia: 1904.



Señora Herminia Barcena de Sainz





PARA ELLA

I

Una desolación mi vida era
y al toque de tu mano milagrosa
brotó, como el perfume de la rosa,
de mi esterilidad la primavera.

Por tí sé de la dicha verdadera,
por tí de amor mi juventud rebosa,
y por tí voy, en ascensión gloriosa,
hacia el bello país de la Quimera.

Eres luz en las noches de mi invierno,
pueblas de castos goces mis sentidos,
y mi único placer haces eterno.

Por inmortales vínculos unidos,
como Pablo y Francisca en el Infierno,
están nuestros dos seres confundidos.

II

Porque pusiste en mi aridez verdores,
y eres el alba de mi noche oscura,
y la gota de miel en mi amargura,
y la consolación de mis dolores.

Porque cultivas para mí las flores
del mágico jardín de tu ternura,
y has calmado mi sed con la más pura
agua del manantial de los amores;

tu esclavo soy... tras de tu imagen yerro,
y en mi fidelidad imito al perro,
siempre junto de tí, siempre contigo:

si te acercas, mi bien, me echo á tus plantas,
busco el hadago de tus manos santas,
beso tus pies... te alejas, y te sigo!

III

Ya es tiempo!... Regocíjate!... La hora
negra pasó; cesaron los pesares
y ya navega por tranquilos mares
la barca de la dicha portadora.

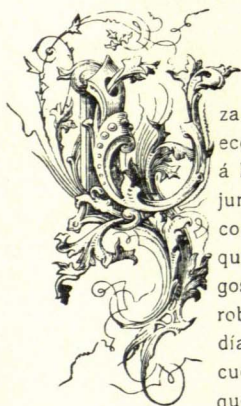
Ya la felicidad para tí enflora
el dulce hogar, los místicos altares,
y ya brillan los blancos azahares
que han de adornar tu frente soñadora...

Yo alfonibraré de júbilos tu vía
y encenderé en tu cielo, estrella mía,
la tenue luz del ideal reinado.

Y en pago de tu amor fiel y constante
te llevaré, como Beatriz al Dante,
en mis brazos, en triunfo, al Paraíso.

VÍCTOR RACAMONDE.

LAS TRES GRULLAS



N soldado había reunido un poco de dinero á fuerza de trabajo y de economía; nunca iba á la taberna, pero se juntaba con malas compañías, hombres que se fingían amigos suyos á fin de robarle el dinero. Un día le dijeron:—Es cucha, amigo. ¿Por qué estar siempre aquí encerrados como prisioneros en este pueblo? Si probásemos fortuna tal vez nos haríamos más ricos, sobre todo tú que tienes talento. Le engatusaron de modo que se decidió á desertar con ellos. Al aconsejarle así, tenían designio de quitarle el dinero.

Después de haber caminado algún tiempo, le dijeron que era menester tomar el camino á la derecha para llegar á la frontera.—No quiero; dijo el soldado, eso sería volver al

pueblo: hay que tomar el de la izquierda: ¿Cómo, te atreves á contradecirnos? replicaron incomodados sus camaradas, diciendo estas palabras se echan sobre él y le apalean hasta dejarlo tendido sin conocimiento. Entonces le roban el codiciado tesoro y no contentos le dejan casi ciego hiriéndole los ojos. Después, le llevan á un madero inmediatamente, le atan á él y vuelven á el pueblo provistos del dinero robado.

El pobre ciego, á quien no ataron bien, palpaba el sitio en que le habían dejado, y después de muchas averiguaciones resultó estar atado á una viga de madera, que él pensó ser una cruz.

¿Qué dicha para mí que á esos pillos se les ha ocurrido atarme á esta cruz! Ciertamente Dios ha venido en mi auxilio. Y se puso á dirigir al cielo fervientes súplicas. Al acercarse la noche oyó ruido á sus inmediaciones; eran tres grullas que volando vinieron á posarse sobre el madero y, con no poco asombro del soldado, comenzaron á hablar como personas.

—Hermana, dijo la primera ¿qué nuevas

nos traes? ¡Ah! si los hombres supiesen lo que nosotras! La hija del rey está enferma y su padre la ha prometido al que la cure, pero nadie puede curarla si no quema al sapo que está en el estanque vecino para darle á beber su ceniza. En seguida dijo la otra: ¡Ah! si los hombres supiesen lo que nosotras! Esta noche va á caer un rocío tan maravilloso y saludable que el ciego que se lave los ojos con él, recobrará al instante la vista. En fin la tercera dijo: ¡Ah! si los hombres supiesen lo que nosotras! El sapo no puede ser útil más que á una sola persona, y el rocío á pocas personas, pero hay en el pueblo un sequío; todos los pozos se han agotado y nadie sabe que para obtener un agua hermosa, basta levantar la losa cuadrada que está en el medio de la plaza pública y ahondar en aquel sitio. Después de haberse hecho estas confidencias echaron á volar.

El soldado que poco á poco se había ido soltando, se baja, recoge algunas hojas y se lava los ojos con el rocío que acaba de caer; al momento recobra la vista y percibe la luna y las estrellas; pero al mismo tiem-



REGRESO DEL PASTOREO — Por E. B. Debat-Ponsan

po observa que se halla debajo de un leño. Deja este sitio para coger la mayor cantidad posible del precioso rocío y guardarlo en una de las botellas que había en la cesta de las provisiones y que sus infames amigos habían olvidado en su precipitada fuga; en seguida va al estanque, hace un hoyo profundo para agotar el agua y ver si así se encuentra más fácilmente el sapo. Cuando así lo hubo hecho reunió cuidadosamente las cenizas y se fué á curar á la hija del rey. Así que estuvo curada solicitó casarse con ella conforme se había prometido públicamente.

El rey incomodado de tener que casar á su hija con un hombre de baja condición le dijo que el que quisiese ser su yerno tenía que suministrar agua á la ciudad, esperando desembarazarse así de la promesa. Pero el soldado mandó á levantar la piedra cuadrada que había en la plaza y á ahondar la tierra, diciendo que estaba seguro de encontrar agua. En efecto, en cuanto comenzaron á ahondar, se vió saltando un manantial de agua. Entonces el rey no pudo rehusar al soldado el que se casara con la princesa, la cual fué muy feliz con él.

Poco tiempo después, paseando por el campo encontró á los camaradas que le habían maltratado y, sin ser reconocidos los interpela diciendo: Yo soy vuestro antiguo camarada á quien arrancasteis los ojos de un modo tan infame; pero Dios ha permitido que este fuese el origen de mi felicidad. Entonces se arrojaron á los pies del príncipe pidiéndole perdón. Este era generoso y les perdonó, los llevó consigo y les dió comida y vestido, contándoles en seguida sus aventuras y lo que le había proporcionado ser yerno del rey.

Los dos camaradas se propusieron pasar una noche igualmente en el madero con la esperanza de ser felices, y no descansaron interín no verificasen su proyecto.

Habiendo ido al madero no tardaron en oír las grullas revolotear sobre la cabeza. Escuchad hermanas; es preciso que alguno haya oído nuestra conversación, porque la hija del rey ha sanado, el sapo ha desaparecido del estanque, un ciego ha recobrado

la vista y han abierto un pozo nuevo en la ciudad; vamos á buscar al curioso y puede que le encontremos.

Entonces volaron hacia abajo y encontraron dos hombres que no tuvieron lugar de escaparse. Se precipitaron sobre ellos, les arrancaron los ojos á picotazos y no cesaron de acribillarlos hasta que estuvieron muertos. Sus cadáveres quedaron debajo de los árboles. Algunos días después, el príncipe viendo que no volvían los hizo buscar y, no se encontraron ya más que los huesos cerca del madero, los cuales fueron enterrados religiosamente.

KARL VAN HAAS.





INVOCACIÓN

Qué noche tan bella! Extiende la luna
su luz en los valles, cual áureo cendal,
y alzada en la cumbre de la alta montaña,
semeja una hostia por sobre un altar.

Efluvios del aire, rumores del bosque,
sublime armonía que reina doquier,
el alma me llenan de sueños y anhelos,
nostálgicos sueños que abruman mi sér.

En estos instantes de calma y silencio,
en noches como ésta, de luna y de paz,
al cielo levanto los ojos y busco
Aquél que al formarnos nos hizo á su igual.

Sedienta cual vivo de gloria y grandeza,
de un algo que sacie mi anhelo inmortal,
le busco en mis cuitas, le llamo en mis ansias...
¿En dónde te escondes? Señor, ¿dónde estás?

Te busco en las dudas que asaltan mi mente,
también en las sombras que miro en redor,
y al ver que me falta tu aliento divino,
me inunda, me abate profunda aflicción.

Yo sé por doliente y amarga experiencia
que honores, riquezas, halago y placer
son nubes errantes, hermosos engaños
que pasan, fugaces, de un sueño al través.

Ausente el esposo, dormidos los hijos,
sintiendo de angustias el alma gemir,
¿á quién en mis penas volver la mirada?
¿A quién dirigirme, Señor, sino á ti?

Sen cortas las horas que el límite marcan,
del año refasto que va á terminar!
Otro año principia! Y á solas de hinojos,
contrita y conitada te vergo á implorar!

Sostén mi flaqueza, infúndeme aliento,
en mí de tus ojos derrama el fulgor,
enséñame á grande, con esa grandeza
que tú nos legaste de amor y perdón.

Si escuchas el ruego que á ti se dirige,
si bueno y piadoso tan sólo eres tú,
desciende á mi alma, y allí entre ese caos
pronuncia, Dios mío, que se haga la luz.

MARÍA DE BETANCOURT FIGUERO.

La Victoria: 1904.

Modorra de noviembre

En el mar.

La goleta blanca como un cisne ru-
ge y canta. El viento infla sus velas
y surge una música regia que se pier-
de en el mar.

Vamos navegando bajo el amparo
de un viento perfumado y piadoso
que nos empuja dulcemente.

El mar también canta su himno
decrepito y monótono.

El himno del mar y la música de las velas, hace
alegrar el corazón de los marineros que desean llegar.

Vamos á una isla pródiga, que luce un dulce
nombre de mujer.

El humo de mi pipa forma un largo hilo gris;
ese hilo lo rompe el viento y finge entonces bocetos
y signos borrosos.

De mi pipa surgen dragones y centauros que se
apagan lentamente sobre el lomo azul del mar.

Largos cuerpos femeninos hacen obsenas contor-
ciones, vuelan cerca de los mástiles y se borran tris-
temente.

Un marinero viejo y lánguido, increpa al mar
con una canción de orgia.

Su voz se apaga como las mujeres de humo que
brotan de mi pipa, y las velas continúan cantando
los secretos del viento.

Allá en las remotas lejanías, empieza á verse un
crespo encaje blanco. Las caras hoscas de los vie-
jos marinos se iluminan y se hacen plácidas.

Y de unos labios toscos y marchitos, nace la
música de un nombre. Esa música apaga las cancio-
nes de las velas hinchadas: Juan Griego!

En la pampa.

La tarde empieza á morirse y las púrpuras del
sol hacen entristecer los parajes.

Mi caballo marcha á su voluntad por vasta llanura.
La sabana empieza ya á cubrirse de fúlgidos oros
con la llegada del verano.

Un toro muge lúgubrementemente. Un grito lejano suena
como un clarín.

Grandes franjas de sangre muestra la tarde cerca
de la tumba del sol.

En los penachos de los chaguaramos suena el viento
sus cien flautas. En los ojos de mi caballo reina la
gran melancolía del crepúsculo.

En un verde lago distante se ve un ejército de
garzas, disciplinadas y en línea de batalla.

En el cementerio.

La multitud llena la ciudad de los difuntos.

Ha muchas horas que las campanas de la ermita,
tejen fúnebres mantos para la memoria de los muertos.

Esas campanas que hoy son mujeres largas, páli-
das y vestidas de negro, mañana volverán á ser las mis-
mas niñas sonrientes cantadoras de la alegre misa
matinal.

Se han hecho viejas, largas y pálidas, porque hoy
tienen que llorarle á los que duermen bajo las lápi-
das, melancólicas sonoridades y tristísimos responsos.

Una anciana está llorando al lado de una blanca
cruz de pino donde duerme su hijo.

Cerca de la anciana se alza un gran ángel de már-
mol y en sus brazos sostiene una corona de metal.

Un cura se acerca á un panteón lujoso con un hi-
sopo de plata para decir responsos. El acólito es un
niño rubio de ojos azules como Adonis.

Poco á poco la muchedumbre se va ausentando y
empiezan los muertos á quedarse en su soledad eternal.

La tarde triste se hace negra....

Son muy pocos los que aún permanecen en el ce-
menterio. De la inmensurable violeta del cielo surge
un globo luminoso de ópalo: es la luna que se ríe de
los muertos.

JUAN D'SOLA.



DIAS DE VERANO

[Para Chucho Velenzuela.]

Los días han sido de honda paz, de honda tranquilidad campestre. El pueblecito es una miniatura, á tres horas de la capital, metido en plena montaña, bullicioso solamente á la llegada del tren. Luego vuelve á su silencio habitual, un silencio adorable, hecho de flores de selva y fresca sombra de árboles. Cada casa ve pasar por su frente un arroyuelo blando y frío, que se pierde entre el bosque, murmurando suavidades. El cielo es siempre azul. El sol parece un poco más tenue. La luz cae sobre el alero de las casuchas, de un modo más tenue aún, de un modo amoroso; sobre las arboledas echa una caricia, semejante á un fino haz de cabellos rubios. La diminuta capilla alza su torrecita sobre el poblado, evocando simpatías, cosas tranquilas y buenas; y á la puesta del sol, de un encanto sereno, se oye á lo lejos el mugido de los bueyes, como un bostezo dilatado.

Es la mañana. Una mañana dulce, hecha de murmullos suaves, de rayitos de sol trémulos. Sube al cielo una ola de perfume silvestre, puro y cálido. Los árboles muestran al alba la placidez sonriente de las hojas nuevas. Desde la mística torrecita un pájaro, gualda y negro, canta á la aurora y á la selva, en un trino vivaz, balbuciente, fugitivo. El trino del pájaro esparce sobre la naturaleza vibrante un ambiente de felicidad. Un rocío sutil, el luminoso rocío de la mañana, perla las rosas blancas de un jardincillo de familia que veo desde aquí. Una sensación de cielo y de éxtasis se desprende de las rosas blancas, acabadas de abrir, perladadas de rocío; inefables.

Cerca de mi ventana, á cinco pasos de aquí, hay una reja tras la cual asoma su cabeza blonda y linda una hembrita de veinte años. Desde hace días corresponde á mis gestos, se sonríe y contesta mis buenas tardes con una voz dulce. Es piadosa sin duda la gentil muchachita. Acaso ha comprendido que en el fondo de mi alma no hay desde ha mucho tiempo, sino una sed espantosa de ternura.

Es buenecita de corazón. Su nombre mismo tiene algo de uncioso. Se llama Matilde. Para sonreír al extranjero, al desconocido que llega de parajes lejanos, no ha exigido un rubí á la corbata, ni unas botas de charol á mis pies. Me sonríe ingenuamente, con ese *porque sí* de la franca simpatía. Tal



vez su pequeño corazón de aldeana se inunda de compasivo interés, ante el azar de los que llegan una sola vez á su pueblo y se marchan luego, como esos pájaros marinos que no retornan jamás.

Es bonita, es grácil. Tiene los ojos, ardientes y lánguidos; los labios húmedos como una fresa; la voz cadenciosa como una romanza. Amo de ella cierto encantito de flor, cierto pequeño desdén gracioso que reclama el diminutivo, Matildita. Una seducción familiar, mezcla de candor y de amor, la circunda como un nimbo, á toda ella.

Y pienso, mirándola desde mi ventana: ¿Por qué marcharme? ¿Por qué no hacer aquí mi silenciosa y querida ventura? ¿Por qué no arrojar ahora los sedimentos de vanidad mundana que han puesto en mí los anhelos genealógicos? Pudiera hablarla; y como ella es compasiva ser amado con toda pureza y lealtad. Y luego el nido, el hogar, el sano, el puro, el buen amor, aquí, en plena montaña, junto á las flores, cerca del arroyuelo, lejos de la capital febril, de las novelas, de los periódicos, de la electricidad y del goce envenenado del arte y del vivir retórico.

¡Sí! Y ¿por qué no? No es más noble, por ventura la vida tal como ella es, fecunda y generosa, á la vida artificial, nerviosa y satánica del Arte y de la ciudad?

El pueblecito es hospitalario. El cielo dulce y azul. La naturaleza tiene una exuberancia eterna. Y ella, Ma-

tilde, es sencilla y pura. Quizá escriba besos con *v* y amor con *h*, pero vale su beso y su amor, más que todas las coronas de papel estraza de la Academias.

Ayer ha enviado para adorno de mi ventana un ramo humedecido y fragante de claveles rojos y blancos. Además, ha preguntado cómo me llamo. Ella no sabe que soy literato, ni que en mi país soy una «promesa», ni que al llegar me saludaron los periódicos del caserío. Ignora que escribo postales para las señoritas. Ella no sabe nada de eso. No tiene álbum, no monta en bicicleta, no discurre sobre el feminismo, ni conoce el último figurín. Sabe sólo de sus flores, de sus vacas, de su misa, á la que la veo ir todas las mañanas, fresca y gentil, sin corsé, llena de naturalidad encantadora. Me ama porque soy aventurero, porque me ve solo, triste y pobre.

Te lo agradezco, muchachita adorable! Te agradezco que hayas amado en mí esa rara melancolía de los gitanos, que van como

las aves y las brisas de zona en zona. Acaso visten mis ojos la dolorosa visión de un adiós que llevo en el alma, dicho allá, en la playa remota, una tarde azul, rumbo al norte, mientras flotaba en los aires el romántico pañuelo blanco. Tal vez te contagiaron mi pena y mi mal, y subió hasta tí mi angustia, clamando como hasta un cielo, la infinita misericordia.

Pero no me quedaré, buena amiga. Me marchó. Hay en los enfermos de literatura, como en los de tisis, propósitos desconocidos.

Y pronto, tras la primera vuelta que dé el tren, cuando enjugué la lágrima que en mis ojos ponga tu honda despedida, cambiaré el «estado de alma» como se dice ahora, y amaré con el mismo amor que á tu encanto venturoso, á la morfinómana del segundo piso, enferma del hastío de existir, diabólica y lasciva. Tal vez surjas deformada en primera ocasión en un cuento de periódico; ó en un soneto con todos los refinamientos malignos, que sin poseerlos, te hacen un alma preciosa de virgen. Quizá si no vea en tí dentro de una semana, sino una tonta «simplificación» de espíritu, indigna de quien según la moda debe ser «complicado á lo Mallarmé». Ah! porque nada es tan infame, tan triste como esta elefancia que nos hace falsificar el amor y el dolor; y nos hace pensar en medio del sepelio de la madrecita, en el metro raro de la próxima necrología filial.

EMILIANO HERNANDEZ.

Alrededores de México.—1904.



De la literatura nacional y del criollismo

En lo de la literatura nacional también tengo mis dudas. Dicen las personas entendidas en estas cosas que hay literatura inglesa, literatura francesa, literatura italiana, alemana, española. Y para demostrarlo á las que no entienden bien, toman á los autores universalmente conocidos, y los colocan, como si dijéramos, en los anaqueles correspondientes á las lenguas en que ellos se sirvieron escribir para nosotros. Y los enfrasean, y los sellan, y los rotulan—á los desventurados—que ni los boticarios de parroquia. A cualquiera de esos señores

que saben, le pueden preguntar ustedes por la literatura italiana, para oírle hablar de Dante, de Tasso, de Leopardi, de Carducci. Y se quedan muy satisfechos y tranquilos. El vehículo del idioma es para ellos lo que el frasco para el amable farmacéuta de la esquina. Si al salir de la biblioteca de la pequeña Recanati, para hacerse ciudadano del mundo, hubiera Leopardi escrito en latín, que dominaba como su propio hablar, entonces, ¿á qué literatura pertenecerían *La Ginestra*, *Consalvo*, *La Vita Solitaria*, *Ad Angelo Mai*, *All'Italia*, y los Sonetos, y los Diálogos, y las Cartas? Y si hubiera dejado todo eso en griego clásico, familiar como le era aquella lengua? En la edición conque el Gobierno italiano conmemoró hace seis años el Centenario de Leopardi, en la cual, como sabe todo el mundo, se recogieron prosas de castizo sabor, hasta entonces ignoradas, y notas que aquel atrevido pensador tomaba al correr de la pluma sobre los libros que leía, en esa edición, digo, hay páginas enteras en griego y en latín, de valor y de sentido, seguramente. ¿En qué literatura se podrán avecindar esas páginas? Dramas, novelas, cuentos de mérito indiscutible escriben ahora en sus respectivos dialectos napolitano y florentino, muchos jóvenes italianos en-



carriados con esas hablas que se están muriendo. Ahí queda, para comprobar el éxito conque lo hacen, un libro que si recuerdo bien lleva por título *A la Scoperta dei Letterati*. Esos dramas, y cuentos y novelas ¿de qué literatura serán hijos? Jorge Brandes, danés, alumbró con sus libros en alemán todos las cultas almas de Europa. ¿Son esas obras de la literatura alemana? A mí me parece que por encima de la lengua hay otra cosa muy honda y escondida como un *mens divini*, que si no es el único distintivo literario, sí vale infinitamente más que este vulgar del habla, al fin y al cabo vehículo no más —y torpe á veces—de las puras ideas. Mas es un simple parecer mío. Y si El Adversario, clasificador maníático y misericordioso tratase de sacarme de este error, por de contado que saldría. Con la razón él por supuesto. Porque hace mucho tiempo que se recibió la noticia de que en el mundo no hay sino una serie infinita de verdades que se contradicen las unas á las otras.

Yo no creo—perdóneseme—en la literatura mexicana, en la literatura argentina, en la literatura venezolana, en la literatura colombiana, como *literatura nacional*. Comprendo que es una desgracia no creer en espantos. Y no envidia en la vida sino á aquellas personas felices para quienes las brujas tienen existencia real y positiva. Yo no sé cuáles son las fronteras de estas Repúblicas literarias.

Existirán linderos demarcados por hábiles peritos, es seguro. Sólo que para esta especie de amojonamiento, ya les falta, como si dijéramos, el teodolito de la lengua. No habla literariamente sino una, la gente de la América Española. Sería, pues, muy curioso y saludable que nos hicieran saber en dónde acaba la literatura argentina, y en dónde comienza la mexicana, verbí gracia.

Con cualquiera de esos espíritus excéntricos que en Colonia y en Viena se preocupan por letras españolas, se podría hacer un ensayo que llenase de consternación á los que aún no se han desarraigado. Estos libros hermosos de Díaz Rodríguez, Blanco Fombona, Fernández García, Coll, Ama-





do Nervo, Darío, Lugones, Florez, Valencia, para no hablar sino de los jóvenes, se podrían entregar, barajados y sin pie de imprenta ni señales de otro orden, para que después de leídos por los hispanófilos alemanes y austriacos fueran colocados por ellos mismos, bajo el nombre de la nación á que pertenecen sus autores. Resultarían, ya se deja ver, muchas cosas curiosas.

Lo que llaman *criollismo*, me parece á mí, no puede resultar sino del asunto. Con lo cual queda dicho que tenemos muy pocas cosas verdaderamente criollas. Quien pretenda escribir un poema sobre el cultivo del café, por ejemplo, no estará trabajando en beneficio del arte criollo de su propio país, porque acá en América desde Costa Rica hasta el Brasil la cosa es la misma, en cuanto ella puede dar materia para obra de arte, literaria al menos. Tipos, hay sin duda alguna, y costumbres enteramente criollos. Los han sorprendido en su belleza nativa, muchos de nuestros artistas, y ya viven la vida de las cosas consagradas por pinceles y plumas magistrales. Topar con las vetas, y seguirlas, es lo difícil.

De los procedimientos no hay que hablar. Que el artista tenga talento es lo que se necesita. Los pintores de ahora, que llaman impresionistas, trazan en las telas sus poemas de luz y de colores, vistiendo las cosas más humildes, las cosas criollas, con los manchones de sus paletas prodigiosas. De la misma manera puede un poeta cantar en versos de impecable modernismo (léstima que esté tan manoseada la palabra) las escenas de la vida cuasi nómada de nuestros llanos, la mísera existencia de los reclutas—muy criolla!—y algunas cosas más, por el estilo. Pero ha menester talento, mucho talento. De lo contrario, no resultará nada de mérito. Porque esto del arte nuevo es más bien una manera de sentir que de ejecutar. Viene del sentimiento ar-

tístico la factura. De aquí que en vano tratan de asimilarse los procedimientos quienes no están dotados por la naturaleza de la exquisita sensibilidad indispensable para gustar de lo bello que aparece fuera de los eternos modelos consagrados. Antes era la línea severa, vigorosa, lo que perseguían por el cielo de sus sueños los amadores del pincel. Ahora van buscando la languidez del contorno, la rareza de lo inacabado. Deleitábanse nuestros padres con la música melodiosa que privaba cuarenta años atrás. Hoy preferimos la armonía á la melodía. Los endecasílabos inacentuados, los alejandrinos con acentos rituales en monosílabos que no los tienen, cautivan ahora á los justadores de oído refinado. Este sacrilegio hubiera merecido no hace mucho penas infamantes en los tribunales de justicia de Su Majestad la Métrica. Y ya pasan inadvertidos. Es el tiempo, el tiempo en que vivimos sin apego á nada como verdad, como bien absolutos. De un *Si* y de un *No* están colgadas nuestras hamacas ideales, por desgracia. Porque tener ideas de incommovible asentamiento debe ser, entre las fortunas de la vida, la mayor. No haber sentido en el cerebro, allí en donde moran como reinas en sus tronos diminutos las ideas preconcebidas, los perniciosos efectos de los ácidos corrosivos, ha de ser inefable ventura. *Beatus ille.* Es el tiempo en que vivimos, es este vendaval que se llevó todas las hojas y las flores del árbol del espíritu conturbado ante el constante revaluar ideas que parecían incontrovertibles. El arte ha de reflejar esas angustias y torturas de las almas, para ser expresión sincera del vivir tormentoso que alcanzamos. Quien no haya padecido en esas crisis, tratará, pero en vano, de hacer obra de arte perdurable como representativa de la época. La cuestión no es de procedimientos, de factura. Si lo fuera, estaría reinando la mecánica.

R. TIRADO MACIAS.

LAS TRES LÁGRIMAS

Cayó sobre los pétalos de una flor, apenas entreabierta, una brillante gota de rocío, que dijo suplicante:

—Vengo de los ojos de un niño, y quiero vivir oculta en tu cáliz perfumado. No me deseches, florecilla amable, que soy lágrima de candor y de inocencia.

Cierta avecilla hermosa, que por allí cerca bañaba su pintado plumaje en las ondas cristalinas de un arroyo, alza rápidamente el vuelo, revolotea en el espacio, trinando con dulzura, y deja caer sobre la misma florecilla otra gota de rocío, tan brillante como la primera, que de este modo le dice:

—Soy lágrima de ternura y de ale-

gría, y te ruego, florecilla amable, me alojes también en tu cáliz perfumado.

Llena de gratitud y de bondad, iba á contestarles la tímida flor, cuando de lo azul del firmamento cae sobre sus pétalos otra lágrima brillante y hermosa, que le hace con voz angelical la misma súplica:

—Yo vengo de lo alto á vivir en tu casto seno: no me deseches tampoco, florecilla amable, porque soy lágrima de piedad y de esperanza.

Surge radiante el sol en el oriente; y las tres lágrimas tiemblan en su presencia, porque amenaza consumirlas con el fuego encendido de sus rayos.

A mi hija, María Teresa.

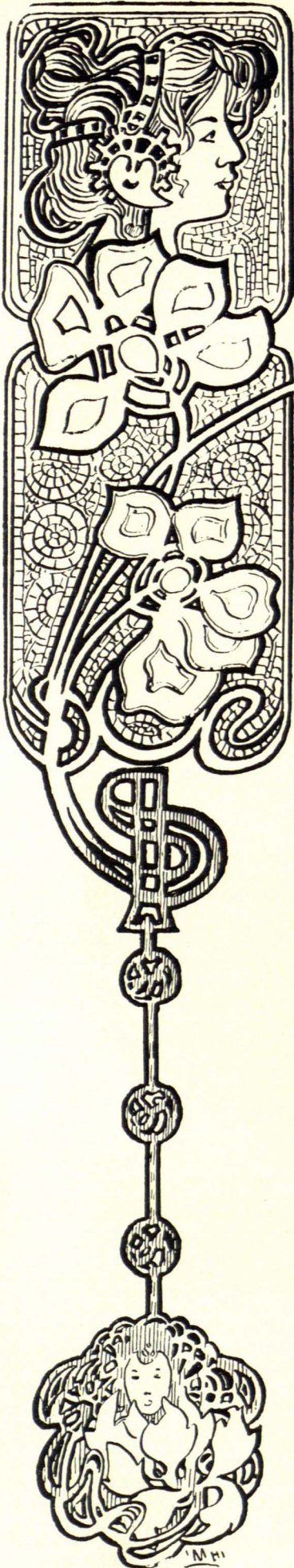
Entonces la florecilla hospitalaria, meciéndose gallardamente sobre su esbelto tallo, entreabre con inefable gozo sus delicados pétalos, y las tres lágrimas brillantes y hermosas, se albergan tranquilamente en el cáliz perfumado de su bella protectora.

Que sea tu corazón, hija mía, como el seno virgen y fragante de aquella florecilla, y que en él guardes siempre esas tres lágrimas sublimes, que pido al cielo sean las únicas que viertan tus ojos.

Lágrimas de candor y de inocencia, Lágrimas de ternura y de alegría,

Lágrimas de piedad y de esperanza!

TULIO FEBRES CORDERO.



LA MUERTE

1º de Enero de 1903.

Vedla cual va? con bandera
De relámpagos camina;
El huracán es su aliento,
La tempestad su loriga,
El cementerio su alcázar
Y su trono las ruínas.
El mar á su soplo ruge,
Que á su tacto el mar se aira,
Y aunque en su fondo esconde
Tantos arcanos de vida,
Sepulta en su oscuro seno
Cuanto en su seno se abisma,
Como losa funeraria
Desde los cielos caida.

La muerte el volcán enciende
O con la peste fulmina,
Suenan su voz en la trompa
De la guerra fraticida,
Toca los polos del mundo

Y el muudo cruje y vacila;
Y hasta allá, en la excelsa cumbre
Donde la Verdad habita,
Sus lóbregas alas tiende,
Canta su eterna elegía,
Mientras la tierra enlutada
En torno del sol camina,
Como un condenado á muerte
En derredor de una pira.

Así cantó con gemido
Mi ya desacorde cítara
Cabe el ciprés de la tumba
Donde yaces, madre mía;
Mas pensé: cuán grande, ¡oh cielos!
Será la Ciencia-Divina,
Que en el mundo hizo la muerte
Para que hubiera «otra-vida.»

FELIPE TEJERA.

CAUSAS RECÍPROCAS

Emerge del ensueño tu figura
Como Beatriz, de estrellas coronada,
Y del mundo palpable tu hermosura,
Cual Eva, peregrina y codiciada.

Concentración del germen y del numen,
Opuestos polos del vivir enciendes,
Y de lo bello y del amor resumen
En inmutable confusión trasciendes.

Acércase al joyel la mariposa
Que tuvo por crisálida una estrella,
Y cuando el vuelo sobre el alma posa
Exclama el corazón: pues ésta es ELLA.

Ay! Si se aleja, por contrario modo,
De los sentidos tu pulida arcilla,
Al suspirar aquerellado el lodo
El alma suplicante se arrodilla.

Y nunca el punto observo donde esfumas
Fugitiva del ansia tu belleza,
Ni cómo de celajes y de brumas
A colorarse tu hermosura empieza

Interrogada, á veces, no respondes,
Y si te sigue en obsesión la vista,
Entre conchas de nácares te escondes,
Porque te exhume inspiración de artista.

De allí das tintes al pincel de Apeles,
Ritmo sonoro á la expresión de Dante
Y al golpe de los mágicos cincelos
La curva regia y la actitud triunfante.

Eres entonces de ti misma emblema
Que de la sangre tórrida carece:
¿No brota de tus carnes el poema
Que líneas y colores embellece?

Y de la vida en la visual distinta
—Si erupción de volcán, quema, tu llama—
No es más puro el azul con que se pinta
Que el voluptuoso afán conque se te ama.

Así, de tu hermosura viva y fresca,
Fascinado el Amor, levanta el velo,
Porque del labio ardiente de Francesca
El dedo de Beatriz señala el cielo.

Sumiso y tierno el corazón te adora
Envuelta en luz del sideral palacio,
Aunque á tu dulce placidez de aurora
Tierra le falte por sobrarle espacio.

Y sediento, á tu boca de claveles
Que entre jazmines purpurarse veo,
Llega á libar embriagadoras mieles,
Abeja de las almas, el deseo.

Y por complexa sensación, rendidos
Al poder de tus gracias y tus galas,
Con tus propios matices, los sentidos
A una larva inmortal forman las alas;

Pues por diverso tránsito de vida
La dualidad del sér busca anhelante,
En lo ideal, la carne enrojecida,
Y en lo real, la evocación radiante.

Mas, palpable ó aérea, ¿no te asombra
De las causas recíprocas el sesgo?
Si te alejas del alma: ¡cuánta sombra!
Si al corazón te acercas: ¡cuánto riesgo!

SANTIAGO GONZALEZ GUINAN.

1904.



Señorita Ana María Menocal—Habana



Señorita Virginia Anglada—Habana



Señorita Amalia Zayas



BAJO EL CIELO ESTRELLADO

Si yo fuera feliz, en tu cabeza
Prendiera esos eternos luminare
A modo de perpetuos azahares,
Para hacer más celeste tu belleza.

Mas, sufro de los cielos la crudeza
Y á los astros no elevo mis cantares,
Porque ellos no descienden á los mares
Cuando su brega la tormenta empieza...

No me pidas que en vuelo hacia tu frente
Vayan mis versos á ceñirte galas
Celestes como tú, niña inocente!

Rayos de orto de tu frente exhalas
Y no quiero manchar la refulgente,
Casta luz con la sombra de mis alas!

Bajo el cielo eres tú como el espejo
En que se ven rientes las estrellas
Y yo la sima lóbrega á quien ellas
Le niegan la sonrisa de un reflejo.

Entre sirtes y vórtices me alejo
Del fulgor apacible que destellas,
Porque no quiero profanar tus huellas
Con la simiente que á mi paso dejo...

La Virtud con su vara milagrosa
Le ofrece á tu mirada el infinito
Que recama de luz mística rosa.

Me hunde el Mal en los antros del precito
Agolpando en mi frente la espantosa,
Perpetua sombra que engendró el delito!

*

Mientras tu corazón y tu belleza
Reflejan los celestes luminare,
En mi pecho sacúdense los mares
Y ruge el huracán en mi cabeza!

Si mi lira sus cuerdas desprecia
Son yambos de protesta mis cantares,
Porque son rudas alas mis pesares
Y es muy honda y amarga mi tristeza!

¿Qué piensas, pobre niña! En mi alma piensa,
Cuando la atraiga la tiniebla inmensa
En que la vida cede y se derrumba.

Piensa en ella... y será tu pensamiento
Un astro que abandona el firmamento
Por la lóbrega noche de mi tumba!

J. T. ARREAZA CALATRAVA.

EL JARDIN

El jardín está dormido,

Las fragancias de mis sueños
Van volando hacia la luna, toda ensueño, te da albor.
Junta en mi alma Primavera á los cénticos risueños
La romántica leyenda que me cuenta un ruiseñor.
Una fuente va corriendo bajo verdes limoneros.
¿Qué me dice mientras sigue su amorosa ruta en flor?
Es que me habla de la gruta en que aguarda el dulce Fros
Las palomas y las rosas de la niña de mi amor!

El candor vela tu sueño y te pide en vano flores,
Blanca niña! Y á la luna en mi lírico pesar
Yo le doy el nombre tuyo... y me manda en sus fulgores
Una lluvia de azahar!

*

El jardín perfuma el alba,

Ya la luna exangüe, fría
No me besa; ve en mi frente viva púrpura solar!
Vela el canto de una alondra. Entre rosas llega el día.
Y la luna se disuelve en la luz crepuscular.
Es Aurora! Es Primavera! Eres tú que hasta mí vienes,
Porque ya se abren tus flores, porque ya sabes amar!
Oh! el jardín maravilloso de tus manos y tus sienes
Y tus pechos inflamados y tu boca y tu mirar!

Ya conozco el hondo arcano de los pliegues de tu túnica.
Nuestras almas desfallecen bajo un dulce padecer.
Unasola es tu caricia, Bien-Amada, como es única
Tu locura de mujer!

*

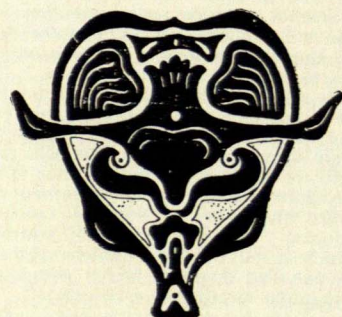
El jardín muere en silencio,

bajo un cielo rojo y gualda.
Y la fuente alza su égloga con un místico temor.
Ya tu cuerpo no da flores y en los pliegues de tu falda
Han prendido nuestras manos fino polen de dolor.
A tu andar, tu falda tiene rigideces de sudario.
Son tus pechos edredones que abandonan el calor
Te tu alma y de mi alma. El poniente es un calvario.
Y en silencio contemplamos el cadáver del Amor!

Cómo sufres! El olvido es el único remedio
En la tisis de las almas. Sepárennos más bien!
Ah! Señora, ya me alejo... Con su espada el torvo Tedio
Me destierra del Edén!

J. T. ARREAZA CALATRAVA.

1904





HELIOTROPO-ROMANZA

De esa flor tú no sabes la canción del perfume:
ella tiene loslabios en su broche de seda,
y una música rara, pero rítmica y leda,
rondeliza en las frondas que la dicha resume.
Cuando el Tedio, ese hermano del Insomnio, te abrume,
vé al jardín de la antigua silenciosa alameda
para que oigas, absorto, la canción del perfume
en la flor inexhausta de los labios de seda.

La doncella de manos como lirios de nieve,
con el torso más frágil que sutil mariposa,
si en las hondas nostalgias de visión amorosa
en el parque desliza, pensativa, el pie breve,
es que sueña en el alma de una ráfaga leve
sorprender las cadencias de la flor primorosa,
y, al tocarla sus manos como lirios de nieve,
siente incógnito anhelo de sutil mariposa.

1904.

El amante nocturno—soñador ó poeta—
cuando acude en sus sueños, desalado, á la cita,
ante un rayo de luna sufre pena infinita;
y aunque teme á los ojos de la luna indiscreta,
como emblema inefable, la solapa coqueta
de su smoking, adorna con la flor exquisita,
para oír los preludios—soñador ó poeta—
de una dulce romanza, cuando acude á la cita.

En las horas acerbadas, cuando el pálido Hastío
quiere hundirme en el caos del Insomnio y la Muerte,
esquivando la copa de su tósigo fuerte,
abandono mi estancia, desolado y sombrío.
Llego entonces al parque y, entre azul atavío,
el fragante Heliotropo, sugestivo, me advierte
¡en un canto á la Vida, que allí muere el Hastío!
¡en un canto de amores, que allí calla la Muerte!

L. TORRES ABANDERO.



JUEGOS FLORALES EN BOGOTÁ

Con gusto traemos á estas columnas la referencia que hace *La Idea*, de Bogotá, de la celebración de los Juegos Florales en la capital de la vecina República y en los cuales obtuvo la banda de vencedor, en competencia con setenta y cinco poetas, nuestro distinguido amigo y colaborador, el señor don Ismael Enrique Arciniegas, á quien enviamos nuestras cordiales congratulaciones.

Dice así la relación del diario colombiano: «Por invitación de la muy amable Señora Doña Teresa Tanco de Herrera, organizadora de esta simpática fiesta, en beneficio del Lazareto de Agua de Dios, tuvimos el honor de concurrir á tan lucido certamen, que se verificó anoche en el Teatro de Colón, ante numeroso y selecto auditorio. El teatro estaba de bote en bote. Los palcos todos y las primeras filas de platea fueron ocupados por distinguidas familias de esta sociedad.

La sesión fué inaugurada con el Himno Nacional, cantado con bastante propiedad

por un grupo de caballeros y jóvenes, y con un largo discurso político, económico é histórico-literario, del señor doctor José María Quijano Wallis, mantenedor de los Juegos.

Después fué manifestada al público la calificación que el Jurado había dado á las composiciones poéticas que debían ser recitadas en la misma noche, y, creados dos primeros premios, se le adjudicaron el uno al señor Ismael Enrique Arciniegas, por su poesía *Immortalidad*; y otro, al señor Federico Rivas Frade, por su poema *Mientras llueve*. Ambos fueron llamados al escenario para que designaran la Reina de la fiesta, y de común acuerdo le discernieron tan merecida distinción á la encantadora señorita Amalia Reyes, hija del Excelentísimo señor General Reyes. La Reina nombró á su turno como Damas de honor á ocho bellas y elegantes señoritas que se hallaban presentes en el Teatro. Una vez que la Reina ocupó el trono rodeada de su corte, llamó á los dos poetas premiados y les cñó la banda de vencedores. A continuación el señor Rivas Frade recitó su poema, y al terminar le fueron entregados por la Reina una corona y un magnífico cuadro, obsequio de uno de los Clubs de esta ciudad.

Le siguió el señor Arciniegas con la natural y elocuente recitación de su poesía *Immortalidad*, que fué interrumpida á cada estrofa por nutridas salvas de aplausos y despertó el más vivo entusiasmo en todo el auditorio, en términos que se exigió la repetición. La Reina colocó en sus manos una hermosa corona de laurel y la obra de *La Divina Comedia* del Dante, en edición monumental y lujosa, ilustrada por Dore.

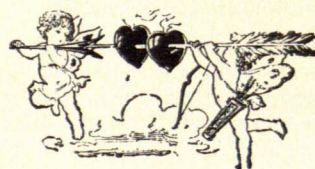
En nuestro humilde concepto y al decir

del público, la composición del señor Arciniegas reune condiciones excepcionales de superioridad, ya por su mérito intrínseco, como por su artística oratoria.

El primer accésit lo obtuvo con sobra de justicia el señor Francisco Valencia, con su bella poesía *Heroína para un poema*, cuya recitación dejó gratamente satisfecho al público, y el segundo, tercero y cuarto, respectivamente, los señores R. Escobar Roa, con su bien meditado canto al *Fuero*; el señor Antonio José Caro, de quien se puede decir que «quien lo hereda no lo hurta,» por su clásico y artístico soneto *En boca de un moribundo*, y el señor N. Núñez, con su delicado romance *Una Mano*.

En el concierto tomaron parte la señora Tanco de Herrera, la señorita Osorio y los señores Eliseo Hernández, Dickson y Conti, quienes recibieron sendas coronas y una variedad de obsequios, no menos que calurosos aplausos.

Felicitemos á todos los anfitriones de la fiesta, y muy especialmente á la señora Tanco de Herrera, por el buen éxito de su filantrópica obra; al doctor Rafael Espinosa Guzmán, por el realce que le ha dado á la gaceta con la organización de los *Juegos Florales*, y á los bardos premiados, que una vez más le han dado nuevos triunfos á las letras colombianas.»





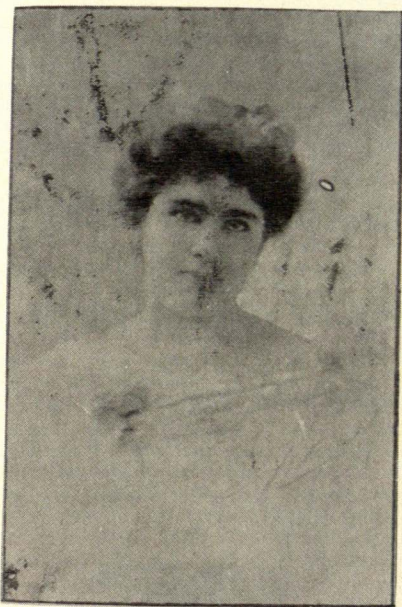
Señorita Lucía Horstmann y Trigo



Señorita Carmen Casuso de Saavedra



Señorita Asunción Solozabal



Señorita María Iglesias



Señorita Lucrecia Sevilla-Habana



Señora Eloísa Garaveto-Habana

DE «LA ESPAÑA MODERNA»

El señor Blanco Fombona es un escritor cuya firma se ha hecho familiar para los españoles. Huelga, pues, presentarlo. En Francia acaba de serlo por Marius André y Carlos Simond con la traducción de sus *Cuentos americanos*, acogidos con aplauso por Ernest Charles y otros críticos franceses. Debo declarar que, para mí, esos *cuentos* han sido una sorpresa. No los conocía en castellano; y si en francés me gustan, no hay para qué decir lo bien que me parecerían en el original.

El título del libro engaña un poco. No todos los cuentos que allí hay son *americanos*. Algunos pueden calificarse de franceses y muy franceses. *Cuento filial* podría incorporarse á la serie de *Monstruos parisienses*, de Richépin.

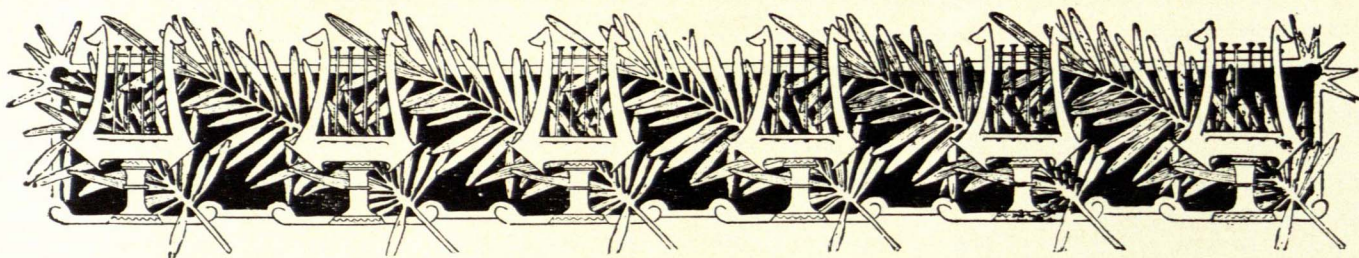
Otros son de un lirismo..... internacional: flores nacidas en lo más hondo del alma del poeta, en el rincón de los sentimientos que no tienen patria ni «sabor local», porque son fundamentalmente humanos. Los cuentos que pueden llamarse propiamente de costumbres americanas, son de un realismo sencillo y enérgico que recuerda el de Oller. El lector español comprenderá todo lo característico de esas narraciones por la similitud que el espíritu hispano-americano tiene con el nuestro. Muchos españoles hay que entienden la lucha política como el aldeano de Orituco, y muchos devotos y devotas que tratan á los santos de su devoción como Casimiro Requena á su San Antonio.

Cierro el libro con una esperanza, y es que Blanco Fombona siga dándonos el «sabor de su tierra» en nuevos cuentos.

El «sabor» de su alma poeta ya nos lo

ha dado en muchos versos, de los cuales son los últimos éstos, cuya colección titula, demasiado *bizarramente*, *Pequeña ópera lírica*.

No sería sincero si dijese que me gustan todas las combinaciones métricas, todas las novedades de lenguaje que Blanco Fombona, como otros muchos poetas modernos, usa. Pero soy también sincero al decir que hay en los versos del escritor venezolano una cosa que los purga de todos sus defectos, y que hace interesante su lectura; y es la poesía que en ellos palpita, y que á veces llega á producir los más elevados goces de la emoción estética. Después de todo, ¿qué otra cosa podemos pedir á un escritor? ¿qué otra cosa nos dan muchos antiguos cuya forma de decir, cuyos atrevimientos y licencias retóricas nos parecen hoy falsos é insoportables? Acordaos de muchos de nuestros poetas y prosistas del XVII.



Joya cruel

POEMAS EN PROSA

EN EL PERDÓN DE SANTA ANA

Auray.

Muy sigilosamente con aires de gentil caballero, y en fines un galante laón, mi espíritu por una rasgadura sutil al favor del crepúsculo entró á su corazón.

Tuvo siempre á mis ojos su corazón las mil tentaciones de un cofre hermético; mi ilusión, contemplándolo desde su Torre de Marfil, le atribuía el milagro de un excelente dón.

Con el presentimiento que la lleva al jardín á buscar en las flores la predilecta flor, mi espíritu en su viscera internóse hasta el fin ávido de la joya del presagio ideal; y solamente, bajo las redes de su amor, encontró un fino y leve y artístico puñal . . .

MAXIMILIANO GUEVARA.

El camino, que á través de la landa conduce á la aldea, estaba cubierto de peregrinos.

Las cofias blancas de las campesinas brillaban al sol, como alas de pájaros marinos.

Los hombres, de blusa oscura, y cubiertos con anchos sombreros de los cuales pendía una cinta negra, marchaban en silencio, apoyados en sus bastones de cerezo.

Y á todo lo largo del camino se extendía una doble fila de mendigos.

Varios de entre ellos, ancianos ciegos, blancos y cabelludos, con la mano colocada sobre la cabeza de algún niño parecían, en su majestad lamentable, los últimos bardos.

Adelante, una mujer levantaba, gimiendo, al cielo azul que cubría la landa, un brazo mutilado, tan desprovisto de carne y tan extrañamente terminado en una mano, á la cual sólo quedaban dos dedos, que se hubiese dicho una cornamenta de ciervo, tinta en sangre.

Más lejos se levantaba una gran forma humana, terminada en una masa de carne sanguinolenta y tumefacta, que se reconocía ser un rostro solamente porque ocupaba su sitio.

Luego, á ambos lados, inocentes que se parecían por la vaguedad de la mirada, por la inmovilidad de la sonrisa, por un perpetuo temblor de todo el cuerpo, y por el aire de familia, puesto que eran hermanos.

Esos mendigos son una de las bellezas de la Bretaña, una de las armonías del cantil y de la landa.....

ANATOLE FRANCE.

De la Academia Francesa.

LA BARBA DEL VIEJO

A Baltazar Vallenilla Lanz.

Me habló el viejo, y en su barba florecida, como un valle de albos lirios diminutos, fuí contando en cada hebra los minutos y los sueños y los cambios de su vida.

Lei en ella del amor la bienvenida, primavera de nimbados atributos; y allí, oculta, entre los hilos más hirsutos, por la artera malandanza, hallé una herida.

Y al tejer ó destejer con la mirada, ante el viejo, alguna historia ya pasada, en el valle de su barba irídea y bella,

De mis ojos una lágrima piadosa rodó en breve, y en su fondo, temblorosa, ví la barba fulgurar como una estrella.

L. TORRES ABANDERO.





OTRAS VIDAS

I LÍA Y RAQUEL

Eran dos hermanas, las dos hermanas de siempre; eran dos, y, como las que pasan generalmente por el paisaje enlunado de los cuentos maravillosos, una rubia, morena la otra; sólo que aquí la rubia era hermosa y la morena era fea y contrahecha. La rubia era la guapa de la familia, aquella para la cual compran las telas y las joyas,

la que el papá y la mamá invitan con insistencia al teatro y á las visitas, en tanto que dicen á la otra: «tú no has de querer ir, ¿verdad? debes estar cansada».....

La morena era una verdadera «Cenicienta», la Cenicienta sin encanto de esta historia sin interés, una Cenicienta cuyo pie no iría nunca á buscar un príncipe maravilloso, para calzarse el chapín de cristal hallado en el camino.....

Era tímida como lo son generalmente las mujeres contrahechas, y sus ojos parecían pedir á todo el mundo perdón, perdón de atreverse á brillar, perdón del desacato de ver, como los otros (los que son bellos y amados), el júbilo color de rosa de las mañanas, el oro en sazón de los mediodías y la austera opulencia de las tardes; la fiesta de las hojas y las flores en la landa, y la majestad del cedro en la montaña; el raso trémulo de los lagos y el azul pensativo de los cielos.....

Sabía la fea (á la que llamaremos Lía, en memoria de aquella triste hermana de Raquel, de ojos pitafiosos, que Labán puso con vergonzante cautela en el lecho de Jacob, como premio de siete años de trabajo), sabía la fea ejecutar mil primores: era como las antiguas reinas que hilaban en la rueca sus telas y sus sueños, verdadera maga de cuyos dedos salían prodigios: cuántos tejidos, que parecían, tal era su finura, hechos con los propios «hilos de la Virgen» ó con la sustancia misma de la ilusión..... Cuántos manjares dignos de la mesa de un emperador, y, con esto, una pericia elegante y suave para tocar el piano y el arpa.

Lía había aprendido desde temprano que era preciso vestir su fealdad, vestirla de algo para que fuera menos ingrata ante los ojos de los hombres, y la había vestido de inteligencia, de bondad y de amor. Su alma era una piedra preciosa, cuyo mayor mérito consistía en un instinto incalculable de sacrificio.

Era Lía uno de esos seres llenos de misericordia y de abnegación, que siempre ceden su parte en la vida y tornan, si es posible, más desnudos que los otros á la eternidad.

Abundan por cierto tales seres en la familia mexicana: casi siempre hay en una casa una Cenicienta que da su parte á los demás y que se siente feliz por haberla dado. Almas raras que nacen atormentadas por una misteriosa oblación, divinas sitibundas que jamás se sacian de sacrificio: Lía era como éstas.

Si acertaba á cocinar uno de esos manjares sabrosos y delectables que son la alegría de una mesa, todos menos ella lo gustaban; porque era su placer que lo gustasen todos, prometiéndose gustar ella lo que quedase, y por lo común nada quedaba.

Siempre llegaba tarde para recibir el bien, semejante al poeta de la fábula, que llegó después que todos ante Jove,

cuando ya estaba hecha la total repartición de las heredades del universo mundo.

Si su hermana, tras haber derrochado sus haberes, tenía un capricho, estaban ahí los ahorros de Lía. Si su hermana, á la que llamaremos Raquel para apurar el símil bíblico que usamos al principio, cometía un yerro, Lía echaba sobre sí la culpa y recibía sin protestar el condigno castigo. Lía era quien rompía siempre los platos, quien perdía lo perdido, quien acababa primero con los trajes, quien quemaba la leche de los postres, quien se dejaba robar por las criadas. Lía tenía siempre la culpa, era éste un principio establecido en la casa.

Y era Lía también quien dormía en el suelo, sobre una estera, á hurtadillas de sus padres, cuando huéspedes inesperados llegaban y faltaba un lecho. Lía era quien al alba estaba en pie, disponiéndolo todo, recorriendo la casa como una bendición, mientras que los demás holgaban entre sábanas, disfrutando de esa voluptuosa é intermitente prolongación matinal del sueño.

Pero un día aquella alma desnuda de todo, hasta de deseos, sintió que llamaban paso y con insistencia á su puerta, y pávida se estremeció: el que llamaba así era el amor.

Entre el enjambre de muchachos que cortejaban á su hermana, bella como un éxtasis, y á quienes Raquel correspondía con un amable y coqueto desdén «colectivo», uno, Carlos, guiado quizá por secreto instinto, había ido, poco á poco, alejándose de la hermosa para acercarse directamente á Lía, á la pobrecita Lía, tan callada, tan fea, tan pálida y tan triste, presintiendo quizá la santa piedra preciosa de su espíritu.

Era Carlos un muchacho silencioso también y pensativo; probablemente un ideólogo, un poeta, un sentimental que empezaba por confundir el amor con la misericordia.

Lía tuvo miedo al principio, un miedo terrible de engafiarse; luego, siguiendo su avasalladora tendencia al sacrificio, miró hacia todos lados, en la zona de su vida, para ver si alguno de los que pasaban, necesitado de amor, le pedía el de Carlos, á fin de dárselo..... Mas nadie apareció en el camino, nadie se dió cuenta de que Lía era poseedora de un cariño muy grande, muy grande, y entonces, la infeliz, como el niño mendigo que tropieza en la calle con un juguete, vuelve tímidamente la mirada en derredor por miedo de que algún niño rico le reclame el hallazgo y le pegue, y al ver que nadie le persigue, se aleja glorioso, recatando su tesoro, así Lía echó á correr con su cariño escondido en el más casto escondrijo de su alma, al rincón más apartado de su vida, y ahí se llevó aquel amor recién nacido á los labios, con unción infinita, y púsose á besarlo, dulcemente, muy dulcemente, primero; después como una insensata, en un inopinado despertar de vida, presa de una poderosa conflagración de anhelos, y temores y esperanzas.....

¿La amaba Carlos? Oh! sí, sin duda; no hay en el mundo un sér bastante malo para burlarse de una fea hasta el punto de sacudir con engañifas la virginidad callada, hermética y poderosa de su alma..... Carlos no era malo y Carlos le había dicho que la quería, así como era, morena, muy morena, bajita, muy bajita, contrahecha, canija, floja y miserable! Tenía, sin embargo, un miedo cerval de que aquello se trasluciera, miedo y vergüenza, y no cesaba de suplicar á su Carlos generoso:

—¡ Por Dios, no lo digas, por Dios, que nadie lo sepa ! y añadia para su colete : « Si supieran que poseo este tesoro y viniesen á pedírmelo.....tendría que darlo».....

Pero nadie lo supo, por más que magüer el disimulo de ambos, metódico y reconcentrado, era tan fácil darse cata de ello, con sólo mirar los pobres ojos de Lía. aquellos pobres ojos llenos ahora de felicidad, y que la iban proclamando « á grito herido », como si dijéramos, por toda la casa, y por toda la ciudad y por toda la vida.....

Lo que aconteció fué diferente y monstruoso, dentro de la monstruosidad consuetudinaria de la existencia : aconteció que Raquel empezó á enamorarse de Carlos. ¿ Por qué ? Por una razón muy sencilla, porque Carlos era el único que se sustraía á sus encantos inefables, el único que sin que ella pudiera comprender la causa, le negaba el pleito homenaje, y—; esto es y ha sido siempre tan humano !—nació en ella como en tantas otras en casos semejantes un capricho, un capricho de conquistadora desdeñada, que se apercibe á luchar con el arsenal de todas sus gracias, que echa mano de todos sus recursos. Empero, el ímpetu de la hermosa se estrelló ante la inconsciencia de Carlos. Entonces el capricho se volvió amor.

Carlos no se dió cuenta al principio de los sentimientos que inspiraba. Estaba serenamente asomado al alma de Lía.... Pero al fin los ojos azules de Raquel empezaron á turbarlo. Lía tampoco se había dado cuenta de nada : amaba en pleno recogimiento y en absoluto éxtasis.....pero al fin fué nevando sobre su espíritu la frialdad creciente, lentamente creciente, imperceptiblemente invasora de Carlos ; y un día, después de muchos meses en que los ojos maravillosos y los encantos todos de Raquel habían hecho su obra, y en que la misma dificultad y lentitud de esta obra habían acabado por enamorar locamente á la bella testaruda, ésta dejó que saliera de sus labios un turbulento grito de confidencia :

—¡ Hermana, hermana, yo sufro mucho, yo estoy enamorada de Carlos !

Lía sintió al oír este grito, lo que el niño del símil cuando le piden el juguete que había encontrado, algo como un rápido y doloroso convencimiento, que podría traducirse con estas palabras ó con palabras semejantes á éstas : ¡ Es claro ! ¿ Cómo puede yo pensar que era para mí una cosa tan bella ? Pues que, ¡ he tenido yo algo, alguna vez en la vida ?—pregunta esta última, formulada íntimamente, con naturalidad y sin la menor sombra de despecho ; porque el instinto de sacrificio ingénito, la tendencia idiosincrática á la oblación, habían ido borrando toda idea de derecho propio y de posesión en aquella alma, casi toda idea de individualidad.

Sin embargo, fuerza es confesarlo : Lía se defendió esta vez ; tuvo un impulso, ¡ el único de rebelión ! No tan afinas se arranca del corazón lo que es ya su vida, su luz y hasta su propia substancia :

—No, respondió Lía, no estás enamorada de Carlos.....

E iba á añadir : « Carlos me quiere. ¡ Me lo ha confesado ! »

Pero no lo dijo. Raquel, abrazándola, besándola, mimándola, como siempre que quería obtener algo de ella, dejó escapar un torrente de palabras :

—Sí, lo quiero, hermanita, lo adoro, es el único hombre que he querido en mi vida ; y es preciso que me ayudes, que me ayudes con papá, con mamá, con él mismo..... ¿ eh ? ¡ Tú no sabes cuánto le quiero !.....

Lía se asió á la última esperanza, una esperanza débil y alirrita que pasaba :

—Pero Carlos.....¿ te ha dicho algo ?

No, Carlos no le había dicho nada aún, Carlos tenía vergüenza y remordimiento. Carlos era bueno en el fondo (como todos los infidentes y los tráfugas). Pero, en primer lugar, si se llegó hasta Lía, fué porque visto al principio por Raquel, rodeada de amadores, con cierto desdén, no cupo en el número de sus probabilidades la de ser amado por ella ; y luego, porque Lía estaba tan sola y era tan desvalida y tan pequeñita dentro de la existencia, que la compasión se vistió de carifio.....Mas ahora Raquel venía hacia él desplegando todas sus gracias, « hermosa como la luna, resplandeciente como el sol, terrible como un ejército ordenado en batalla ».....¿ Cómo resistirla ?

* * *

—Lo quiero mucho, hermanita, ayúdame.....

Lía enmudeció algunos segundos.....los pocos segundos que ella necesitaba para una oblación, y luego besó á Raquel con un beso suave, cuchicheándole al oído :

—¡ Sí, hermanita, yo te ayudaré !

Al día siguiente, Carlos recibía estas breves líneas :

« Carlos :—Mi hermana le quiere á usted y usted quiere á mi hermana ; yo, por mi parte, había imaginado quererle, pero me engañaba : le quería sólo en nombre de Raquel y mientras ella llegaba.....¿ Desea usted hacerme feliz ? pues hágala dichosa. »

* * *

Esto que refiero, pasó hace muchos años. Raquel se casó con Carlos y hoy es una venerable abuela. Lía, después de haber sido una verdadera madre para los hijos de Raquel, por los cuales se sacrificó siempre, era una segunda abuela para sus nietos, por quienes también empezaba á sacrificarse.

Pero en la pasada primavera una pulmonía se la llevó á la tumba, y la noche en que velábamos su cadáver, observando con pena que ni la muerte, que es una gran embellecedora, había logrado embellecerla, un viejo amigo de la casa, católico él á macha martillo, me llevó al hueco de una ventana para decirme con cierto desdén piadoso :

—Ahí donde usted la ve, es muy posible que esa tonta de Lía esté á estas horas en el infierno.....

—¡ Por qué ? le pregunté sorprendido.

—Ah ! me respondió rascándose la barba, (ademán que le es peculiar), porque si encontró en el camino de la muerte á un pobre réprobo, es muy capaz de haberle cedido su bienaventuranza y de haberse hundido ella en su lugar en el infierno por toda la eternidad.....

AMADO NERVO.

CONSONANCIA

El aura vespertina parecía rimar
En el teclado verde de las hojas, un són
Maravillosamente triste, y la canción
Llegaba á mí con hondo sentido de pesar.

Yo aguardaba la gracia de tu casto mirar,
Bajo un pino, cargado de misterio, y el dón
De tu sonrisa fresca, divina floración
De tus labios, los únicos que yo quiero besar.

Y absorta en la tortura del lascivo fru-fru
De una falda de seda, color de rosa, tú
Pasaste, dominando la fingida altivez

De los lejanos días, y en un modo carnal,
En aquella penumbra vespertina y glacial,
Me besaron tus ojos por la primera vez.

RICARDO TIRADO MACÍAS.

DE « CANTOS EGLOGICOS »

INVITACIÓN

Huye, poeta, la ciudad oscura !
Vén á este albergue de dichosa vida
donde de pompa sin igual vestida
su gracia ostenta y su esplendor natura.

No aquí te alcanzará la flecha impura
del odio y la calumnia fementida,
porque tendrás por milagrosa égida
este amplio dombo de triunfal verdura.

Y mientras que el solano, las aromas
de frescos lirios y escondidas pomas
vierta en la paz de tu sereno exilio,

libarás de las mieles inmortales
que destilan los líricos panales
de Teócrito, Bión, Mosco y Virgilio !

LAS NUBES

Misteriosas hermanas del mutismo
que formas varias á la vista ofrecen,
las nubes en el cielo resplandecen
como los pensamientos del abismo.

Perfidia y suavidad á un tiempo mismo,
ahora se agigantan, ya decrecen ;
y al estallar la tempestad, parecen
los escombros de un vasto cataclismo....

Mas cuando apaga el sol sus resplandores,
ritinan las nubes, en tropel radiante,
el poema triunfal de los colores ;

fingiendo entonces la celeste esfera
la cúpula suntuosa y fascinante
de la gran catedral de la Quimera !

CIELO AZUL

Zafiro suspendido sobre el mundo
eres, oh cielo !...seductor zafiro
donde ostentar sus opulencias miro
al Sol-esclavo de tu azul profundo.

¿ Cómo en tu dombo mis pupilas hundo
cuando, desde mi rústico retiro,
raudo volar á tu extensión aspiro
por espaciarme en su esplendor fecundo !

Tienes, cielo, la magia de la Aurora,
tienes la maravilla de la Tarde
mimbada de tristeza turbadora ;

y, como mi exaltada fantasía,
el coro en tí de las estrellas arde
con luz de fabulosa pedrería !...

IDILICA

Solitaria surgiste en el sendero
florecedo de pascuas ideales...
gorjeaban en el soto los turpiales...
reía la luz en el verdusco estero...

Ofuscóme el relámpago de acero
de tus húmedos ojos virginales,
el dejo de tus cantos pastorales
y tu talle gentil como el palmero...

Te hablé de amor...y bajo el dombo umbroso
del follaje apretado y rumoroso
que la heredad primaveral deslinda,

mi labio, así como una alondra loca
hurta en la rama la incitante guinda,
robóme un beso á tu purpúrea boca !

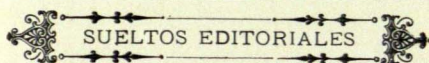
AUGUSTO MENDEZ-LOYNAZ.

el más conspicuo representante de la intelectualidad venezolana, envió la expresión de mi profunda pena por la ausencia eterna del doctor EDUARDO CALCAÑO, filósofo, poeta, delicadísimo artista del pensamiento, maestro de la palabra, paradigma de los grandes corazones cristianos, el más ilustre orador de Hispano-América y el ornamento más fastuoso de la literatura nacional.

Amó lo bello, se consagró a lo bueno, fue grande y vivirá por siempre, por siempre en el corazón de sus compatriotas. Los que seguimos sus doctrinas, sabemos que su espíritu inmortal está con Dios.

Barbada—1904.

P. FORTOULT-HURTADO.



P. FORTOULT HURTADO

Cuando ya estaba bastante adelantada en páginas la edición de este número, llegó a nuestro poder una nota sobre la muerte de Eduardo Calcaño, que ha tenido la galantería de remitirnos nuestro muy apreciado colaborador y amigo Fortoult Hurtado. Aquella circunstancia explica por qué hacemos la publicación de ella hacia las páginas finales de este número.

Como se leerá, nuestro inteligente colaborador tiene, con motivo del fallecimiento del ilustre venezolano, un recuerdo para los esfuerzos y para la misión sincera y tenaz de EL COJO ILUSTRADO, y su pluma, su amistad y sus sentimientos nos asocian a los más inmediatos adorados, en el mundo intelectual, por la desgracia sin remedio que conturba y contrista el espíritu de los que amamos, veneramos y cuidamos la honra y la gloria del nombre intelectual de Venezuela.

Crea Fortoult Hurtado que le agradecemos cordialmente su espontánea y afectuosa manifestación.

MONSEÑOR MARVEZ

El Gobierno Superior Eclesiástico de la Arquidiócesis ha decretado honores fúnebres a los restos mortales del Dignísimo señor FRANCISCO MARVEZ, muerto en esta capital.

El Ilustrísimo señor Marvez fué el primer Obispo del Zulia, Diócesis que rigió durante siete años, predicando y enseñando sus propias virtudes de humildad.

El cadáver del Obispo fué expuesto en capilla ardiente, en la Iglesia de Santa Ana, desde el día 19 del mes pasado y fueron celebradas misas ante su féretro los días 20 y 21.

Este día fué el entierro, al cual concurrieron, además de las numerosas relaciones del Prelado, tan estimado por sus virtudes, el Capítulo Metropolitano, el Clero y el Seminario de Caracas.

A la familia de MONSEÑOR MARVEZ presentamos la expresión muy sincera de nuestra condolencia.

El libro adoptado en nuestros establecimientos de instrucción, para la enseñanza clásica de la Historia patria, es el *Manual de Historia de Venezuela*, por el señor don Felipe Tejera, individuo de número de la Academia Nacional de la Historia y de la Venezolana de la Lengua.

Dada la frecuente demanda que se hace de este texto clásico, nos es grato anunciar a los maestros de instrucción y a los padres de familia que tenemos ya a la venta la cuarta edición del Manual, corregida por el mismo autor y aumentada con el relato de los acontecimientos patrios hasta el año de 1900.

PÉSAME

Lo presentamos muy sentido al señor Ricardo Castillo Chapellín y a los demás deudos de la señora doña NATIVIDAD CHAPELLÍN DE CASTILLO, fallecida en esta ciudad en el promedio del pasado mes.

JUAN LISCANO

Nuestro joven amigo é inteligente colaborador, Juan Liscano, ha recibido en la Universidad Central el grado de Doctor en Derecho Civil.

La *Reincidencia* se titula la tesis que para opción a dicho grado presentó el joven escritor ante la respectiva Facultad.

Nos ha obsequiado un ejemplar de su trabajo, que sabemos agradecerle con toda cordialidad, uniendo a esta protesta de reconocimiento nuestros votos muy sinceros por brillantes triunfos en su carrera profesional y nuestras muy afectuosas congratulaciones.

BIBLIOTECA SOCIOLÓGICA INTERNACIONAL

La Casa Henrich y Ca, de Barcelona, editora de esta Biblioteca, acaba de publicar el libro del docto catedrático de la Universidad de Nápoles, N. Colajanni: *Razas superiores y razas inferiores, ó latinos y anglo-sajones*.

El libro no puede ser más interesante, y merece figurar en primer término entre los publicados por la Biblioteca Sociológica Internacional, la cual, por el insignificante precio de 75 céntimos de peseta, regala a sus lectores las mejores obras contemporáneas que tratan de las materias comprendidas en el vasto plan de su programa.

Damos las gracias por el ejemplar que nos ha sido enviado.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

Mensaje presentado por el Presidente Provisional del Estado Falcón a la Asamblea Legislativa en su reunión ordinaria de 1904.

Estado Miranda. —Mensaje Presidencial, Gobierno Provisional.—1904.

La Inmaculada Virgen María y los Ríos, por el Presbítero Adolfo López.

Almanaque Ilustrado de la «Botica Vargas» de A. Urdaneta & Ca., para el mes de enero de 1905.

Memoria que la Corte Suprema presenta a la Cámara Legislativa del Estado Guárico en 1904.

Contestación al Mensaje presentado a la Asamblea Legislativa por el señor General Mariano García, Presidente Provisional del Estado Miranda.—1904.

Informe de la New York & Bermúdez Company excepción de inadmisibilidad que opuso a la demanda propuesta en su contra por el Ciudadano Procurador General de la Nación en nombre de ésta, reclamando daños causados por la llamada Revolución Libertadora.

Informes producidos por el Procurador General de la Nación en la incidencia de inadmisibilidad de la demanda promovida por el defensor de la New York and Bermúdez Company, en el juicio que contra dicha Compañía sigue la Nación ante el Juzgado de Primera Instancia en lo Civil de la Sección Occidental del Distrito Federal, constituido con asociados.

Damos las gracias a los señores remitentes.

NUESTROS GRABADOS

Cautiva

CUADRO DE H. COURSELLES

—Eran grandes y hermosos, de cabellos rubios, y con algo de terrible y dulce en la mirada. Así describe un historiador poeta a los poderosos bárbaros, levadura de la nueva humanidad. Eran indómitos y fuertes, agrega, pero abnegados. El orgullo desesperado del yo, es céltico. Nómades, acostumbrados a poner su gloria en el aislamiento y su derecho en las armas, los Bárbaros odiaban una civilización que los desarmaba para unirlos: lo que detestaban más era la ley inflexible que lo prevenía todo y que no daba lugar a la impunidad. La toga les era más odiosa que las armas: obedecieron muchas veces a generales victoriosos; nunca transaron con los hombres del derecho. «Al fin, avispa, no silbarás más», decían los soldados de Arminio a los legistas que caían en sus manos, cuando la rota de Varo.

¡Robustos poetas de la naturaleza y de vida, hemos dicho nosotros en otra ocasión, santas las suyas, y olorosas a los hálitos selváticos, y frescas como el vaho de sus raudales! A ellos pertenecen esos hombres de leyenda, esos ginetes de suave y blonda cabellera, que aman a las mujeres y los versos; y que no solamente son los infatigables picadores, durante siglos, de las masas legionarias de Roma que se defiende, sino a la par los astutos y violentos raptores de las vírgenes esclavas, ganadas en sangrientos torneos con el centurión pujante, y arrebatadas a la concupiscencia del conquistador.

La Tempestad

Cada uno de nuestros lectores puede bien concertar la leyenda ilustrativa del grabado, llevando a la interpretación del cuadro toda la suma de aproximación a las graves catástrofes de una conciencia un tiempo delictuosa.

Parece como si realmente genios invisibles y sabios supieran, ellos no más, de los secretos recónditos y de las ocultas acciones del hombre; y lo mismo para las recompensas del bien como para las expiaciones de la falta, tuvieran la misión de velar sobre el momento oportuno ó terrible, pero siempre fatal, siempre inevitable, en el que haya de realizarse la verdad del mito griego, la función reparadora de Némesis, la diosa de las compensaciones.

Lo cierto, espantoso a veces, es que, en el universo moral como en el mundo físico, ninguna acción se ejerce sin producir la correspondiente reacción, y que aquí abajo,

como en las alturas que todas las teogonías prometen, no queda sin premio excelente ninguna excelente virtud, ni se ausenta sin espantoso castigo ningún delito.

Un hombre pillá el tesoro ajeno ó su-
planta la ajena fama; sobre los frutos de
su estafa material ó moral construye la fá-
brica alabada de su bienestar y de su re-
putación; camina por fácil vía amplia de
prosperidad; trepa á altura honorable, y
en el momento fatal, tremendo, algo ines-
perado é insignificante, un grano de polvo
ó un soplo de céfiro, hacen que se desgra-
ne estrepitosamente el monumento engaño-
so ó que se rasgue con asombro universal
el velo prestigioso. Y la hora suena casi
siempre cuando se ha andado ya lejos aun
por los caminos de la virtud eminente, pero
cuando ya hay hogar reverenciado é hijos
impolutos sobre los cuales cae la vieja man-
cha rediviva de sangre ó de cieno; ó quan-
do no queda en el espíritu ni un destello
del antiguo arrojo que afrontó la aventura
y arrojó las amenazas de la infamia.

Es la última tempestad de la conciencia
y de la vida, genitora del cataclismo, trom-
ba de naufragio en medio de la iracundia
irrefrenable de un océano solitario, sobre
las tablas rotas de un viejo bajel car-
comido.

El Destino

CUADRO DE CALBOT HUGHES

Es él. Ciego, enigmático, sereno, im-
placable. A los que nacen sobre las pla-
yas del mar de la vida y se encaminan á
tripular el navío fatal, los toma inevitable-
mente de la mano y los conduce. Guía To-
dopoderoso y único, sabe él solo el rumbo
de cada viajador; y, enviado de una mi-
sión que es su propio castigo, la cumple si-
lencioso é inexorable.

Solamente él lee, para sí, lo que hay es-
crito detrás del recio velo brumoso del
porvenir, y es él quien obedece el manda-
to tiránico. Ve que las ondas son apaci-
bles ó tempestuosas; que blancas velas se
hinchaban suavemente y llevan en bonanza
bajeles felices; que otros riñen la trágica
pelea con el tifón y salen de ellas rotos y
vacilantes sobre las comas de la vorágine;
que sonríen lejos riberas de puertos pro-
picios ó asoman su cabeza fabulosa y es-
pantable, en medio del océano, como mon-
struos de pesadilla, arrecifes sin misericor-
dia que deben coronarse de pavesas de
naufragios. El no puede evitar lo inevi-
table; no es piadoso ni es cruel: *escrito
está* !.....

Cuadro de Arturo Michelena

Vese, en los cuadros religiosos de Miche-
lena, que más que ningún otro de nuestros
pintores, se esforzó por hallar una expre-
sión característica, un traslado de impre-
sión personal, para sus Cristos.

Confróntense con ese intento los versícu-
los de los tres Evangelistas que hablan di-
rectamente de la agonía del Huerto. *San
Mateo*, 26-27: Entonces llegó Jesús con
ellos al huerto, que se llama Gethsemaní,
y dijo á sus discípulos: Sentaos aquí, has-
ta que vaya allí, y ore.—Y tomando á Pe-
dro y á los dos hijos de Zebedeo, comenzó
á entristecerse y á angustiarse en gran ma-
nera.—Y les dijo: Mi alma está muy triste,
hasta la muerte: quedaos aquí, y velad
conmigo.—Y yéndose un poco más adelan-
te, se postó sobre su rostro, orando y di-
ciendo: Padre mío, si es posible, pase de
mí esta copa; empero, no como yo quiero,
mas como tú.—Y vino á sus discípulos, y
los halló durmiendo, etc.—Y fué segunda

vez y oró, diciendo: Padre mío, si no pue-
de esta copa pasar de mí sin que yo la be-
ba, hágase tu voluntad. —*San Marcos*, 32-42:
Y vienen al lugar que se llama Gethsema-
ní y dice á sus discípulos: Sentaos aquí,
entre tanto que oro.—Y toma consigo á Pe-
dro, y á Santiago, y á Juan, y comenzó á
atemorizarse y á angustiarse en gran mane-
ra.—Y les dice: Del todo está triste mi
alma hasta la muerte: esperad aquí, y velad.
—Y yéndose un poco adelante, se postó
en tierra, y oró que si fuese posible,
pasase de él aquella hora.—Y dijo: Padre,
todas las cosas son á tí posibles; aparta de
mí esta copa, pero no lo que yo quiero, sino
lo que tú, etc.—*San Lucas*, 39-47: Y como
llegó á aquel lugar les dijo: Orad, para
que no entréis en tentación.—Y él se apartó
de ellos como un tiro de piedra; y puesto
de rodillas, oró;—Diciendo: Padre, si quie-
res, pasa esta copa de mí; empero, no se
haga mi voluntad, mas la tuya.—Etc.

En honor de Baco y Ariadna

Era creencia popular que Baco disputó
á Ceres la posesión de la Campania, la cual
había recibido grandes beneficios de todas
las divinidades. Favorecido por la hospi-
talidad que le dió Falerno, llevó á cabo
empresas guerreras en el país de los tirre-
nos, y al alejarse de Italia dejó en ella á
los veteranos de su ejército, viejos silenos
fatigados, que se dedicaron al cultivo de
la vid.

Apulia y Lucania, Calabria y la Cam-
pania, vinieron á ser los centros en que
mayor importancia cobraron los misterios
báquicos, que muy pronto pasaron á Etru-
ria y á Roma. Misterios que llegaron á
ser, 300 años antes de Cristo, en aquellas
comarcas, la primera institución religiosa,
cuyo testimonio ha quedado en los vasos
salidos de las primeras fábricas de la Ita-
lia Meridional. En algunos de ellos, en
los báquicos, no aparece el Dionisos bar-
budo de los vasos arcaicos, sino el dios
siempre joven rodeado de sátiros y mé-
nades, niños alados de formas femeninas,
cuando no hermafroditas; y en los otros,
en los vasos místicos, abundan las compo-
siciones enigmáticas, cuya interpretación
ha sido tormento de ceramógrafos. Apa-
recen el dios y una diosa que suele llevar
el nombre griego de Cora, designada con
el de Libera, por los autores latinos: á su
unión asociaba el culto público á Ceres,
como se hacía en Grecia.

Los vasos de Nola, que datan de fines
del siglo V y de comienzos del IV, a. J. C.,
permiten apreciar lo que era entonces el
culto dionisiaco entre los griegos de la
Campania y ofrecen la tríada de Demeter,
Cora y Dionisos barbudo, con caracteres
semejantes á los que tenía en su patria.

En los vasos pintados de la última épo-
ca, ya Cora ofrece los caracteres de Ariad-
na, y su apoteosis es frecuente en los ba-
rrros de Apulia. Sea Libera, sea Ariadna,
la esposa del dios aparece siempre en todas
estas reproducciones de vasos sendo-ar-
caicos.

La feria de Volendam

La legislación antigua ignoraba que hizo
poesía cuando instituyó las *ferias*. Comer-
ciantes y compradores, reunidos en lu-
gares y tiempos determinados previamen-
te, formaban concurso numeroso y solemne.
Y así la feria fué fiesta del trabajo y de la
industria, que facilitó transacciones, li-
quidaciones, pedidos, pagos.

Especies de *forum* mercantiles, el podo-
roso sentimiento popular las consagró á
los santos patronos, dándose en ellas cita
siervos y aldeanos para descansar de sus

trabajos. La nobleza se rozaba con la vi-
llanía, y allí era verdad la abolición del
privilegio, la desaparición del esclavo, la
comunidad, como en un *forum* político, del
aldeano, del ciudadano y del señor: era la
libertad, aprovechando la transacción co-
mercial para ingerir por los intersticios de
la turba su aliento de redención; era el
rumor de la plaza pública, que incubaba
la revolución y generaba la descendencia
impeccedera del progreso.

San Sebastián

En el cuadro de Boulanger ofrecemos á
nuestros abonados una nueva imagen del
mártir de Narbona. Nacido noble, educa-
do cristianamente en el siglo III, abrazó
la profesión de las armas, no por inclina-
ción á ella, sino para aliviar á los cristia-
nos en las persecuciones que padecían; y,
dotado de talento militar, noble y esfor-
zado, pero siempre apacible, ganó el afec-
to de Diocleciano y Maximiano, que le
nombraron capitán de la guardia preto-
riana, cargo sólo reservado á los hombres
de distinguida nobleza. Como ocultaba
cuidadosamente sus creencias cristianas,
podía con cierta libertad socorrer á sus
hermanos de religión encarcelados. Presos
en aquel tiempo, por profesar la fe de Cris-
to, los hermanos Marco y Marceliano, se
dictó sentencia contra ellos. Aplazada la
ejecución, Sebastián los exhortó á no de-
jarse vencer por las lágrimas de sus mu-
jeres y de sus padres; convirtió á estos últi-
mos, y á Cronacio, prefecto de Roma, con
toda su familia. Concedor de esto, el em-
perador llamó á Sebastián, lo reprendió ás-
peramente y le tachó de traidor. El capitán
replicó que siempre había rogado por la
salud del emperador al Dios creador de
cielo y tierra, no á las piedras, por pare-
cerle gran desatino pedir favor á quien
no se podía mover, ni tenía espíritu ni
vida.

Diocleciano ordenó que Sebastián fuese
entregado á los flecheros de su guardia,
para que, atado en pie, le asaetasen. Cum-
plióse á la letra el mandato del emperador,
y á Sebastián le dejaron por muerto. Irene,
viuda del mártir San Cástulo, fué por la
noche á darle sepultura, le halló vivo, y
le hizo llevar ocultamente á su casa, en
donde sanó de sus heridas.

Lejos de esconderse, como se lo aconse-
jaban los cristianos, se presentó de nuevo
al emperador y le tachó de injusto porque
perseguía á la Iglesia. Diocleciano dispu-
so que al acusador le matasen á palos en el
Circo que estaba junto á su casa imperial y
que le arrojasen después en el albañal
adonde iban á parar las inmundicias de la
ciudad.

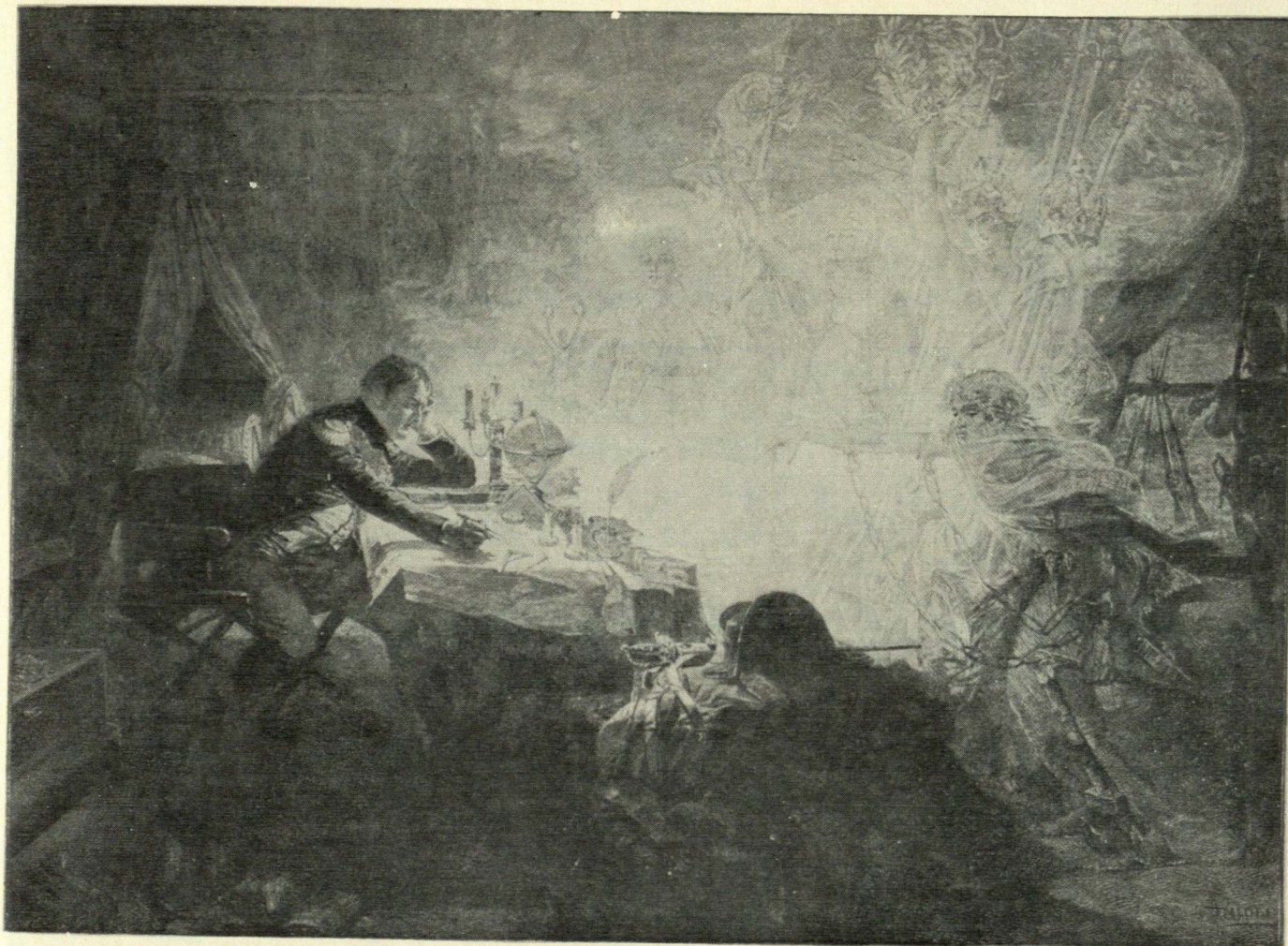
Federico el Grande en la batalla de Zorndorf, á la cabeza del régi- miento de "von Bülow"

Tuvo su gran genio guerrero el siglo
XVIII: Federico de Prusia.

Desde la humildad del electorado de
Brandeburgo sale y crece aquel hijo de po-
bres reyes prusianos, armado de todas las
armas del talento, de la energía y de la
audacia, á hacer de su patria una de las
primeras naciones del continente.

De aptitud múltiple, él es músico, lite-
rato, filósofo, discípulo y amigo de Voltai-
re. Su poderosa facultad la pone toda ella,
doblada de una inexorable energía, al ser-
vicio de un solo ideal, cuya conquista co-
rona la Fortuna: el engrandecimiento de
Prusia.

A la cabeza de un ejército que él mismo
ha reclutado, disciplinado é instruido, da



VISION NAPOLEONICA—Cuadro de E. L. Dupain

grandes batallas contra todas las potencias de su tiempo: penetra, conquistador y victorioso, é incorpora á la hegemonía prusiana: Moravia y Bohemia, Sajonia y la Silesia.

Su última gran victoria la alcanza contra Rusia, después de haber combatido y derrotado al Austria y á la Francia, y hace memorable el campo de Zorndorf, en donde él personalmente carga á la cabeza del regimiento de «von Bülow», como lo representa el cuadro que reproducimos.

Flores cubanas

El señor don Emiliano Mazón, Cónsul de Venezuela en la Isla de Cuba, se ha servido hacernos el obsequio de una bella colección de tarjetas fotográficas, contentivas de las bellas efigies de damas que son dicha y orgullo de la perla antillana. Para esta edición de Año Nuevo ha venido, con feliz oportunidad el presente, por el que enviamos un voto de reconocimiento al señor Mazón.

Regreso del pastoreo

CUADRO DE DEBAT-PONSAN

Regalo de espíritu ha de ser para lectores de algunas regiones de Venezuela, la reproducción de una escena de espontánea poesía, que es apenas detalle corriente en medio de la vida feliz que ríe sobre nuestras aldeas.

A la hora crepuscular, bajo una luz enternecida, cuando se recogen al alar las go-

londrinas y vuela solemne y pausado el tañido que llama á la oración de la tarde, en el campo vecino el canto menudo y precipitado de la esquila, anuncia que se aproxima la hora, todos los días bendecida, del reposo y de la paz y que la serenidad angusta de la tierra va á arropar con su quietud reparadora á sus hijos dilectos, el pastor y la aldeana.

Visión napoleónica

CUADRO DE E. L. DUPAIN

En Napoleón todo fué grande, hasta el delito, como cantaba Arboleda de su ciudad nativa.

Los proyectos del político en agraz alcanzan hasta la idea y la intención de ir á turbar la reclusión del Bósforo y hacer del Imperio Turco un proconsulado de la República Francesa.

La idea del reformador penetra hasta los últimos fondos de la estructura social, para extraerle el fino grano de una substancia fuerte, materia de una aristocracia que él sacará de la cuna de los humildes, retemplará al rescoldo de las batallas y sustituirá á la vacilante aristocracia de las Monarquías en derrota.

Las combinaciones del guerrero borran fronteras de naciones y fundan diferencias de razas, y desafían lo ignoto y lo fatal, pasando los mares para hacer de la tierra

faraónica y de la Tierra Santa, provincias africanas y asiáticas, en una monstruosa reviviscencia del Imperio Latino.

Los recursos á que apela, adolescente, en los consejos de su ambición en pugna con sus primeras adversidades, tienen la trágica implacabilidad de un Vendimiario y la serena audacia victoriosa de la toma de Tolón.

De las parábolas magníficas de sus campañas, en que él hace con su ejército el camino y el papel de un espantoso proyectil cíclico; del desconcierto de sus batallas, que parecen el ejercicio de las cóleras manifestadas de un dios vengador, salen las estrepitosas conflagraciones que arruinan todas las nociones, todas las ideas y todas las prácticas de la historia, en la guerra, en el Derecho, en la política, en el orden social.

En el seno misterioso del Destino, agujereado por la flecha de sus intensas miradas aquilinas, sólo él ve distinta la proyección del porvenir: á las puertas de su tienda guerrera, aherrrojada la anarquía, rota y extinta la tea incendiaria; bordados en los pliegues de las banderas victoriosas los nuevos atributos del Imperio Francés, y la gloria y el hombre y la creación gloriosos guardados por la silueta gigantea y sañuda del veterano de la Guardia. Visión de titán, cuya realidad graba hasta las nomenclaturas del idioma heroico: visión de Napoleón.

"RESTAURADORA"

AL GENERAL CIPRIANO CASTRO

DANZA

Por Pedro Elías Gutiérrez.



SECCION RECREATIVA

La electricidad en horticultura

La Sociedad Real de Horticultura de Londres proyecta el establecimiento, en los nuevos jardines de Wisley, de un laboratorio de botánica, cuyo principal objeto sea estudiar los medios de substituir, en el cultivo de las plantas, la luz eléctrica á la acción del sol. Espérase obtener, de esta manera, á des-
pecho del clima de Inglaterra, las flores más bellas y los frutos más deliciosos en invierno. Sábese hace tiempo que la luz artificial permite hacer crecer las plantas y madurar los frutos en buenas condiciones. En efecto, M. Hervé Magon ha demostrado que los rayos

eléctricos pueden contribuir á formar la clorofila verde ó materia colorante de la hoja y que las flores se vuelven hacia la lámpara eléctrica como hacia el sol. Otros experimentos han probado lo mismo, entre ellos el de Sir William Siemens, en 1879 y en 1880, en Tumbridge Wells. Supliendo la luz diurna del sol por lámparas eléctricas en la noche, en pleno aire y en las estufas, se han obtenido rosas, melones, pepinos, uvas y fresas mucho antes de la estación. En realidad ha recogido el experimentador los rayos de sol almacenados durante millares de años en los vegetales hechos carbón y los ha obligado á recomenzar su obra bienhechora, para madurar frutos, flores y plantas. La electricidad costaba entonces caro y no podía pensarse en aplicarla á los grandes jardines. Pero Siemens predijo que llegaría el momento en que el método artificial se emplearía con re-

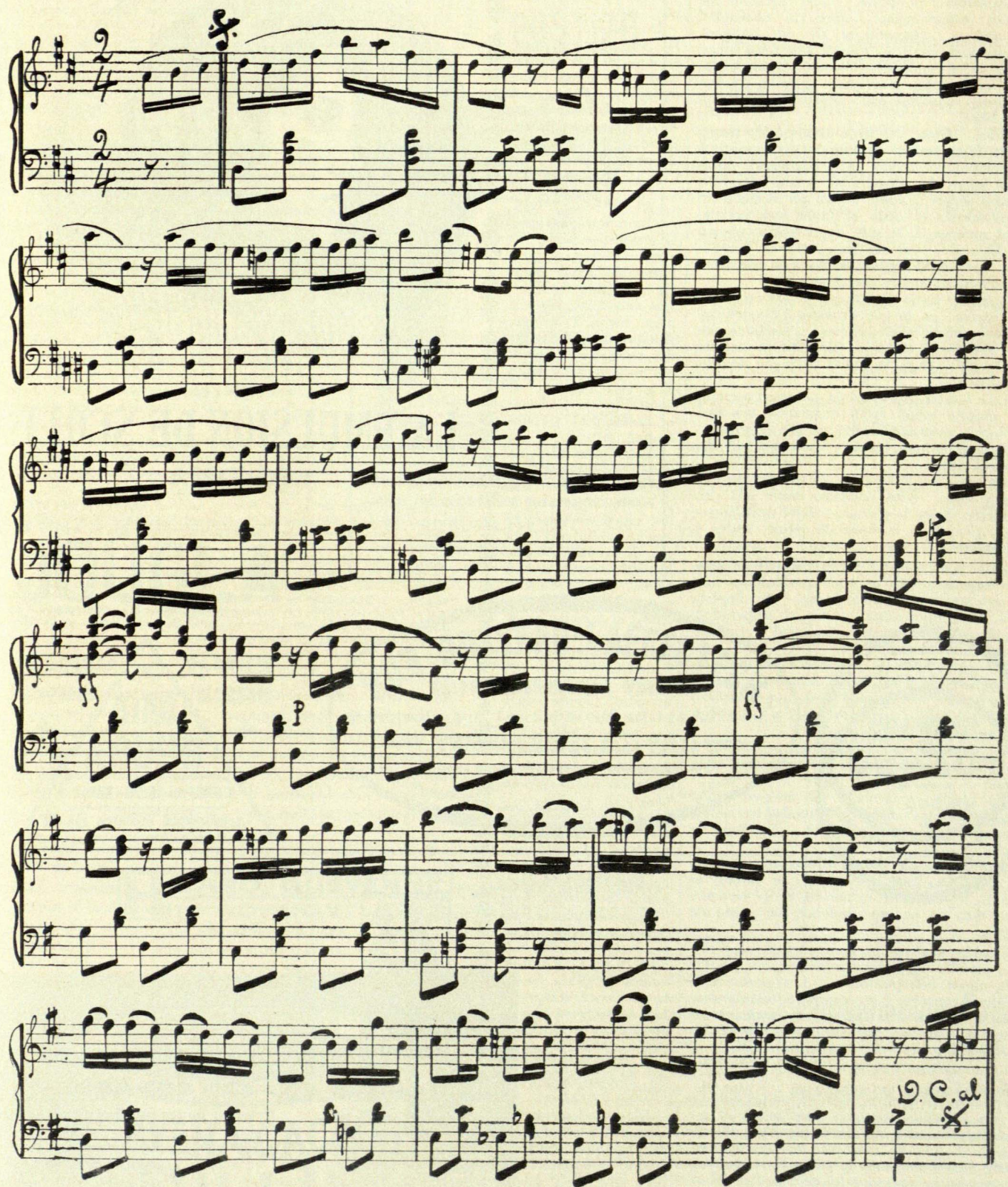
gularidad. Se le acusó de pretender destruir las plantas con semejante procedimiento y se aseguró *ex cathedra* que la vida vegetal se agotaría rápidamente desde que se hiciera artificial. Hoy está probado que tales temores carecían de fundamento. El profesor Bailey, de la Universidad americana de Cornell, en Ithaca, acaba de recomprender los experimentos de Siemens en coliflores, lechugas, rábanos, espinacas, habas, y los resultados han sido satisfactorios. Sin embargo, M. Bailey conviene en que si la luz artificial puede favorecer la horticultura, sin que las plantas sufran, hay que resolver todavía una serie de problemas para asegurar la protección de la planta contra el exceso de luz, é importa precisar en qué circunstancias y condiciones puede aprovecharse la imitación de la luz solar.

"ENCANTADORA"

CONRADANZA

DEDICADA AL «CLUB CONCORDIA»

Por Pedro Elías Gutiérrez.



La Tenia

Dicen los señores Jammes y Mandoul,—en nota pasada á la Academia de Ciencias,—que en casos dados, ejerce la Tenia una acción benéfica en la persona que la padece, haciéndolo creer así á esos fisiólogos, una serie de observaciones constantes y minuciosas.

Una de las más notables de las observaciones dichas, es la de haberse demostrado la

ventaja que pueden tener los tuberculosos, con sufrir en sus intestinos tales parásitos.

En efecto, repetidos experimentos han comprobado: que el jugo de la *Tenia inermis*, puesto en inyección, ejerce una acción retardatoria en la evolución de la tuberculosis.

Iguals experimentos hechos con atención extrema, han establecido: que los jugos del *Ascaris*, están desprovistos de propiedades bactericidas, á la vez que éstas existen en las tenias.

Como resumen: puede afirmarse que hay en las tenias, esto es, en su organismo, una sustancia bactericida soluble, y que de las proporciones de esta última, dependerá la acción de los jugos.

Si en el curso de los experimentos se han presentado variaciones ó contrariedades, éstas se deben, sin duda alguna, y en gran parte, á los modos de preparación, es decir: manera de filtrar, grados de dilución, etc., etc.

Las "Marsellesas" del Japón

CANTOS BÉLICOS DE LA GUERRA ACTUAL

Lo mismo que en los ejércitos de las naciones latinas, en el del Japón abundan los poetas, especialmente entre la oficialidad aristocrática, descendiente de los antiguos daimios y samurais. Aquellos guerreros solían entrar en el combate entonando bélicas canciones, compuestas por ellos mismos, y sus valerosos sucesores han conservado la misma costumbre.

Takeo Hirose, el héroe naval que ha muerto en Port-Arthur cuando trataba de salvar á un compañero herido, había compuesto pocas horas antes del suceso un himno guerrero titulado *Llegó la hora*, himno que al momento ha alcanzado en todo el Japón una popularidad análoga á la que en Francia obtuvo *La Marsellesa* durante las guerras de la república. Hé aquí algunas estrofas de este canto de muerte, traducidas literalmente:

«Inmenso como la bóveda de los cielos que hay arriba, es lo que debemos á nuestro emperador; incommensurable como el profundo mar que hay abajo, es lo que debemos á nuestro país. ¡Ya llegó la hora de pagar lo que debemos!

«Los fuertes corazones de nuestros guerreros del antiguo Japón están escudados con esta resolución apasionada: ¡Por nuestro emperador! ¡Ya llegó la hora, leales y valientes, de dar nuestras vidas!

«La vida es, á lo sumo, un espacio de cincuenta años. Sólo podemos morir una vez. Muramos, pues, la gloriosa muerte de la juventud. ¡Ya llegó la hora de morir, leales y valientes!

«¡Bravos marinos del Japón, baluarte de nuestro imperio! No en vano se ha fomentado vuestro amor por el viejo Japón. ¡Ya llegó la hora de proporcionar glorias al emperador, adquiriendo gloria vosotros mismos! ¡Luchad y venced, leales y valientes!

«¡Llegó la hora de destruir á ese bastardo enemigo que querría herir á nuestra patria! Muchos días han pasado desde que el bárbaro ruso trató de probarnos la paciencia. ¡Ya llegó la hora de rechazarlo!»

Así continúa una larga serie de versos, á cual más entusiastas, hasta terminar con estas líneas:

«La gloria inmaculada del antiguo Japón reclama nuestra sangre. ¡Desnudad los sables, samurais, y morid peleando! ¡Ya llegó la hora!»

Otra poesía de Takeo Hirose, muy en boga en el Japón, está dedicada á su barco, el *Asahi*, ó dicho en castellano, el *Sol naciente*; pero ésta no es, en realidad, un canto de guerra.

Cuando comenzó la guerra actual, un periódico japonés ofreció un premio de 165 pesetas á la mejor oda patriótica. Los poetas acudieron al concurso á centenares, figurando entre ellos el general Tukishima, jefe de una de las primeras divisiones que entraron en fuego. La poesía del general se llama *Rokoku seibatsu no uta* (canto de guerra contra Rusia), y comienza así:

«Famoso es nuestro Japón en todo el mundo; en sus brillantes banderas resplandece el sol naciente; su antigua dinastía imperial gobierna todavía á más de cincuenta millones de corazones llenos de amor y patriotismo; nuestras armas son la justicia y los derechos del hombre. En coraje, en lealtad, no cedemos á nadie.

«Nuestros miserables enemigos—lejos de nosotros semejantes crímenes—mienten, engañan y roban el terreno á sus vecinos; destruyen con el acero y con el fuego hogares tranquilos y dichosos; matan hombres indefensos, débiles mujeres y tiernos infantes, ahogando al niño de pecho sobre el seno de su madre. Esos brutales eslavos, crueles sin comparación, exigen una condenación eterna de los dioses y de los hombres.

«Su país es inmenso, pero casi todo salvaje y desnudo; su número inmenso, como el de los cuervos en desbandada, etc., etc.»

Un canto muy popular, que frecuentemente se oye en los campamentos japoneses, y que los soldados entonan á veces durante las largas marchas, es el siguiente, debido á la inspiración del poeta Tenzui:

«¡ADELANTE,

CAMARADAS!

«La tempestad sopla, la tempestad sopla. El aliento húmedo y ponzoñoso del diablo anuncia la llegada de nuestros enemigos, anuncia una lucha á muerte. Aunque se oculte la luz del cielo, no tememos por nuestro país; oímos el grito alentador de nuestra patria: ¡Adelante, camaradas! ¡Todos á una!

«Las nubes se aglomeran, las nubes se aglomeran. Escuchad ese graznido; tened cuidado, tened cuidado. El águila hambrienta llega por fin; vedla, se lanza hacia el Oriente sobre su presa. Pero, armados como estamos para defender el derecho, nuestros hogares, nuestro país natal, vamos presto á detener el vuelo del águila. ¡Adelante, camaradas! ¡Todos á una!

«Las olas se precipitan, las olas se precipitan. Las ondas se estreñan poderosas contra las costas de Asia. ¿Quién manda en nuestro país? ¿Quién manda en nuestras almas? ¡Vamos, camaradas! ¡Todos á una!

«Nuestros fieles sables, nuestros fieles sables brillan al resplandor de la fría luna. Teniéndolos no temeremos á los bárbaros, porque triunfaremos tarde ó temprano. Cubrámonos de gloria, cuéstele que cueste; conquistemos la paz para nuestra amada patria. Los vientos, las nubes y las olas contarán nuestra historia. ¡Vamos camaradas! ¡Todos á una!»

No son solamente los militares y los poetas los que en el Japón hacen estas bélicas composiciones; también una poetiza de Tokio, la señorita Kirby, ha publicado una, menos épica sin duda, pero que llega más al corazón. En ella se describe el orgullo de la madre japonesa al ver que sus hijos son considerados dignos de tomar parte en el combate, y su resignación ante la suerte que en él les deparan los dioses. Los últimos versos dicen así:

«No exhala ni una queja, ni un suspiro, aunque se le traiga su hijo herido de muerte, aunque se lo traigan para morir; al verlo venir, la madre no vierte llanto. Da gracias á los dioses por tan señalada merced, y gozosa entrega el precioso cadáver á su patria y á los cielos.»



ANGELITA CEVA

LA EMULSION DE SCOTT

LEGÍTIMA

«Angelita Ceva de La Paz, Bolivia, nació delicada y enfermiza. En su infancia se vió atacada de una anemia profunda que acabó de debilitarla. Con frecuencia se acatarraba y las fiebres no la abandonaban.

Todos los cuidados maternos eran inútiles, se le propinaban remedios y más remedios y la niña peor que peor.

En tal estado se suspendió todo tratamiento y por indicación del médico se le administró la Emulsión de Scott Legítima. Desde el primer frasco se notó un cambio favorable. La niña empezó á adquirir carnes y fuerzas, su semblante de amarillento se volvió rosado y actualmente su salud es perfecta.»

No se conoce en la historia de la medicina un preparado que reporte tanto beneficio á las criaturas enfermas como la **Emulsión de Scott Legítima**. Cuando se le administra con constancia, los resultados son maravillosos y seguros.

Es necesario no confundir la **Emulsión de Scott Legítima** con las imitaciones de pacotilla que venden algunos boticarios. La Legítima de Scott cura, y las imitaciones solo benefician al boticario que las vende.

Toda persona que tuviere que comprar un frasco de Emulsión de aceite de bacalao, debería procurar que llevase la marca que demuestra este dibujo, pues esta marca significa lo mismo que la marca de ley que se encuentra en las joyas de plata ú oro. Emulsiones que no llevan esta marca, son lo mismo que una prenda falsa, dorada ó niquelada, hechas de materiales baratos.



S 102

SCOTT & BOWNE, Químicos, Nueva York

El papel de las paredes y los nervios

Cuando se empapela de nuevo una habitación, todo el mundo procura buscar un papel que case con los muebles ó con las cortinas de los balcones, ó que cuadre con el objeto á que la habitación se destina, y así hay papeles para comedor, para despacho ó para sala; á nadie le ocurre pensar que lo primero conque debe armonizar el color de las paredes es con nuestro carácter, con nuestra propia personalidad. Solamente algunas personas, sensibles en extremo, pueden notar los buenos ó malos efectos de ciertos matices sobre ellas mismas ó sobre sus amigos, y han llegado á hacer un estudio de los colores aplicados á las paredes de las habitaciones.

El papel que menos excita los nervios es, desde luego, el que es de un solo color, sin ningún dibujo. Las personas que necesiten concentrar la imaginación, deben muy particularmente evitar las habitaciones empapeladas con dibujos alegres.

A las personas nerviosas también les conviene el papel de un color uniforme.

El rojo es el más excitante de todos los colores. Es muy conveniente para las personas tímidas, á quienes falta valor y confianza en sí mismas.

Los pardos y rojizos son excesivamente depresivos para los genios sensibles; solamente puede exceptuarse el pardo claro, que es excelente para los espíritus cansados.

El verde, siempre que no sea muy oscuro, conviene en general á todas las personas nerviosas. Las que estén lejos de serlo encontrarán en el amarillo claro, pero no demasiado vivo, la excitación y el ánimo necesarios en tantos momentos de la vida.

El papel blanco, sobre todo en habitaciones que tengan mucha luz, es demasiado alegre y produce en el ánimo cierto desasosiego.

Las personas enfermizas deben buscar el papel de color de rosa. El violeta, lo mismo que el negro, producen tristeza y depresión, en tanto que los tonos azules claros causan alegría y tranquilidad.

De emplear papel con algún dibujo, el mejor es el que presenta rayas verticales; se ha observado que contribuye á levantar física y mentalmente á las personas abatidas por las penas ó por el trabajo excesivo.

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA ★ CLOROSIS
+ **VINO AROUD** +
CARNÉ-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

HIERRO QUEVENNE Cura: **ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD**
de PARIS. — El mas activo y economico, el único Hierro **INALTERABLE** en los países cálidos
Exigir el verdadero con el Sello de la "UNION DES FABRICANTS". — 14, R. des Beaux-Arts, Paris.

EL ARTE DEL POSTIZO



Creaciones artísticas y seductoras de
todos los accesorios para el peinado

M. et Mme. DESFOSSE

21 Rue Lavoisier, París

Bello é instructivo catálogo que se enviará á quien lo pida

HISTORIA DE VENEZUELA

Se avisa á las personas de la capital y del interior de la República que han solicitado con interés creciente el Manual de Historia de Venezuela por Don Felipe Tejera, que está á la venta en la Empresa El Cojo, la

CUARTA EDICION

CORREGIDA, Y AUMENTADA HASTA
EL AÑO DE 1900.

Los Directores de los Colegios de la República se dignarán avisar á sus discípulos, que pueden ya ocurrir á la Empresa El Cojo.

Precio del ejemplar em-
pastado económica-
mente. 8 reales.

Precio de un ejemplar
más fino. 12 reales.

Para el interior se cargará ade-
más el porte.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
— ENFERMEDADES DE LA PIEL —
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

EXIJAN Vds.
sólo una PILDORA BLANCA las palabras:
DEHAUT A PARIS impresas en negro.
Las **PILDORAS**
Purgativas y Depurativas
del Doctor
DEHAUT
se toman
al comer.
Ningún Régimen. No más Dieta.
Las menos **COSTOSAS**
puesto que son
las mas activas.



Propiedades del Avena-Cacao

El Avena-Cacao fabricado por los señores Fullie & Ca. marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El Avena-Cacao marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA

Phosphadine Fullie

es un alimento completo

DE FACIL DIGESTION

para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los
primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños

Nutrición de los convalecientes

En el raquitismo y en la anemia

Embarazos y dentición

En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela :

Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma a S. Pablo N. 24 - Teléfono N. 2159

TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS



¡Gran Marmolería!

J. ROVERSI - VENEZUELA - CARACAS

Departamento Acetileno: Carbuero. Instalaciones completas para ciudades y particulares. Accesorios de todas clases

Hombres que viven en nidos

Los viajeros que han recorrido el corazón del Africa y el de Australia cuentan maravillosas historias de gente que vive en nidos en medio de las selvas; pero indudablemente no existe raza más torpe que la de los bosquimanos de Australia, cuyas costumbres son tan primitivas que no tienen la menor idea de lo que es construir una choza. Sus viviendas son verdaderos nidos de ramas y yerba, colocados en las copas de los árboles.

Los nidos casas son bastante grandes para que en ellos pueda vivir una familia; pero si ésta llega a ser muy numerosa, construyen nidos suplementarios.

Casi siempre el mismo árbol llega a formar una especie de tejado con su follaje; pero si la naturaleza no se lo proporciona, los bosquimanos viven a cielo abierto, sin procurar guarecerse contra las lluvias y las tempestades.

Libros que matan a sus autores

El oficial alemán que recientemente escribió una novela refiriendo hechos escandalosos de la vida del ejército, y que fué destituido en su empleo por el mismo kaiser y encarcelado en un castillo, para cuando cumpla la condena tiene pendientes diez ó doce duelos en condiciones tan severas, que es muy posible que no escape con vida.

Un libelista austriaco, llamado Telki, fué fusilado en Gratz en 1859 por haber escrito y publicado un folleto contra el conde Buol, ministro de Estado.

El libro se puso a la venta á las nueve de la mañana; á las diez era denunciado; media hora

después su autor cayó en manos del tribunal militar, y antes del medio día se había dictado y ejecutado la sentencia de muerte.

Napoleón no perdonaba á los escritores que en sus trabajos se metían con él. Los infelices que caían en desgracia eran fusilados ó ahorcados en pocas horas. Uno de los casos más notables es el del pobre Palm, editor de Nuremberg, que fué pasado por las armas por negarse á declarar el nombre del autor de un libro en que se atacaba al emperador.

Daniel de Foe, el popular autor del *Robinson Crusé*, estuvo expuesto á los odios que él mismo había excitado empleando sus facultades en la denuncia de las malversaciones ó desaciertos públicos. Fué sentenciado á la picota, á presidio y á pagar una fuerte multa que le arruinó. Estando en la cárcel de Newgate compuso su *Himno á la picota*.

A Eduardo Kelly le cortaron las orejas por escribir artículos en defensa de su amigo el Dr. Del, y á Urbano Grandier, por ofender á Richelieu en un libro titulado *El zapatero de Loudun*, le quemaron vivo.

Simón Morin, que publicó en París en 1647 un librito titulado *Pensamientos*, fué sacado á la vergüenza pública con un cordel al cuello, quemado jun-

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS RES

JORET-HOMOLLE

CURA

LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

Fca G. SÉGUIN, PARIS

165, Rue St-Honoré, 165

Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

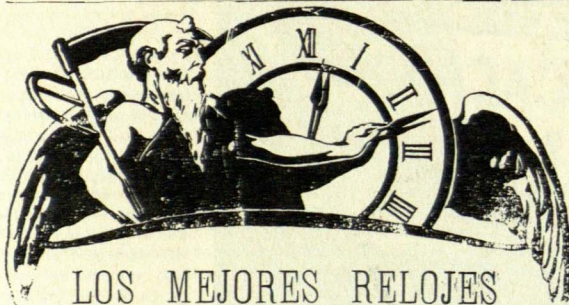
SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO**, **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS**, **BRONQUITIS CRÓNICAS**

L. PAUTAUBERGE, 9bis, Rue Lacvée, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS.

Desconfiar de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.



LOS MEJORES RELOJES
SE CONSIGUEN EN LA JOYERIA DE
GATHMANN HNOS.

PIDANSE LAS MARCAS SIGUIENTES

OMEGA

ROSSKOPF

WALTHAM

(SOL)

CRONOMETRO

(VICTORIA)

INVICTA

LIBERTADOR

ST. BERNARD

VINO NOURRY

YODOTÁNICO
á la vez
Depurativo y Fortificante.

DEBILIDAD GENERAL
ANEMIA
LINFATISMO
ENFERMEDADES del PECHO

El **VINO NOURRY** reemplaza con ventaja el Aceite de Hígado de Bacalao.

Excita el apetito y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las **Mujeres** (colores pálidos, épocas dolorosas) y de los **Niños** (escrófulas, usagres, etc.)

SE VENDE
EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS

F. COMAR & FILS
PARIS

619

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y milares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

to con los ejemplares de su obra y aventadas las cenizas.

Castigo semejante se impuso á Servet en Ginebra por su libro *Sobre el restablecimiento del cristianismo*. Por un refinamiento de crueldad sus verdugos le pusieron una corona de paja, le espolvorearon con azufre y echaron leña húmeda en la hoguera, con el fin de prolongar sus sufrimientos.

Antonio Paleario, autor italiano del siglo XVI, tuvo el atrevimiento de escribir un libro atacando á la Inquisición. El castigo que este Santo Oficio le impuso no fué nada de suave. La sentencia le condenó á ser «colgado, estrangulado y quemado». Giordano Bruno fué castigado de semejante manera por haber escrito un libro titulado *La expulsión de la bestia triunfante*.

Los tribunales ingleses condenaron en 1628 al doctor Leighton «á pagar una multa de 50.000 duros, ser degradado, puesto en la picota de Westminster, ser azotado, cortarle una oreja, rajarle

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO — ANEMIA — CLOROSIS

Exíjanse el Nombre **PÍLDORAS de BLANCARD** el Sello de Garantía

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el **Jarabe de Blancard**.

un lado de la nariz, quemarle la cara con dos S. S. de hierro, iniciales de las palabras *Sower Sedition* (excitador á la rebelión), y, pasados algunos días, ponerle en la picota de Cheapside, azotarle de nuevo, cortarle la otra oreja, rajarle el otro lado de la nariz, y por último echarlo á cadena perpetua.

Casos tan horribles como el antedicho fueron muy comunes en Inglaterra.

A Pryne, por escribir un folleto que no tenía 12 páginas, le cortaron las orejas, le echaron 25.000 duros de multa y luego le metieron en la cárcel por toda la vida.

En algunas ocasiones se ha obli-

gado á los escritores á comerse sus palabras, literalmente hablando. Durante la guerra de los Treinta años, Teodoro Reinking, dinamarqués, escribió un libro atacando á los suecos. Los conquistadores le tuvieron preso bastantes años y luego le dieron á escoger como castigo perder la vida ó comerse su libro. Reinking optó por lo último, y se zampó el tomo después de haberlo convertido en papilla cociéndolo con agua.

Vera Paskin, una jovencita rusa, escribió un poema de 300 versos satirizando los vicios de la emperatriz Isabel, y se lo prestó á una dama de la corte, que á su vez se lo leyó á la reina, la cual montó en cólera y ordenó que arrancasen la lengua á la autora y la deportasen á Siberia.

El alcoholismo y el hipnotismo

A los alcohólicos se les trata en Rusia por el hipnotismo. El doctor Legrain ha hecho, á este

PÍLDORAS MOUSSETTE

Neuralgias
Jaquica
Ciática.

CLIN y COMAR — PARIS
En todas las Farmacias.
607

Extrato 5fr. en París

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TIZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Prepara y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et Co. 51 St-Denis-18

Libros de Registro para 1905

Los que determina la ley para asentar las partidas de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones: de muy buen papel y esmerada encuadernación, están de venta en esta Empresa.

COLORES PÁLIDOS AGOTAMIENTO

GRAJEAS y ELIXIR RABUTEAU

El mejor y más económico Ferruginoso.

CLIN Y COMAR — PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS 612

Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesías, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito.

ERGOTINA y Grajeas de LABELONYE

HEMOSTÁTICO el más PODEROSO
SOLUCIÓN TITULADA
Las Grajeas hacen mas fácil el labor del parto y neutralizan las pérdidas.

AMPOLLAS ESTERILIZADAS para Inyecciones Hipodérmicas

Medalla de ORO de la S^a de F^a de París.

LABELONYE y C^a, 99, Rue d'Aboukir, PARIS y EN TODAS LAS FARMACIAS.

EL VERDADERO ELIXIR TONICO ANTIELEMATICO

Empleado con éxito desde hace más de ochenta años, contra las enfermedades del **Hígado**, del **Estómago**, del **Corazón**, **Gota**, **Reumatismos**, **Fiebres Palúdicas** y **Perniciosas**, la **Disenteria**, la **Grippe** o **Influenza**, las enfermedades del **Cutis**, las **Lombrices** y todas las enfermedades ocasionadas por la **Bilis** y las **Flemas**.

Rehúese todo antielemático que no lleve la Firma **Paul GAGE**

Depósito General, D^r Paul **GAGE** Lijjo, F^{co} de 1^a cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, París

y en todas las farmacias

EXLASE • DEL D^r GUILLIE • OCIO

Brillante manifestación.—Así merece calificarse el siguiente espontáneo testimonio, que ha brotado de la pluma del doctor F. A. Ríquez, ilustrado y prominente facultativo de Caracas:

«Decir que la combinación de los hipofosfitos alcalinos con el aceite de hígado de bacalao es buena para el escrofulismo, la tuberculosis, los catarros crónicos, la debilidad del organismo, etc., es una redundancia en que no debo insistir.

Mas declarar que la Emulsión de Scott realiza el difícil ideal de un preparado farmacéutico estable, bello, odorífero y hasta agradable al gusto, con base de aceite de bacalao, es un acto de justicia que yo no puedo negar á los señores Scott y Bowne.»

respecto, una interesante comunicación á la Sociedad de Hipnología y de Psicología. El gobierno ruso ha creado dispensarios en varias ciudades, en San Petersburgo, Moscu, Taroslaw, Kiev, Saratof, Astrakan, etc., adonde llegan por centenares los alcohólicos inveterados para someterse al tratamiento hipnótico.

Se les exige ante todo que se abstengan de todo espirituoso durante la curación y este propósito es ayudado por una asidua vigilancia. El tratamiento ha dado felices resultados en Rusia.

Después de probar todos los engañosos remedios que se anuncian es cuando más se agradece la eficacia RADICAL del Digestivo Mojarrieta, cuya superioridad está universalmente confirmada en las enfermedades del estómago.

Curaciones desesperadas, en personas bien conocidas que lo tomaron durante tres meses, son las que lo han hecho glorioso; pues, un solo estuche produce mejor efecto que una docena de frascos de cualquier otro remedio, porque, además de ser el único verdadero Curativo radical del estómago y del intestino, sin engañosas acción calmante, es Digestivo y Purificador de los alimentos.

Se debe exigir que cada hostia tenga grabado el nombre Digestivo Mojarrieta.

De venta en la Farmacia de **Valentiner y C^a**, Caracas; y en las principales Droguerías de Europa y América.



¿Qué edad tiene usted?

Sucedió una vez que se presentó en la corte de cierto rey un anciano profesor que se empeñó en divertir al monarca. Dijo en su presencia una porción de cosas curiosas que el rey nunca había oído, lo que le divirtió grandemente. Pero deseando el rey conocer la edad del profesor pensó en un curioso problema.

Deseo que haga usted un ejercicio de aritmética mental—le dijo el rey.—Voy á saber la edad que usted tiene sin que me la diga.

El profesor tenía sesenta años y había nacido en diciembre, dos días antes de Navidad.

—Piense usted en el número que corresponda al mes de su nacimiento—le dijo el rey.

Como el profesor había nacido en Diciembre, pensó en el número 12.

—Está bien—le dijo.

—Multiplíquelo por 2 y añádale el número 5.

—Hecho—dijo el profesor.

—Ahora multiplique la cantidad por 50 y añádale su edad.

—Bien.

—Reste de la cantidad el número 365 y añádale 115.

—Hecho.

—Ahora—dijo el rey,—¿puedo saber cuál es el resultado?

—1,260—contestó el profesor.

—Gracias—contestó el rey.—Usted nació en Diciembre y tiene sesenta años de edad.

—¿Por qué? ¿cómo lo ha averiguado S. M?—gritó el profesor admirado.

—Por la misma respuesta de usted : 1.260. Las dos primeras cifras indican el mes del nacimiento y las otras dos la edad.